Selecta

Atracción peligrosa I

Un asesino enamorado

Alina Covalschi

Un asesino enamorado

Atracción peligrosa I

Alina Covalschi

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A vosotros, lectores y amigos

Capítulo 1

Apreté los labios y sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Había una parte de mí que estaba frustrada, que no lograba comprender por qué el sentido de mi vida había quedado desbaratado.

El pasado y el presente no congeniaban; estaban en continuo enfrentamiento, recordándome que la felicidad andaba sin rumbo y no había manera de atraparla. Sin embargo, tenía la asombrosa capacidad de encontrar el lado positivo en los malos momentos y darle la vuelta a la situación.

Por primera vez, había caído en la cuenta de lo limitada que era mi vida. Estaba centrada en el trabajo y me había aislado del mundo que me rodeaba para olvidar el pasado. Solo necesitaba un poco de amor. Para darle sentido a mi existencia y para dejarlo que me haga vibrar, sentir y gozar.

Alcé la vista cuando la puerta del salón se cerró, y miré a mi amiga, que entraba con pasos firmes. Su mirada jovial buscó mis ojos, pero no le hice caso; estaba perdida en mis pensamientos.

En el silencio que siguió, ella ignoró mi presencia. Sabía que algo me pasaba y sabía que era mejor esperar. Ella era consciente de mi propia soledad y sabía que no era impecable.

Tenía que pensar positivo; normalmente no me deprimía con facilidad. Tuve que realizar un esfuerzo enorme para mirarla de nuevo y hablarle.

—No puedo creer que mi hermano se atrevió a meterme en este embrollo —declaré con voz estridente.

—Tu hermano siempre hace lo que le da la gana —comentó Carla—. Y siempre se mete en jaleos.

—Tengo tres meses para encontrar otro piso y hasta entonces tengo que ahorrar dinero —suspiré—. ¿Por qué lo vendió? No lo entiendo.

Terminé de recoger las revistas y me senté en el sofá.

—Son solo tres meses, Alicia. —Me dio el trapo con el que había limpiado el polvo y se sentó a mi lado.

—Sabía que no tengo dinero. Me tiene prácticamente esposada a este piso. —Lancé lejos el mando de la televisión y eché la cabeza hacia atrás—. Sin embargo, me aseguró que puedo quedarme aquí y que el nuevo propietario no tiene prisa en mudarse.

—Bueno, estarás tres meses sin pagar nada —bramó ella—. ¿Y dónde está tu hermano ahora?

—Mi hermano está... La verdad es que no lo sé y tampoco me importa. —Me puse de pie—. Doy por terminada la limpieza. Vamos a salir.

—Pensé que nunca lo ibas a decir. —Se levantó, risueña—. Avisaré a Mikel y a Chase —informó ella y negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra llamar a Mikel —dije, malhumorada.

—¿Por qué? —Me miró extrañada.

—No deja de tocarme y no me gusta. Solo salí con él una vez porque me lo pediste tú —comenté y ella no dudó en guardar su móvil.

—Entonces salimos solas. Cámbiate y luego pasamos por mi casa. Te espero aquí.

La dejé viendo la televisión y entré corriendo en la habitación para arreglarme. Estaba saciada de trabajar en bares por escaso dinero; sin embargo, las salidas con mi amiga me ayudaban a olvidar lo agotador que era vivir sola. Mis padres no me querían ver y mi hermano viajaba casi siempre. Por un tiempo, pensé que tal vez había actuado impulsivamente al decidir irme de casa en vez de quedarme y afrontar los disgustos. No obstante, poco a poco descubrí que había tomado la mejor decisión. Me había encontrado a mí

misma.

Dejé de estudiar porque necesitaba un cambio, quería encontrar mi propio camino y sentir la alegría de vivir.

Mis padres dejaron de llamarme y me reprochaban que había escogido el mal camino. Tenía dos trabajos y ganaba muy poco dinero, no obstante, me sentía libre. Aprendí a valorar lo que tenía y había creado mis propias historias.

Buscaba la felicidad, la pasión y a alguien que me entendiera.

—¿Te queda mucho? —gritó Carla desde el otro lado de la puerta.

—Ya estoy —dije, con total naturalidad y abrí la puerta.

—Estás muy guapa. —Me miró de arriba abajo—. Tienes un cuerpo increíble, amiga.

—Gracias. Ahora vamos, tengo ganas de pasármelo bien.

El lugar estaba lleno de gente y la música ahogó mis pensamientos. La salida fue terapéutica y me ayudó a centrarme en algo más que los cimientos de mi mundo que se desmoronaban. Me gustaba salir con mi amiga de fiesta porque rompía mi aburrida rutina diaria. Pasar tiempo con ella me enseñaba que tenía que aprovechar mi tiempo haciendo cosas que yo quería.

Bailé toda la noche y bebí más de la cuenta. Tanto, que no recordaba muy bien cómo había llegado y entrado en mi casa.

Me desperté, desorientada por unos momentos. Me di la vuelta para mirar el reloj y traté de enfocar la vista. Era temprano, sin embargo, no me sentía cansada. Suspirando, quité la sábana que cubría mi cuerpo y me pasé los dedos por el pelo enmarañado. La cabeza me latía como un tambor, y todo mi cuerpo dolía.

Me arrastré fuera de la cama y fui a la cocina. Tomé un vaso con agua fría y

me encaminé hacia la ducha. Salí envuelta en una pequeña toalla y tiritando. Últimamente no encontraba tiempo para la casa y tampoco para mí. Apenas me cuidaba y comía muy mal. Todo esto empezó cuando mi hermano desapareció por completo de mi vida. Él era el único que me entendía y me subía el ánimo con sus bobadas.

Caminé de puntillas hasta la terraza para coger una de las camisetas que había en el tendedero y agradecí en silencio que vivía sola. Cerré la puerta, ignorando el frío que se filtraba a través de la diminuta toalla y crucé la habitación.

Cuando llegué al pasillo, la puerta de la entrada se abrió y me congelé al instante cuando vi a una persona entrando.

—¿Quién eres? —preguntó con un fuerte acento extranjero.

Lo miré de arriba abajo, intentando controlar mi respiración. Era alto, rubio y de características atractivas.

Él estaba relajado mientras yo estaba completamente petrificada. Sus ojos sostuvieron los míos y parecía que no podía girar mi mirada.

—¿Yo? —pregunté con voz trémula.

Dejó una maleta en el suelo y enderezó los hombros. Su mirada oscura se paseó de arriba abajo por mi cuerpo. Dio dos pasos hacia mí y empecé a retroceder. Mis pensamientos estaban hechos un auténtico lío.

—Contesta a mi pregunta. —Su voz se tornó dura.

Me tensé al instante. Hice un esfuerzo para recobrar la compostura y le sostuve la mirada.

—¿Qué haces en mi casa? —pregunté con torpeza—. Si no sales ahora mismo, llamaré a la policía. —Se me quebró ligeramente la voz.

—¿Tu casa? —Rio abiertamente —. Esta es mi casa y, si no sales ahora mismo, llamaré yo a la policía. —Se señaló con el dedo índice.

—Esta casa es mía, bueno la de mi hermano. ¡Sal ahora mismo de aquí! —grité indignada.

Él me miró atónito. Me estremecí involuntariamente y empecé a retroceder.

Sus ojos eran negros y hermosos, pero la expresión fría que había helado su rostro daba miedo.

Esos ojos negros se pararon en la diminuta toalla que rodeaba mi cintura y algo cambió. Su boca se curvó en una expresión que parecía mitad sonrisa y mitad desafío. Esa mirada hizo que se me retuerza el estómago. Me di cuenta de que estaba mostrando demasiado, y eché un vistazo alrededor buscando cualquier cosa que pudiera cubrirme.

Atravesé la estancia a toda velocidad para coger una de las mantas del sofá. Él me la arrebató de las manos.

—No hace falta que lo hagas, ya he visto suficiente y créeme que no me impresionas —susurró en mi oído; su voz tenía un inconfundible acento ruso.

Tragué saliva y me alejé. Me sentía indefensa e insegura. Me quedé callada varios minutos y me perdí en mis propios pensamientos. Sus palabras no me afectaron; sin embargo, su mirada lo hizo. Y más de lo normal. Me sentí invadida por la curiosidad y me preguntaba qué escondía detrás de esa máscara tan insensible.

—Tienes media hora para largarte de aquí —comentó secamente.

Sus furiosos ojos me miraron y por alguna razón me olvidé de todo. El miedo estaba presente; sin embargo, había algo que me intrigaba y me hacía querer conocerlo, averiguar quién era.

—No puedo irme. —Mi voz vibró por la cólera que atravesaba mi cuerpo —. No tengo donde...

—Me importa una mierda. Tú… —Me señaló con el dedo—. Te largas de aquí. Esta es mi casa.

Cuando dijo eso, me di cuenta de que me encontraba frente al nuevo propietario, uno que no tenía que llegar hasta dentro de tres meses.

—Compraste este piso hace unos días, ¿verdad? —me atreví a preguntar.

—Algo así, pero es asunto mío —gruñó.

—Mi hermano te lo vendió, pero me aseguró que puedo quedarme aquí hasta que encuentro otro piso—. Intenté desafiarlo, pero cuando apretó los puños

empecé a retroceder.

—Vístete y lárgate de una vez —dijo, rechinando los dientes.

—¿Me vas a echar a la calle? —pregunté y me pegué a la pared.

Cuando mis ojos reenfocaron, él me miraba con una extraña expresión en el rostro. Había dejado de apretar los labios para dejar un rastro de curiosidad cruzando su boca, como si de alguna manera supiera lo que sentía en ese mismo instante. Nos miramos uno al otro durante unos segundos, aunque no podía decir qué pensábamos ninguno de los dos en ese momento.

—¿Qué es lo que no entiendes? Esta es mi casa y te quiero fuera de aquí. —Se acercó y levantó el puño.

Cerré los ojos asustada y agaché la cabeza esperando algún golpe. Cuando tocó mi mejilla con sus dedos, di un sobresalto y abrí los ojos despacio. Me estaba mirando confuso, con cierto arrepentimiento en los ojos.

Contuve el aliento. No estaba acostumbrada que me hablaran de esa manera y jamás había salido con un hombre tan intenso, imponente y frío. Y reaccionaba ante él más de lo que quería.

—No quiero hacerte daño, solo quiero estar solo.

Había cierto dolor en su voz. Mi corazón dolió por él y sentí una conexión que no podía explicar. Mientras pensaba todo eso, sabía que no tenía lógica. Luché para mantener las emociones bajo control y respiré hondo.

—Prometo no molestarte —dije, moviendo los labios despacio—. Deja que me quede unos días hasta que encuentro algo, por favor.

Lo miré, aguardando su reacción frente a mí. Sin embargo, bajo mi expresión serena, mi mente funcionaba a toda velocidad. La hostilidad en sus ojos me resultaba peligrosa y estaba consciente de que detrás de aquella máscara burlona rezumaba una furia letal.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, sin emoción.

—Alicia.

Su cabeza se inclinó ligeramente hacia un lado, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Y el tuyo? —pregunté susurrando.

—Unos días, pero luego te largas de aquí —siseó entre dientes y se alejó.

Lo observé mientras daba la vuelta y cuando empezó a caminar, solté todo el aire de golpe. Impresionaba y asustaba, pero al mismo tiempo tentaba. Y esos ojos negros suyos eran increíbles; eran realmente lindos para estar en un rostro tan masculino.

Salí corriendo hacia mi habitación y cerré la puerta con llave. Tiré la toalla en el suelo y me metí en la ducha para entrar en calor, me había congelado de frío.

¿Qué estaba haciendo? Tuve conversaciones imposibles conmigo misma mientras el agua caliente caía en cascada sobre mi cuerpo. Tal vez era una locura quedarme a vivir en el apartamento con él, pero no podía ver ni la razón ni la lógica a todo aquello. Mi instinto me decía que podía confiar en él y le hice caso.

Un poco después de las siete, me puse una bata, apagué mi portátil y me dirigí hacia la cocina para comer algo. Mi despensa consistía mayormente en cosas que podían calentarse rápido, latas de sopa y cenas de microondas.

Aún había luz afuera. El sol estaba terminando de ocultarse detrás de los edificios y la vista era impresionante desde mi balcón.

Llegué delante de la puerta que daba a la cocina y un olor apetitoso a comida me envolvió. Entré dudando, alguien estaba cocinando en mi casa. Lo vi a él, de espaldas mientras removía verduras en el sartén. No sabía qué hacer en ese momento: si entrar o volver a la habitación. Se había adueñado de mi cocina bastante rápido y, sin embargo, no me molestaba.

Yo casi nunca entraba, y lo hacía solo para poner la cafetera o calentar la comida. Por un momento, recordé a mi madre, pero solo durante un instante. Nada de lo que ella me había aportado era digno de mi atención. Ni siquiera se molestaba en prepárame el desayuno por las mañanas antes de ir al colegio.

Siempre lo hacía mi hermano.

—¿Piensas sentarte o quedarte allí todo el día? —preguntó de espaldas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Aparté una silla de la mesa y me senté. Lo estudié en silencio mientras intentaba cuadrar su forma de ser y su comportamiento. Miré el intrincado tatuaje que le cubría el brazo izquierdo y torcí los labios. No encajaba en su perfil, aunque el trabajo era detallado y hermoso. Era grande y lo hacía parecer un tipo salvaje; sin embargo, yo no pensaba lo mismo.

—Experiencia...

No dijo nada más y cuando se dio la vuelta aguanté un suspiro. La camiseta que llevaba se moldeaba a su cuerpo definido como un guante. Se veía guapo y llamativo. Tragué saliva mientras me miraba, sus ojos penetrando los míos. Se acercó y dejó un plato encima de la mesa.

—Que aproveches —dijo, sonando un poco sin aliento—. Tuve que salir y hacer algunas compras. Me pregunto con qué te alimentas.

Me estudió durante un largo y sofocante momento. Mi piel se erizó con una consciencia que sentí como la ropa empezaba a molestar, sintiéndose incómoda contra mi piel.

—Deberías comer algo —presionó, empujando en plato.

Estaba hambrienta y la comida tenía una pinta increíble.

—Lo haré.

Asintió con la cabeza y abandonó la cocina. Me quedé mirándolo hasta que desapareció de mi vista. Bajé la vista a mi plato y apreté con fuerza el tenedor. No entendía porque se comportaba así y no entendía por qué yo reaccionaba de esta manera cuando lo tenía cerca. Los hombres podrían ser bastante misteriosos cuando se lo proponían, pero no todos eran iguales.

Decidí comer lo que había preparado, aunque dudaba si la comida estaba buena, podría haberla envenenado.

Tenía solo unos días para encontrar otro piso y lo veía difícil porque no tenía dinero ahorrado.

Capítulo 2

Desperté cansada, cansada de sentirme sola y cansada de tratar de pensar en una solución para que la vida fuera más tolerante conmigo. Tomarse las cosas con calma apestaba.

Había pasado los últimos meses intentando ahorrar dinero para buscarme otro piso; sin embargo, había sido sin éxito. Con el sueldo de mis dos trabajos apenas podía llegar al fin de mes.

El apartamento era exactamente del tipo de una estudiante con poco presupuesto; sin embargo, tenía tres habitaciones y dos baños. Lo había amueblado con muebles artesanales y de segunda mano. Solo el salón era un poco más moderno, con una librería repleta de libros y con dos sillones de cuero blanco.

Con pereza me bajé de la cama y recogí mi pelo en una coleta. Mi pequeña habitación estaba bañada de colores vivos y brillantes. Los rayos de sol se habían hecho hueco por los diminutos agujeros de la persiana bajada y bailaban en el aire.

Después de comer y recoger un poco, me puse a mirar anuncios en internet. La mayoría de los pisos pedían un alquiler muy alto: era casi el sueldo que recibía al final de mes. Era imposible encontrar un piso barato.

Esa noche tenía turno doble, entraba a las seis de la tarde y salía a las seis de la mañana. No me gustaba ese trabajo, pero lo necesitaba. Ganaba poco dinero y las condiciones eran bastante malas; tenía un jefe odioso y unos

clientes pegajosos.

Cerré el portátil y pensé en él; no sabía si estaba en casa o había salido. Me quedaba una hora para prepararme, pero para el trabajo no hacía falta ir muy arreglada. Con el uniforme y el pelo recogido en una coleta, era más que suficiente.

Salí de puntillas y cerré la puerta despacio no queriendo hacer ruido. Cuando pasé por delante de su habitación escuché un golpe en la pared y luego algo rompiéndose. Me tapé la boca para no gritar por el susto y me quedé quieta para escuchar.

De repente su voz fría empezó a retumbar en mis oídos. Hablaba con alguien en un idioma que desconocía y se notaba que estaba muy alterado. No queriendo que me encontrara espiando, me aparté de la pared y empecé a caminar de puntillas.

La puerta se abrió de golpe y una ráfaga de aire golpeó mi cara. Me agarró de inmediato por el brazo y me miró a los ojos.

—¿Me estabas espiando? —preguntó, y con un movimiento brusco y sin esfuerzo, me apretó contra la pared.

Con la otra mano me agarró por el cuello, mientras recorría mi cara con sus ojos en busca de una respuesta. Sus dedos apretaban fuertemente mi cuello y sentía que el aire abandonaba mis pulmones con rapidez.

—Contéstame —exigió y aflojó un poco su agarre.

—No... —Tomé aire—. Estaba pasando para irme al trabajo.

—Estás mintiendo. No quiero que metas tus narices en mis asuntos. ¿Te queda claro, Alicia?

Mi corazón se agitó.

—Sí...

—Te dejo quedarte aquí unos días, pero te quiero lejos de mí. Me doy cuenta cuando estás cerca, puedo oler tu perfume, tu respiración emana miedo y lo puedo sentir. —Me soltó y se alejó un poco.

—No te molestaré más, gracias —aseguré y salí corriendo.

—No vuelvas tarde o te quedarás fuera.

La voz de él vino de atrás, sonaba fría como la nieve. ¿Eso era una amenaza?

No miré para atrás y mientras abandonaba el apartamento pasé una temblorosa mano por mi rostro. Él me asustaba y ponía todos mis sentidos en guerra. Estaba segura de que ese hombre podía romper todas mis paredes y salvarme de mi aislamiento; sin embargo, no lo conocía y no sabía si era de fiar. Algo le faltaba; por dentro estaba vacío y sus ojos solo irradiaban tristeza.

Cuando llegué al trabajo, Mauricio me estaba esperando con el ceño fruncido. Había llegado tarde y eso era algo que lo irritaba siempre.

—Llegas tarde —gruñó molesto.

—Lo siento, el autobús no llegó a tiempo —mentí.

—Me importa una mierda tus excusas. La próxima vez estás fuera —amenazó y dio la vuelta.

Entré rápido detrás de la barra, y Chris mostró una sonrisa sincera para intentar tranquilizarme.

—No le hagas caso, siempre dice lo mismo. —Me apretó el hombro suavemente.

—Gracias. Sabes que necesito este trabajo.

Me puse el delantal con el logo del bar y observé a mi alrededor. El bar estaba lleno y me esperaban unas horas infernales.

Mi turno terminó, y Chris me ayudó a cerrar el local. Luego se ofreció llevarme a casa, sabía que odiaba ir en autobús.

Llegamos delante de mi edificio y tiró del freno de mano. Giró la cabeza y me miró con detenimiento.

—Descansa amiga. Trabajas mucho; un día te va a dar algo —dijo

preocupado y se bajó para abrirme la puerta.

—Gracias —murmuré mientras me bajaba—. Te veo el lunes.

Asintió y me dio un beso en la mejilla.

Me quedé observando cómo se alejaba el coche y entré en el edificio caminando despacio. Me sentía sin fuerzas, agotada, y mi cabeza estaba a punto de estallar.

Metí la llave, pero no conseguí hacerla girar. Él había dejado sus llaves en la cerradura y como no quería gritar y hacer ruido, me senté resignada en la alfombra.

El trabajo en el bar me agotaba y los días pasaban sin pena ni gloria. Todas las noches caía rendida a la cama y al día siguiente me despertaba con jaqueca.

Di algunos golpes en la puerta con los codos, pero como estaba hecha migas, mis ojos se cerraron y me quedé dormida al instante.

Sentí unos brazos agarrándome por detrás y levantándome del suelo. No abrí los ojos, mis párpados ardían y dolía moverlos. Sin embargo, sonreí; me abrazaban con suavidad mientras me cargaban dentro. Dejé escapar un suspiro largo y escalonado cuando el calor de su cuerpo encendió el mío. Me agarré con fuerza a su cuello y metí la cabeza en su pecho.

No pensaba en nada, solo existía el sonido de mi enloquecido corazón y su respiración controlada. Sin duda podía hacerme daño pero, justo en ese momento, necesitaba a alguien que me abrazara.

Pasaron minutos largos hasta que noté frío. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me dejó sobre la cama. El calor de su cuerpo me había afectado y la sensación me había asaltado.

Me cubrió con la manta y escuché la puerta cerrándose. No sabía si había sido un sueño, pero lo había sentido muy real.

Capítulo 3

Me bajé de la cama con detenimiento, aunque había dormido bastantes horas, el cansancio no me había abandonado.

Me di una ducha rápida para quitarme el olor a humo y a sudor, luego me puse una bata por encima de mi pijama y salí para prepararme algo de comer. Cuando entré en la cocina, observé que estaba vacía y recogida. Se notaba que él había salido, eran las tres de la tarde y la casa estaba en silencio.

Me preparé un bocadillo y me senté en el sofá mientras ojeaba una revista. Había un montón de cosas que empezaban a intrigarme. Él era atractivo, no hablaba mucho, parecía carecer de sentimientos y escondía algo. No obstante, la forma en que sus ojos negros me miraban no ayudaba a descifrar ese misterio. Había algo obvio: me sentía atraída por él. Una atracción que no podía ser controlada con facilidad; era simple química.

La puerta de la entrada se abrió y dejé de masticar. Parpadeé por la sorpresa y miré hacia arriba para encontrarme con esos ojos negros mirándome con angustia.

Él tenía la camisa manchada de algo rojo y su pecho subía y bajaba con rapidez. Gruñó y dejó el maletín en el suelo. Podía verlo luchando para mantener la calma; sin embargo, quería saber lo que sentía y lo que pensaba.

—Necesito tu ayuda —dijo con firmeza—. Ahora mismo, Alicia. Levántate y trae una aguja.

Tragué rápidamente lo que tenía en la boca y me levanté del sofá. Me quedé

paralizada de miedo y no pude moverme de mi sitio cuando me di cuenta de que hablaba en serio. Su camisa estaba empapada de sangre… Esas manchas rojas eran de sangre.

—¿Qué esperas? ¿A qué muera? —bramó.

Empecé a caminar y cuando llegué delante del mueble del salón, abrí un cajón y saqué la caja de costura.

Cuando di la vuelta, él ya estaba sentado en el sofá y con el torso desnudo. Aunque tenía dos heridas en su costado derecho no podía negar el hecho de que su cuerpo era perfecto.

—Date prisa, Alicia. Tienes que sacar las balas —ordenó y la caja se me cayó al suelo cuando escuché sus palabras.

Tenía dos heridas de bala; ese hombre era peligroso o, si no era él, alguien de su entorno lo era. Me agaché para coger la caja y cuando llegué a su lado, lo miré asustada, no sabía qué hacer. Recordé algunas escenas que había visto en películas y se me ocurrió ir a la cocina para coger agua caliente y unos trapos limpios.

Volví corriendo al salón y dejé el cuenco encima de la mesa. Él tenía los ojos cerrados y se notaba que el dolor lo afectaba; tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Mojé un trapo en el agua y me acerqué para limpiar las heridas.

Dio un respingo cuando el trapo tocó su piel y abrió los ojos de golpe.

—Date prisa con eso. No puedes perder más tiempo, tienes que sacar las balas. —Me agarró la mano y la apartó con brusquedad—. Las balas antes, luego limpias... y trae un poco de alcohol —emitió un gruñido gutural.

Quise liberar mi mano, pero él no me la soltó. Se limitó en sostenerla, murmurando algo en otro idioma. Luego aflojó el agarre y me dio una pequeña caricia antes de soltarla.

Estaba confundida, su comportamiento era muy extraño, pero carecía de fuerzas para enfrentarme a él. Sentí que mis emociones se desvanecieron por completo y me alejé de inmediato.

Cuando regresé con la botella de alcohol, la agarró con brusquedad y bebió casi la mitad de un trago. Me asusté, y cuando dejó la botella en el suelo, reaccioné y agarré la pinza que había en la caja para sacar las balas.

Las heridas eran profundas y la sangre no paraba de salir. Emblanquecí; mis rodillas no podían sostener mi peso y no podía moverme.

Los ojos de él encontraron los míos y no apartó la mirada; simplemente me miró, incapaz de hablar por el dolor.

Me estremecí en respuesta, y traté de ocultar lo aterrorizada que me sentía. Mis manos comenzaron a temblar y apreté los puños. Empecé a limpiar las heridas con mucho cuidado y luego metí la pinza, moviéndola despacio para encontrar las balas.

—Más adentro... —dijo con una voz ahogada por el dolor.

Empujé la pinza con cuidado y él se retorció. Metió un dedo en la boca y lo mordió para no gritar. Sentí algo duro, había localizado la bala, pero no sabía cómo sacarla. Limpié el sudor de mi frente con la otra mano y enfoqué la vista en la herida. La sangre no paraba de salir y mi mano temblaba. Respiré hondo y moví la pinza hasta que pude atrapar la dichosa bala. Tiré con fuerza y lo miré de reojo. Tenía los ojos cerrados y sus dientes seguían apretando con fuerza el dedo. No había dicho nada y no se había quejado; era como si el dolor no existía para él.

Presioné con rapidez un trapo para parar la sangre y luego repetí el mismo procedimiento con la otra bala. Nunca había visto tanta sangre y el olor metálico me provocaba náuseas. Miré mis dedos temblorosos y apreté mi mandíbula en un intento de disipar el nudo que se había instalado en la parte posterior de mi garganta.

—Sigue presionando esto hasta que traigo algunas vendas —ordené con voz trémula.

Él asintió con los ojos cerrados mientras sus manos llenas de sangre empezaron a presionar los trapos.

No tardé en volver con las vendas y después de limpiar bien las heridas, se

levantó despacio para facilitarme el trabajo.

Cuando ya lo había conseguido, fui a la cocina para traerle un vaso de agua y un antibiótico, aunque había tomado alcohol, algo de efecto tenía que hacerle.

—Gracias. —Me devolvió el vaso vacío.

—Vamos. Te llevo hasta la cama —murmuré y él dudó un instante.

—Puedo solo, gracias.

Negué con la cabeza y lo miré a los ojos brevemente.

—Sería devolverte un favor. Anoche me metiste en mi cama y ahora voy a ser yo quien te meta en la tuya. Vamos, apóyate en mí hombro.

Me miró sorprendido por mi atrevimiento y apoyó la mano izquierda en mi hombro. Con mi ayuda consiguió tumbarse en la cama y cuando me alejé para irme, atrapó mi mano.

—Me salvaste la vida, gracias —susurró.

—Que duermas bien. ¿Cuál es tu nombre? —pregunté mirándolo a los ojos.

—Evan. —Me estrechó la mano y me estremecí como si una llama de fuego lamió mis venas—. Tienes una piel muy suave…

Alcé la mirada y me fijé en las ojeras que mostraba bajo sus grandes ojos negros. Se veía cansado y triste. Bajé la mirada hasta su pecho y las feas cicatrices que marcaban su piel llamaron mi atención. Una sensación extraña me turbó mientras lo contemplaba.

Vi que se había quedado dormido y agaché la cabeza para darle un pequeño beso en la mejilla. No sabía porque lo había hecho, pero no podía pensar con claridad en ese momento.

Antes de salir, me volví para echar una última mirada a ese hombre tan apuesto y guapo que se había colado en mi corazón de una forma extraña. Ese pensamiento me confundió aún más de lo que estaba.

Capítulo 4

Me desperté temprano pero, como no tenía que ir al trabajo, cerré los ojos de nuevo. El rostro de Evan apareció para atormentarme y eso hizo que recordara lo que había pasado. Aproveché el momento para aclarar mi cabeza y centrarme en los acontecimientos recientes. Alguien le había disparado con intención de matarlo y esas heridas eran la prueba que necesitaba para reaccionar, para darme cuenta de que él era peligroso. Sin embargo, contra todo sentido común, estaba segura de que mi vida necesitaba la emoción que Evan podía proporcionarle.

Me bajé de la cama con preocupación y ahogué un bostezo. Salí de puntillas y cuando llegué delante de su habitación, di un ligero toque en la puerta. Esperé unos segundos y luego giré el pomo despacio.

Lo que vi aceleró mi corazón. La cama estaba vacía y las sábanas amontonadas y manchadas de sangre. Él no estaba, pero escuché el agua cayendo en el baño y supe con certeza que se estaba duchando. No quería molestarlo y di la vuelta para salir.

—¡Mierda! —gritó él desde el baño y luego escuché un ruido agudo.

Me asusté y pensé que le había pasado algo. Corrí hasta la puerta del baño y la abrí de inmediato. Entré y me paré en seco cuando lo vi desnudo delante de mí. Se me aceleró el pulso y empecé a respirar con dificultad. El calor parecía vibrar entre nosotros, acariciando nuestros corazones y vibrando con una sensación cálida y deliciosa.

Por un momento, tuve la impresión de que Evan sentía la misma vibración, pero no fue así. Ladeó la cabeza y me miró en silencio. Un silencio que dejaba muy claro que estaba molesto.

—¿Qué mierda haces entrando en mi baño? —preguntó enfadado, pero cuando abrí la boca, las palabras no salieron—. Fuera de aquí. —La orden ardía en sus ojos.

—¿Ee… estás bien? —balbuceé después de unos segundos eternos.

—Si terminaste de mirarme, sal.

Sin atreverme a mirarlo y temiendo su reacción, salí corriendo del baño. Me retumbaba la cabeza y me sentía estúpida. Ese hombre me hacía perder la razón, me confundía y por más que intentaba crear un vínculo, él más se empeñaba a mantenerse alejado. Tan solo tenía que evitarlo; sin embargo, era incapaz de hacerlo.

Me mordí el labio interior e intenté regular la respiración. Llegué delante de mi habitación y abrí la puerta. Entré como un huracán y maldije en voz baja. Evan no tenía buen aspecto; él se había quitado las vendas y las heridas le sangraban. Estaba preocupada y asustada al mismo tiempo.

Me senté encima de la cama y tomé una profunda respiración. Necesitaba calmar mis nervios y tranquilizar mis pensamientos. Fui yo quien había decidido quedarme en la casa hasta encontrar otro sitio y no me quedaba otra que aguantar a Evan.

Un golpe seco en la puerta me sobresaltó. Me puse de pie y, pensando que era él, abrí la puerta de inmediato. Me encontré con la cara sonriente de mi amiga y tuve que esforzarme para devolverle la sonrisa.

—¿Por qué no estás vestida? —Me miró de arriba abajo, extrañada.

—¿Qué haces aquí? —Torcí la boca.

—Lo olvidaste… Habíamos quedado para ver el ensayo de los chicos, por si no lo recuerdas. —Su tono irónico me irritó.

—Tienes razón, lo olvidé. —La dejé pasar—. Pero no puedo ir.

—Vas a venir, me lo prometiste. —Abrió mi armario y empezó a sacar ropa

—. Te va a poner este vestido y nada de protestar.

—No creo que sea una buena idea. No tengo ganas de verle la cara a Mikel. —Me senté en la cama.

—No me hagas esto—. Tiró de mí para levantarme—. Vienes conmigo…

En ese instante la puerta de mi habitación se abrió y Carla dejó de hablar.

—¿Se puede saber por qué gritáis? —rugió Evan.

Carla me agarró por el brazo y, cuando dio la vuelta, se quedó hipnotizada mirando el torso desnudo de Evan.

—Deja de mirarme. Dime quién eres y qué haces en mi casa —exigió él.

Ella dio un paso hacia atrás y aspiró hondo.

—Soy la amiga de Alicia —respondió con tono similar—. ¿Y tú quién eres?

—No tengo porque darte explicaciones. Deja de gritar; me molesta —gruñó —. Necesito que me pongas nuevos vendajes, Alicia. —Me miró a los ojos.

—Sí —contesté y, cuando empecé a caminar, mi amiga tiró de mi brazo.

—Este hombre da miedo —susurró en mi oído.

Asentí y salí detrás de él, dudando.

Cuando llegué a la cocina, él apoyó su cuerpo contra el borde de la mesa y me miró fijamente.

—¿Has encontrado piso? —preguntó, indiferente.

Las gasas se me cayeron al suelo y el pánico empezó a quemar mis venas, lo que me dejó sin aliento.

—No, no encontré. —Me agaché y agarré las vendas, apretando mis puños para no temblar.

Encontré valor y me puse de pie.

Se acercó y, consciente de su proximidad, mi cuerpo empezó a temblar. Nos quedamos mirándonos fijamente y algo se movió dentro de mí. La sensación hizo que sintiera mis brazos ligeros y respiré hondo, confundida. Su cálida respiración acariciaba mis labios y mi temblor se derritió, fluyendo fuera de mí. Me agarró por el brazo, apretando con fuerza, y la decepción me llenó.

—Tienes que irte cuanto antes de aquí —advirtió—. No te quiero cerca.

La magia del momento se destrozó y mi cuerpo se estremeció. Agaché la cabeza, no podía mirarlo a los ojos, ya no.

—Mírame cuando te hablo —ordenó y levanté la mirada intentando desafiarlo —. ¿Entendiste?

La irritación creció en mi interior y sin saber cómo responder, simplemente dije:

—Sí.

Guardó silencio por unos segundos y soltó mi brazo. Me dolía y aún podía sentir sus dedos clavados en mi piel, pero no quería mostrarle mi debilidad.

—Date prisa con las vendas, tengo que salir. —Mi mirada se fijó en su boca a medida que hablaba.

Abrí el envoltorio de las gasas y, cuando me acerqué a él, tomé aire, inhalando el fuerte olor a su colonia. Mis dedos temblaban y se enredaban torpemente con los envoltorios. Me sentía dentro de en un congelador gigante que enfriaba mi sangre y me dejaba sin aliento.

Evan gruñó y me agarró la mano, acariciándola suavemente. No habló y se limitó a mirarme fijamente mientras sus dedos frotaban los míos. Sus caricias adormecían mis temblores reemplazando el miedo con un recio deseo de tocarlo y de sentir su piel bajo mis dedos.

Entreabrí los labios, respirando entrecortado. Pasé la lengua para humedecerlos y sus pupilas se dilataron. Su mirada se volvió intensa y soltó mi mano para tocar mis labios con las puntas de sus dedos.

—Tienes unos labios muy apetecibles. —

Por alguna razón, algo en su voz me atraía.

Su mirada se estrechó y dejó de tocar mis labios. Mi corazón se aceleró. Sus ojos advertían peligro, oscuridad y deseos prohibidos. Me sentí invadida por el pánico; ese hombre era una enorme contradicción.

—Las vendas, Alicia. Tengo mucha prisa —dijo, lo que provocó un nuevo escalofrío en mi espalda.

Después de limpiar las heridas y vendarlo, me apresuré a limpiar la mesa.

No quería tenerlo cerca, me ponía bastante nerviosa. Alcé la mirada y lo vi parado en el umbral de la puerta.

—*Spasibo*0F[1] —murmuró entre dientes.

Abandonó la cocina y dejé caer mis hombros hacia abajo. No entendí lo que había dicho, pero el tono de voz que había usado había sido distinto, tierno.

—Ya veo porque no quieres salir. —Mi amiga se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. Te gusta —dijo.

—No me gusta —mentí—. Me asusta, pero no tengo salida; es el nuevo dueño.

—Impresiona, pero tienes razón, asusta. ¿Intentó algo contigo? —preguntó.

—No, no hablamos mucho. Me quiere fuera de aquí cuanto antes. Parece que mi presencia le molesta —dije, tensa—. Vamos a ver el ensayo de esos payasos.

Capítulo 5

—Vamos, Alicia. —Mikel dio la espalda a la puerta del ascensor y me miró—. Agárrate bien fuerte a mi brazo. Te vas a caer.

—Puedo... sola.

—Te pasaste con la bebida esta noche. —Metió la mano dentro de mi bolso —. No encuentro tus llaves.

—Tienen que estar dentro. —Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones para buscarlas, pero fue sin éxito.

—Cuando lleguemos delante de tu puerta, revisaré de nuevo tu bolso. —Asentí y seguí caminando agarrada a su brazo, todo giraba a mi alrededor.

—Ya estamos. Apóyate en la pared mientras busco las llaves —dijo y enseguida le hice caso.

Cerré los ojos; la luz molestaba. No recordaba cuánto había bebido y tampoco lo que había hecho. Mi vida era confusa y bastante aburrida. Esa era la única razón que me había impulsado a beber.

Cuando escuché un ruido, abrí los ojos y vi como Mikel me enseñaba las llaves sonriendo.

—Las encontré —susurró y se acercó para besarme.

—Mikel...

—Alicia, sabes que me gustas mucho. —Dejó caer su cuerpo sobre el mío —. ¿Por qué no quieres salir conmigo?

—Sabes que no soy de relaciones… no...

La puerta se abrió y una ráfaga de aire golpeó mi nuca.

—¿Algún problema, Alicia? —preguntó Evan a mis espaldas.

Mikel se separó enseguida, sorprendido. Perdí el equilibrio y me caí al suelo. Torcí los labios y eché la cabeza hacia atrás. Mis puños eran pelotas, escondidos en los pliegues de mis codos y los mantuve tan apretados que se estaban volviendo blancos. Mi cabeza palpitaba y me quería morir. Gruñí en una furia incoherente y traté de levantarme.

Evan se agachó y me levantó sin ningún esfuerzo. Cuando mis ojos encontraron su mandíbula tensa, supe que las heridas le hacían daño. Me sentía culpable, pero no protesté.

—Estoy bien... Evan —aseguré, pero él no me soltaba.

—No creo que estés bien —dijo molesto.

—¿Quién eres? —preguntó Mikel a mis espaldas.

—No quieres saberlo, mejor lárgate cuanto antes —siseó Evan entre dientes.

—Cuídate, Alicia —murmuró Mikel y me dio una mirada apenada—. Me voy…

—Tranquilo, que yo la cuidaré. ¿Qué esperas? —Evan escupió las palabras hacia él con furia—. Lárgate, chico.

Mikel se esfumó, y cuando levanté la vista, me encontré a Evan mirándome con las cejas elevadas.

—No pensaba esto de ti. —Abrió a puerta y me empujó hacia dentro.

La ira se apoderó de mí. Sus palabras me estaban tocando y eso me molestó.

—Me haces... daño —conseguí decir—. Suelta... suelta mi brazo.

—Oh, no. No querrás que te suelte. Vamos a la ducha —avisó y me tomó en brazos.

Hizo una mueca de dolor al levantarme; las heridas debían de molestarlo, pero se empeñaba en cargarme.

—Evan... tus heridas...

—Yo estoy bien, pero tú no —aseguró y abrió la puerta del baño.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Meterte en la ducha. ¿Prefieres que te quite yo la ropa o lo haces tú? —preguntó mientras me dejaba en el suelo.

—No quiero... ducharme. —Me aferré a su brazo para no caer.

—Por lo que veo, tendré que hacerlo yo —gruñó y se pasó una mano por el pelo—. Mañana me lo agradecerás.

Empezó a desabrocharme la camisa y la tensión se volvió palpable.

Mi pulso latió un poco más rápido y la excitación comenzó en lo bajo de mi vientre.

Me empujó suave hasta chocar con la pared y sin mirarme continuó a desabrochar los botones uno por uno.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté y él alzó la mirada.

Sus labios estaban muy cerca de los míos; podía sentir su respiración y un agradable olor a menta.

—No empieces con el interrogatorio. Conmigo no funciona. —Desabrochó el último botón y me quitó la camisa despacio.

Bajó la mirada hasta mis pechos y lo vi tragando duro; luego negó con la cabeza. Empezó a bajar la cremallera de mis vaqueros y sus dedos fríos me hacían cosquillas.

—Sabes... podrías hacerlo... más sensual y más delicado —susurré.

Él subió la mano y agarró mi cabello con sus dedos.

—Cuidado, Alicia, no me provoques —advirtió y aflojó el agarre.

—¿Se puede... saber cuál es tu... tu problema? —pregunté e intenté empujarlo, pero él no se movió.

—Mi problema eres tú. Y te quiero fuera de mi casa cuanto antes. Compré este piso, pero a ti no. ¿Entiendes? —Me bajó los pantalones de un solo movimiento y cuando se levantó, sus manos subieron despacio por mis piernas hasta mis caderas.

Agarró el bordillo de mis bragas y me congelé al instante; estaba borracha, pero eso no significaba que me podía desnudarme tan fácilmente.

—Suficiente... —dije firme—. Sal.

—Si necesitas ayuda, llámame. —Dio la vuelta y salió del baño.

Estaba temblando y no sabía si era por el frío, por la borrachera o por el miedo. Me quité la ropa interior con movimientos bastantes torpes y luego me di una ducha bien fría. Necesitaba enfriar mi cuerpo: cada vez que estaba cerca de Evan, mi cuerpo se encendía como la gasolina, rápido y sin tener tiempo a reaccionar.

Salí del baño envuelta en una toalla. Evan me había llevado al baño de su habitación y no sabía si quedarme o irme. Él no estaba, y aproveché para cotillear un poco. Me acerqué al armario y cuando lo abrí, bufé. Solo había trajes, camisas blancas y pantalones negros. No recordaba haberlo visto llevando vaqueros y las camisetas que tenía eran bastante pasadas de moda. Lo que sí me extrañó, era que toda su ropa estaba bien colocada, no como la mía, que apenas encontraba dos calcetines iguales.

Cerré las puertas y torcí los labios. No había nada interesante: no tenía fotografías, libros o cualquier objeto personal que pudieran darme algún indicio más sobre su vida.

Crucé la habitación y vi un maletín negro debajo de su cama. Me agaché para sacarlo; allí podría haber algo interesante.

Pesaba mucho y cuando intenté abrirlo, me di cuenta de que necesitaba una llave. No tenía tiempo para buscarla; estaba bastante mareada y borracha para intentarlo, pero pensaba hacerlo en otro momento.

Dejé el maletín donde estaba y me levanté de golpe. Vi negro delante de mis ojos y me caí encima de algo suave y duro a la vez.

—Ya te tengo —susurró Evan y quitó la colcha de su cama para meterme dentro.

Me cubrió hasta la barbilla y, cuando abrí los ojos, me quedé quieta y respirando con dificultad.

Tragué saliva, perturbada por su intenso escrutinio, pero no aparté la vista. Su aliento me cosquilleaba los labios y noté que el pulso se me aceleraba poco a poco.

—Duerme, Alicia. Estaré aquí por si me necesitas. —Me dio un beso cálido en la frente y se estiró a mi lado.

Su comportamiento me confundía. Era frío y duro conmigo, pero contrastaba con los gestos cariñosos y tiernos que mostraba a veces.

Cerré los ojos y me quedé dormida al ritmo de su respiración.

Capítulo 6

Fue una delicia despertarme el sábado por la mañana teniendo ante mí la perspectiva de quedarme en la casa y descansar.

Estaba sola en la cama y supuse que Evan había salido. Había cuidado de mí y se había preocupado por mi estado. No obstante, sentía vergüenza. Había llegado a casa borracha y prácticamente me ofrecí en bandeja.

No entendía porque su presencia me afectaba de esa manera. Me gustaba, era atractivo y misterioso, pero escondía algo. Y ese algo podía poner en peligro mi vida.

El timbre de la puerta me sobresaltó y me puse de pie. Caminé hasta allí y giré el pomo despacio. Tiré de la puerta y una ráfaga de aire fresco golpeó mis mejillas.

No había nadie y eso me extrañó. Miré a todos lados y cuando bajé la vista vi un sobre amarillo encima de mi felpudo. Me agaché y lo agarré con las manos. No pesaba, parecía vació, pero cuando presioné los dedos en el papel, sentí algo duro.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. Miré de nuevo el sobre, con más atención y cuando le di la vuelta vi que había palabras en otro idioma escritas en mayúscula.

Puse una mueca y apreté los dientes. El sobre seguramente era para Evan, las letras parecían rusas. Quería abrirlo y mirar lo que había dentro, pero sabía que eso podría enfurecerlo aún más. Lo dejé encima de la mesa y giré sobre

mis talones. El timbre de la puerta sonó de nuevo y puse los ojos en blanco. Mi día había empezado bien, pero a medida que pasaban las horas todo se desmoronaba.

Giré el pomo sin pensar y me topé con Carla. Tenía los ojos llorosos y suspiraba.

—¿Qué ha pasado? —susurré—. ¿Por qué llamas? Tienes llave...

—¿Puedo pasar? —Sorbió la nariz y suspiró de nuevo.

Me aparté y la dejé entrar. Cerré la puerta y me apoyé en ella.

—Chase me dejó. —Se echó a llorar.

Me acerqué y la abracé. Sus llantos se volvieron más fuertes y no sabía cómo tranquilizarla. Nunca la había visto así.

—No sabía que estabais juntos.

—No, pero… bueno, sí… pero…

—Mejor nos sentamos y me lo cuentas. —Aparté el cabello que cubría su frente y le sequé las lágrimas—. Voy a preparar un café.

—Gracias.

La dejé en el salón y entré en la cocina. Puse la máquina de café en función y me quedé esperando. Era extraño encontrar la cocina vacía. A esas horas de la mañana Evan acostumbraba a tomar su desayuno.

Escuché gritos que provenían desde el salón. Era Carla hablando en voz alta con alguien. Salí de la cocina y me la encontré de pie en el medio del salón, gesticulando mientras hablaba. Vi que en la mano izquierda tenía el sobre amarillo abierto y mi estómago se encogió de golpe, lo que nubló mi vista.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en voz alta.

—Alguien me está gastando una broma. —Puso los ojos en blanco—. Seguramente me dijo de todo en otro idioma.

Me enseñó un móvil pequeño y negro.

—¿Dónde lo encontraste? —Me acerqué y se lo arranqué de la mano.

—En este sobre. ¿Por qué tienes un móvil tan antiguo? ¿No tienes dinero?

—No es mío y este sobre estaba cerrado, ¿por qué lo abriste?

—El móvil empezó a sonar y… y… ¿qué estás tramando?

—Yo nada, pero me vas a meter en problemas. Dame el sobre.

Exhalé y me pasé la mano por la frente, molesta.

—¿Me quieres explicar qué pasa? —Hizo una breve pausa para recuperar el aliento—. Te veo bastante alterada.

—No tengo tiempo ahora, Evan tiene que llegar y no quiero que vea el sobre abierto.

—Así que es suyo.

—Supongo. Lo encontré delante de mi puerta y como vi las letras rusas supuse que es para él.

—Guau, esto es como en las películas con asesinos.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo y metí de inmediato el móvil dentro del sobre. Lo cerré y lo dejé encima de la mesa.

—Estoy mejor —dijo ella—. ¿Por qué no bebemos algo?

—No lo sé, es de día.

—Vamos. —Tiró de mi brazo y me llevó hasta la cocina—. Eres mi mejor amiga y tienes que hacerme caso.

Me desperté jadeando. Miré alrededor asustada y me maldije a mí misma. Estaba en la cama de Evan y no recordaba cómo había llegado allí. Me bajé con cuidado y mi cabeza empezó a palpitar. Había bebido más de la cuenta y eso empezaba a preocuparme. Yo no solía beber, odiaba el alcohol.

La puerta se abrió tras de mí sin previo aviso y me giré.

—¿Qué mierda haces aquí? —Su voz golpeó mis entrañas como un latigazo.

Lo miraba y no podía reaccionar; parecía el Diablo en persona. Vestía un traje negro y camisa negra abotonada hasta arriba.

—Yo… yo no recuerdo, lo siento…

Se acercó despacio y miró por encima de mi hombro.

—¿Dormiste en mi cama? —Enarcó una ceja.

Me agarró por la cintura y me arrastró con él. Luego agarró mis dos muñecas con su mano izquierda y las presionó contra la pared por encima de mi cabeza.

Me congelé, asustada.

—Dormiste en mi cama y te pusiste un pijama sexy —dijo suave y en voz baja.

Mi cerebro dejó de funcionar y agaché la mirada. Miré la tela de seda que apenas cubría mi cuerpo y tragué saliva. Ese no era mi pijama, no era de mi estilo, demasiado atrevido.

—No, no es mía…

—Shhh. —Colocó un dedo sobre mis labios y mis rodillas se doblaron un poco. Mis pezones se endurecieron y tomé aire repentinamente—. No hables. No quiero saber nada ahora. Eres pura tentación…

Sus labios acariciaron mi oreja y mi corazón se aceleró.

—Te atreviste bastante y me pregunto qué es lo que deseas. ¿Sexo? ¿Amistad? —dijo mientras acariciaba el lóbulo de mi oreja con sus labios.

Se me tensaron los músculos por la anticipación y cerré los ojos con la esperanza de calmarme.

—Sabes que cada acto tiene su consecuencia, ¿verdad? —Suspiró profundamente y dejó escapar una lenta exhalación—. No soy el hombre que necesitas.

—Evan, por favor… me asustas…

—¿Te asusto o te excito? —Me dedicó una mirada de puro desafío—. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada.

—¿Nada? —Se echó a reír—. No te engañes.

—No sé qué es lo que piensas, pero te aseguro que no quiero nada de ti.

—Explícame entonces qué haces aquí vestida de esta manera tan provocativa. —Me soltó y se apartó.

—No lo recuerdo —susurré.

—Me estas provocando, me estás mintiendo… ¡Joder! —espetó lleno de

furia y frustración.

—Me voy. —Di la media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Me agarró del brazo y me hizo retroceder—. Suéltame.

—No. —Tiró de mi mano hasta que me estampó en su pecho—. Necesito respuestas.

—Te dije que no lo recuerdo. Me emborraché y…

Puso cara de dolor, como si acabara de pegarle una bofetada. Me soltó y se alejó. Mis palabras lo habían herido, estaba seguro de ello.

—Mejor te vas —dijo con amabilidad.

—Está bien, lo siento.

—Buenas noches. —Se frotó la cara con las manos y se quedó mirándome.

Se me encogió el corazón, pero no dudé en abrir la puerta y salir de la habitación. Llegué al salón y encontré a Carla dormida en el sofá, con la boca abierta y roncando. Cubrí su cuerpo con una manta y me dejé caer a su lado.

Pensé en mis padres, en mi hermano y en Evan. Mi vida había cambiado de la noche a la mañana.

Me senté en el borde de la cama y esperé paciente a que mi amiga saliera de la ducha. Necesitaba respuestas y ella era la única que sabía cómo había llegado a la cama de Evan.

La puerta se abrió y alcé la mirada.

—Necesito hablar contigo —dije con tono grave pero firme.

—¿Qué pasa? —Pasó las manos por su cabello húmedo—. Te noto tensa.

—No recuerdo cómo llegué en la cama de Evan. ¿Qué hicimos?

—Una apuesta. —Se quedó mirándome—. ¿No recuerdas nada?

—No.

—¿Ni como fuimos a mi casa para buscarte un pijama sexy?

—¿Fuimos a tu casa?

—Sí. —Se sentó a mi lado—. Entonces… ¿qué pasó? ¿Conseguiste

seducirlo? ¿Os habéis acostado?

—¿Qué? —Me puse de pie de un salto.

—Eso querías conseguir —resopló—. Dijiste que te gusta, que te morías por tocarlo, besarlo…

—No sigas.

Salí corriendo de la habitación y choqué con el cuerpo firme de Evan.

—¿Dónde está el incendio? —preguntó riendo.

—Muy gracioso. —Me esforcé para respirar profundamente; su mirada era caliente, intensa.

Me alejé de él y me detuve delante de la mesa. Vi el sobre amarillo y fruncí el ceño.

—Ayer llegó eso para ti. Veo que no lo cogiste.

—¿De qué hablas? —Se paró detrás de mí y mi pulso se aceleró.

—Esto. —Estiré la mano para cogerlo y luego di la vuelta.

Lo arrancó de mis manos y gruñó.

—Te dije que no quiero que toques mis cosas. —Su tono de voz fría me heló por completo—. El sobre está abierto.

—Lo siento. No fui yo, fue…

—Fui yo —dijo Carla—. El móvil empezó a sonar y…

—¿Contestaste a la llamada? —rugió, mirándola estupefacto—. ¿A ti nadie te dijo que no se tocan las cosas de los demás sin permiso?

—Perdón, la próxima vez no lo haré.

—No habrá una próxima vez, ¿sabes por qué? —Su mirada se encendió.

Carla retrocedió y negó con la cabeza.

—Porque acabas de firmar una sentencia de muerte.

Me quedé en blanco cuando escuché sus palabras y deseé salir corriendo. Se giró y se quedó mirándome durante un largo instante. Torció una triste sonrisa y abandonó el salón.

—Oh, Dios mío. —Carla se acercó y se aferró a mi cintura—. Estoy temblando.

—Lo siento, él es así…

—¿Escuchaste lo que dijo? Deberías venir a mi casa. No quiero dejarte sola con él —instó, obstinada.

—Estaré bien, ¿qué me puede pasar? ¿Morir? —me burlé.

—Estoy hablando en serio —gruñó.

—Lo sé, perdóname. —La abracé y suspiré—. Gracias por preocuparte por mí, eres una buena amiga.

Capítulo 7

El timbre de la puerta sonaba sin parar. Me puse de pie de un salto y caminé a grandes zancadas hasta allí. Giré la llave y luego tiré de la puerta despacio. Lo primero que vi fue una pistola y luego unas manos grandes que me sujetaron por los hombros.

—¿Dónde está?

El hombre me empujó hacia dentro y miró a su alrededor con detenimiento. Luego clavó la mirada en mi rostro y torció una sonrisa.

—¿Quién eres? —Le sostuve la mirada—. ¿Qué quieres?

Mis venas estaban inundadas de pánico y no podía tragar. Traté de empujarlo, pero sus dedos se envolvieron alrededor de mi muñeca. Tiré más fuerte, pero no dejó que me vaya.

—Escucha, puta… —Bajó la pistola y rozó mi mejilla con sus dedos—. No tienes que mentir para encubrirlo; su vida ya no vale nada y tú…

—Aléjate de ella ahora mismo, Kovac —habló con firmeza Evan detrás de mí—. Sal y espérame.

El hombre entrecerró los ojos y agarró con firmeza mi barbilla.

—Eres toda una sorpresa —murmuró con incredulidad.

Me soltó y salió por la puerta sin mirar atrás.

Contuve la respiración; no sabía qué narices había pasado y quién era aquel hombre, pero me había asustado bastante. Mi cuerpo estaba petrificado. Parte de mí quería llorar para aliviar la tensión y otra parte se estaba cayendo a

pedazos y quería gritar y destrozar todo lo que había a mi alrededor.

Sentí los pasos de Evan acercándose y me giré despacio. Se hizo un breve silencio entre los dos. Esperé a que él hablara, pero parecía cómodo con el silencio. Se limitaba a estar allí de pie y respirando entrecortadamente.

—¿Conoces a ese hombre? —pregunté con voz grave.

—Lo siento si te ha molestado. No lo hará más. —Posó un dedo debajo de mi barbilla y me levantó la cabeza para que lo mirase a los ojos—. Dejé algo para ti en la terraza.

—¿Para mí? —pregunté con un hilillo de voz.

—Lo necesitarás para esta noche. —Levantó un poco el dedo y lo posó con delicadeza sobre mis labios.

—¿Qué es?

Apartó la mano y lo sentí tensarse. Dio la vuelta y se alejó gruñendo en voz baja. Me sentía confusa; por un momento había sentido que quería decirme algo más. Cada vez que me miraba o me tocaba, una sensación extraña y azarosa me rozaba el corazón.

Él era algo flamante. Algo emocionante y nuevo en mi vida que siempre parecía monótona y sombría. La soledad se sentía tan lejos desde que Evan había aparecido en el panorama y me asustaba porque eso era algo temporal.

Me dirigí a la terraza con una curiosidad extrema. Era la primera vez que me regalaba algo y me sentía frenética. Empujé la puerta de cristal y me fijé en la caja rosa de cartón que había encima de la mesa. Me acerqué y pasé los dedos con fascinación por la cinta de seda que la adornaba. Eso me recordaba al último cumpleaños que había celebrado con mi hermano. Había sido hacía seis años cuando había cumplido los dieciochos años. Ese día había encontrado encima de mi cama una caja de color rojo y un ramo de rosas. En la caja había dinero y una llave. Él me había conseguido un piso con un alquiler barato. Había sido el día más feliz de mi vida. Me había regalado la libertad que tanto ansiaba.

Una refrescante sombra cayó sobre mí y yo entrecerré los ojos hacia arriba

para ver a Evan mirándome. Habían pasado solo unos minutos desde que había salido del apartamento para hablar con aquel hombre, sin embargo, se había sentido como una eternidad.

—Puedes abrirla —dijo él con amabilidad.

Me aclaré la garganta y traté de no sonrojarme, ya que nunca había sido realmente de las del tipo de ruborizarse. La incómoda manera en la que me hacía sentir me asustaba, pero él no tenía que saberlo.

Tiré del lazo y lo dejé caer en la mesa. Abrí la caja y parpadeé varias veces.

—¿Un vestido? ¿Para qué voy a necesitarlo?

Él pestañeó hacia mí y nos quedamos mirándonos; por un segundo no estaba segura de si iba a contestarme.

—Tengo que acudir a una fiesta y necesito una compañera. —Se encogió de hombros.

—¿Yo? No lo entiendo, tú me odias. No me quieres cerca y…

—Por favor. Te dejo vivir aquí —dijo con irritación.

—Ahora lo entiendo. Tengo que devolverte el favor. ¿Sabes qué? Ne necesito un vestido. No soy pobre…

—Alicia... —gruñó—. No dije eso, solo que es una fiesta de alto nivel.

—Y no quieres que ir acompañado de una cualquiera.

Me aparté el pelo de la cara y solté un suspiro. Por primera vez no supe cómo reaccionar. Tenía la sensación de que ocultaba algo y esa fiesta podría ser una buena oportunidad de averiguar más cosas sobre su vida.

—Por dios —repuso, tras un largo silencio—. Deja de protestar tanto. Si no quieres venir…

—Iré contigo. —Rechiné los dientes.

Se acercó y me cogió la mano entre sus firmes palmas. La apretó suavemente y la tensión me rodeó, amenazando con ahogarme. Me miró a los ojos y tragué saliva, perturbada por su intenso escrutinio.

—No eres una cualquiera —susurró—. Eres la mujer más hermosa que se cruzó en mi vida, también un tanto complicada.

Volví a mirarlo y tuve que tragarme el tapón de emoción que se elevó en mi garganta.

—Gracias. —Retiré mi mano y tomé la caja—. Me pondré el vestido con una condición.

—Dímela. —Enarcó una ceja, pero su expresión se mantuvo impasible.

—Mañana quiero que lo devuelves.

Entrecerró los ojos hacia mí y abrió su boca, luego la cerró de nuevo como si tuviese que pensar lo que iba a decir.

—Si eso es lo que deseas. —Me cogió la mano y se la llevó a los labios. Me dio un beso en la palma, provocando una convulsión extraña en mí.

Miré su rostro hermoso y esa boca carnosa que daban ganas de besar. Me estremecí un poco; la atracción que sentía por él era cada vez más fuerte y deseaba no sentirme tan vulnerable. Era preciso estar en guardia y no permitir que mis emociones ejercieran influencia en mis pensamientos.

Evan debió sentir la tensión entre nosotros, se aclaró la garganta y se pasó una mano por la nuca.

—Bueno, nos vemos más tarde —musitó, y después me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Eso es sangre? —Señalé una mancha pequeña que había en el cuello de su camiseta.

—No. —Tragó duro y dejó de mirarme.

Entró en la casa y me quedé allí de pie, con el corazón acelerado. Sentía un hormigueo en la piel y la sangre me palpitaba en los oídos.

Necesitaba hacer algo para distraerme y dejar de pensar en Evan. Su cercanía me afectaba, sus palabras y su mirada me excitaba. Empezaba a sentir algo por él y no sabía cómo nombrarlo. No sabía si era amor o afecto.

Me miré en el espejo con fascinación. El vestido rojo con detalles negros se ceñía a mi cuerpo y hacía resaltar mi figura. Evan había acertado con la talla y

la tela… suave y delicada; resaltaba mis curvas. Escuché pasos y me giré despacio.

—Eres preciosa —manifestó mientras recorría mi cuerpo con su mirada—. Gracias por aceptar mi invitación. —Tragó saliva y su expresión se volvió seria.

—No me viene mal divertirme un poco. Mañana tengo turno doble en el trabajo. —Dejé escapar un suspiro—. Me gusta el vestido.

—Me alegro, no fue fácil elegirlo.

Caminé hasta la puerta de la entrada y la abrí. Evan salió detrás de mí y me agarró por la cintura. Sentí un maravilloso hormigueo atravesando mi vientre y me humedecí los labios.

Una sensación de seguridad se hizo presente; no obstante, eso me enfureció, ya que siempre había sido capaz de seguir adelante sin la ayuda de nadie, ni siquiera la de mi hermano.

Pulsó el botón para llamar al ascensor y se acercó alzando una mano para acariciar mis labios. A continuación, me tocó la mandíbula y giró mi cabeza para encontrar mis ojos. En la escasa luz, leí en sus ojos algo más de lo que probablemente había; sin embargo, no quería engañarme porque la decepción podría aparecer en el momento más inesperado. Ese gesto tan sensual, hizo que me olvidase de todo y cuando cerré los ojos, el ascensor se abrió y el momento mágico se esfumó.

—No quiero llegar tarde a casa —dije con esfuerzo sin saber de dónde me salían las palabras.

—Solo un par de horas. Necesito encontrarme con alguien. —Su voz sonó como un profundo y ronco murmullo.

Me miró y percibí algo indescriptible en su mirada. Algo que me produjo un escalofrío y me dejó bastante intrigada.

—No quiero que me dejes sola. No conozco a nadie y no quiero sentirme incómoda.

—No lo haré —dijo con serenidad—. ¿Algo más?

—El traje te queda bien. —Me quedé allí torpemente por un segundo, insegura de qué hacer conmigo misma mientras él me miraba.

Afloró en sus labios una sonrisa sensual y deslizó las manos por mi cintura, justo encima de las caderas. Me guio fuera del ascensor y sin más preámbulos, me llevó hasta su coche y, una vez dentro, me quité los tacones. No estaba acostumbrada a llevarlos y cuando me agaché para darme un pequeño masaje, escuché un gemido ronco saliendo de su garganta.

—¿Pasa algo? —pregunté, girando ligeramente la cabeza.

—Nada. —Tragó duro y dejó de mirarme.

—Tienes un todoterreno —murmuré extrañada—. Me imaginaba otro tipo de coche, uno más elegante.

Cuando me acomodé de nuevo en mi asiento, me di cuenta de que mi culo había quedado al descubierto. Tiré de mi vestido y lo miré de reojo.

—¿Disfrutando? —pregunté al verlo sonreír.

—De momento no, pero pronto lo haré —dijo, mirándome con detenimiento.

Giró el volante y delante de nosotros apareció el hotel Lincoln, un edificio exclusivo y bastante famoso por sus fiestas privadas.

Evan estacionó el coche y se bajó con agilidad. Luego me abrió la puerta y me tendió la mano.

—Espera un poco. —Me bajé y me agaché para dejar los zapatos en el suelo.

—Bonita vista. —Sus ojos parpadearon mientras me estudiaba.

Alcé la mirada, avergonzada. Era la segunda vez que mi culo quedaba al descubierto, ese vestido me lo ponía difícil.

—Ya está. —Me puse de pie—. Me parece que lo elegiste con un propósito.

Lo miré mal y él apartó la mirada.

—Créeme que esta noche te quedarás sin esa prenda. Ahora vamos, llegamos tarde —gruñó.

—No entiendo por qué tienes tanta prisa.

—Es asunto mío.

Había dejado que Evan me arrastrara en busca de alguien en concreto durante más de media hora cuando lo único que quería era sentarme y comer algo. Tenía hambre. Mi estómago se redujo y odiaba esa sensación.

A nuestro alrededor, las personas se mezclaban mientras conversaban y bailaban. Los camareros se movían entre ellos como hormigas, con bandejas llenas de copas de champán. Era una fiesta por todo lo alto y cualquiera que fuese alguien importante estaba allí.

Evan soltó mi brazo y me susurró al oído:

—Ahora vuelvo. Acabo de verla y no quiero perderla de vista de nuevo.

—No me dejes sola. —Sacudí la cabeza.

—Son solo cinco minutos.

Besó mi mejilla y desapareció de mi vista. Cambié de posición y lo busqué con la mirada. En ese preciso instante se detuvo para hablar con una mujer atractiva y elegante. Los estudié en silencio, ignorando los celos. Él la había agarrado por la cintura y mientras le hablaba al oído, sus labios rozaban ligeramente su cuello. Ella se apoyaba en él y parecía rebosante de felicidad.

No debería haberme extrañarme; era un hombre muy atractivo.

Tuve ganas de salir pintando, pero no era una opción. No quería enfadarlo; le había prometido que estaría a su lado toda la noche.

No conocía ni un alma allí y empezaba a sentirme fuera de lugar. Tomé un sorbo de champán y enderecé los hombros.

—Pareces pérdida, preciosa.

Giré la cabeza y me topé con unos ojos azules que brillaban con intensidad. Era un hombre bastante guapo. Tenía una pequeña cicatriz al lado de su ojo izquierdo y un cuerpo bien definido.

—No estoy sola —repliqué con sequedad.

Había algo extraño en su manera de mirarme. Era como si me conociese, como sí hubiera sabido quién era y qué pretendía hacer con mi vida.

—Por supuesto que no estás sola. Eres una mujer muy hermosa. —Agachó un poco la cabeza—. Pero no por mucho tiempo. Vigila tu espalda.

Sentí un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo y me alejé con brusquedad. El hombre se echó a reír y miró de reojo a Evan.

—No me das miedo —susurré y dejé la copa encima de la mesa.

—Deberías, aunque te entiendo. Supongo que después de convivir con el diablo, no le temes a nada. —Su atención se mantuvo fija en mi cara.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes a lo que me refiero. —Sonrió de lado y se alejó.

Mi corazón se hundió y miré alrededor con angustia. Sus palabras me habían confundido y habían golpeado con fuerza dentro de mi cabeza. Quería salir huyendo y llorar por la incertidumbre de mi futuro. Me maldije a mí misma por haber aceptado la invitación de Evan.

Sentí una mano en mi cintura y me tensé.

—¿Qué quería? —preguntó Evan en un tono severo.

—La verdad es que no lo sé —espeté.

—Estuviste hablando con él un buen rato —continuó Evan.

—Y tú con esa mujer —dije sin más preámbulo—. ¿Quién es? Por lo que veo, no me necesitas. No entiendo porque estoy aquí contigo. ¿Qué es lo que pasa?

—Para de hablar y baila conmigo. Estamos llamando la atención —dijo en voz baja y sentí el roce de sus labios mientras hablaba.

—Me da igual. Aquí todo el mundo te conoce.

Frunció el entrecejo y miró con atención mis ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Ese hombre dijo que eres el diablo en persona y…

—Interesante… —Me agarró la muñeca y me arrastró hasta la pista de baile —. Me llamaron de todo, menos diablo.

—Me asustas, Evan. No me gusta estar aquí y todos me miran raro —dije con la voz tensa.

—Un baile y nos vamos. —Me dedicó una sonrisa matadora.

Se movió contra mi cuerpo y me rodeó por la cintura. Cerré los ojos y dejé

que mi cuerpo se empapara de música. Deslizó las manos por mi espalda y la fricción me hizo jadear. En ese preciso momento me daba todo igual. Ignoré cualquier duda y cualquier miedo. Solo existía ese momento mágico y nosotros.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuró cerca de mi oído.

No dije nada porque no sabía si era una pregunta retórica o si esperaba una respuesta. Sus manos seguían acariciando mi espalda con ligereza mientras nos estábamos moviendo por la pista de baile. Me apreté contra él y exhalé un suspiro; sentía calor y estaba casi derretida. A nuestro alrededor, otras parejas continuaban bailando, pero apenas reparé en ellas.

—Gracias, Alicia. —Sus labios acariciaron mi oreja.

Me aferré a él y dejé que todas las preocupaciones me abandonaran. Se sentía bien en sus brazos, como si ese fuera mi lugar.

Evan permaneció en silencio hasta que entramos en el apartamento.

—Buenas noches —dije mientras dejaba mi bolso encima de la mesa—. Ha sido… diferente.

—¿No olvidas algo? —preguntó, apenas susurrado.

Me detuve y lo miré por encima de mi hombro.

—¿Cómo qué?

Nuestras miradas se encontraron y por un momento creí ver pasión en la suya.

—Me dijiste que quieres devolverme el vestido…

—¿Ahora? —Lo miré fijamente, confundida—. Mejor mañana, estoy cansada y…

—Ahora.

Sentí el fuego que ardía en su voz y noté que se me aceleraba el pulso ante la posibilidad de que quizá quisiera verme desnuda.

—Estás loco —repliqué.

—Quítate el vestido, Alicia.

Me estremecí al escuchar la determinación que trasmitía su voz. Se quedó de pie, quieto, y me miró de arriba abajo. Su mirada comenzó desde los pies y ascendió lentamente por todo mi cuerpo. Continuó con su intensa inspección hasta que mis manos viajaron a la cremallera.

—Si esto es lo que quieres, lo haré, maldita sea. Y no porque me lo estás pidiendo, sino porque no me gusta el vestido. Fue un error salir contigo esta noche.

Tiré con fuerza de la cremallera y se atascó. Gruñí de frustración y lo intenté otra vez.

—Para… —Se acercó y colocó sus manos encima de las mías—. Déjame a mí.

Me temblaban las piernas y no podía apartar mis ojos de los suyos.

—No te entiendo… me confundes —dije; mi voz sonó ligera como el viento.

—No hace falta que lo hagas.

Bajó la cremallera despacio y rozó mi piel con su dedo índice. Se acercó un poco más, tanto que noté como su aliento me alborotaba el pelo.

Alcé la mirada y volví a mirarlo a los ojos. Esta vez vi en ellos deseo.

—Contéstame a una pregunta —dije con voz trémula—. ¿Por qué me llevaste contigo a la fiesta?

—Tuve mis razones. —Me agarró de la mano y tiró de mí tan fuerte que me estampó en su pecho—. Y ahora también. Quiero que te quites el vestido delante de mí porque tengo mis razones.

—Quiero que me las digas. Soy yo quién se va a quedar desnuda y creo que me merezco saber por qué. —Le dediqué una mirada de puro desafío.

—Quiero verte desnuda porque quiero revivir el momento que me atormenta todas las noches —me dijo al oído—. Cuando te vi por primera vez, tenías una diminuta toalla cubriendo tus caderas y cada vez que cierro los ojos, te veo sin ella.

—¿Piensas en mí? —susurré con el aliento entrecortado.

—Tan solo quiero verte, no voy a tocarte. Dame ese placer. —Inspiró hondo.

—¿Por qué lo haría? No soy una… yo… no…

—Prometo no molestarte más.

—¿Y yo con qué me quedo? —Lo miré a los ojos.

—Con una experiencia inolvidable. Dime si alguna vez lo hiciste con otro hombre.

—¿Hacer qué? Yo solo...

—Desnudarte, tentar, seducir, brillar delante de un hombre.

—Nunca…

—Para todo hay una primera vez, Alicia.

Llevó sus labios a un suave y sensible punto de mi cuello, justo debajo del lóbulo de mi oreja. Lo besó ligeramente y movió sus dedos por mi cuello. Tan pronto como su boca alcanzó mi hombro, usó la lengua para lamerlo en un continuo y húmedo movimiento. Terminó con un lento círculo de su lengua en el punto en que había empezado chupando ligeramente.

Se apartó y mi primera reacción fue preguntarle si había perdido el juicio, pero sabía que no. Jugaba conmigo, me tentaba y, aunque me sentía incómoda y avergonzada, sabía que aquello me iba a gustar tanto como a él.

Traté sigilosamente limpiarme el sudor de mis palmas arrastrándolas por mis caderas.

Poco a poco empecé a subir el dobladillo del vestido hasta que la parte inferior de mis nalgas quedaron a la vista. Mostré mi vientre mientras lo subía por encima de mi cabeza. Sacudí mi cabello y lancé la dichosa prenda lejos mientras mis ojos no dejaban los suyos.

Mis rodillas se doblaron un poco y mis pezones se endurecieron. Me sentía excitada, al límite. La única cosa en la que mi cabeza podía centrarse era en su mirada. Sonrió y sentí un escalofrío tan fuerte que mi cuerpo se sacudió.

Jamás había pensado que pudiera hacer algo así, que podría exhibir mi propio cuerpo y mi propia vergüenza de ese modo tan descarado. No obstante, me gustaba. El hecho de estar expuesta delante de él tenía un efecto placentero

en mí.

—Tu jodida belleza hace que mi respiración se entrecorte. No veo razón para cambiar eso en este preciso momento. Gracias. —Reprimió una sonrisa. Se agachó y tomó el vestido en sus manos.

Sus palabras me sorprendieron y de inmediato me di la vuelta.

—Cumpliré con mi promesa. No te molestaré más. Buenas noches preciosa. —Sus palabras sonaron como si fueran definitivas.

Tragué saliva, pero no dije nada. Las rodillas me fallaron y tuve que aferrarme con una mano a la mesa. Sin prisas, me quité los zapatos y solté un suspiro ahogado. Había sido sin duda una experiencia inolvidable y un tanto atrevida por mi parte. Si hubiera sido cualquier otro hombre, lo habría mandado a freír espárragos y habría rechazado su propuesta.

Capítulo 8

Evan
Días más tarde

La puerta se abrió y la vi entrando mirando para todos lados. Era más hermosa que nunca y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba semanas soñando con tocarla, resistiéndome a la tentación que había sentido desde el mismo momento en que la había visto por primera vez. Cambié de postura incómodo y estreché la mirada. Llevaba un vestido gris muy ajustado con el largo perfecto, cayendo discretamente sobre sus rodillas. Apenas me percaté la presencia de su amiga.

Le había hecho una promesa, y me costaba cumplirla; ella era pura tentación. Cuando la miré de nuevo, mi corazón dio un bote. Me dije que era una estupidez albergar sentimientos hacia ella, pero no podía evitarlo. Me gustaba, aunque luchaba contra eso.

La manera en que los rizos bailaban encima de sus hombros desnudos mientras cruzaba el umbral hizo que mi incomodidad aumentara con cada movimiento. El deseo era irreversible, la quería entera, vibrando y jadeando debajo de mí.

—Hola —dije con voz ronca.

Ella se paró delante de mí y me miró con los ojos entrecerrados.

—Hola, extraño —contestó.

Se hizo un breve silencio entre los dos. Yo no sabía qué decir y parecía que

ella tampoco.

Su amiga se acercó y la agarró por el codo. Le susurró algo al oído y luego me miró.

—Si nos excusas —dijo con voz melódica—, tenemos cosas por hacer.

—Por supuesto.

Ahogando un suspiro, me puse de pie. Alicia levantó la mirada y sus ojos conectaron con los míos. Sentí su perfume; sus labios de color rosa pedían besos y su cabello sedoso quería enredarse con mis dedos. Mi autocontrol se fue a la mierda y todo lo que tenía planeado hacer se me olvidó.

—Esta noche voy a salir —murmuró—. No dejes las llaves en la cerradura.

Intenté poner un rostro serio.

—Tranquila, yo también voy a salir.

Tragué saliva, no tenía ni idea de lo que estábamos hablando. Lo único que deseaba era besarla.

Se le escapó un suspiro y mi pulso se disparó. Su proximidad me volvía loco, pero intenté controlar mi inmediata respuesta física, alejando mi rostro.

—Que te diviertas —dijo ella, aunque el destello de sus ojos contradecía sus palabras.

—Lo haré. —Sonreí y reprimí el impulso de añadir algo más.

Se giró y se despidió con la mano. Abandonaron el salón, pero el perfume de Alicia permaneció en el aire. Tenía en mi casa a una mujer tentadora, pero no podía dejarme llevar por la pasión.

La música en el club golpeaba con fuerza y podía oír a todo el mundo riendo y gritando. Todos parecían estar pasando un buen rato, menos yo.

Empezaba a sentirme mareado, nunca había estado en un lugar tan sofocante. Mis párpados se apretaron con fuerza. La ansiedad se arremolinaba en la boca de mi estómago como un huracán.

Había decidido salir, pero había sido solo porque Alicia también salió y no

quería dejarla sin protección. No sabía que estaba en peligro y que había agentes vigilándonos. Me recosté en el asiento y la busqué con la mirada. Tenía un brillo achispado en sus ojos y se movía con torpeza. Estaba ebria y eso me enfureció.

Me puse de pie y sentí una mano pesada en mi hombro.

—Solo estoy aquí para darte un consejo, viejo amigo.

Giré la cabeza y me encontré con Anton. Aparté su mano y me apoyé contra una de las columnas.

—No necesito tus consejos. —Mascullé las palabras con las mandíbulas bien cerradas.

—Pues deberías. Tu chica está en peligro.

—¿Qué mierda estás diciendo?

Mi cuerpo se puso rígido y mi pecho tenso.

—Me ayudaste y te debo una. Sácala de aquí si quieres que viva. Los demás están de camino.

—No confió en ti. Me decepcionaste y me traicionaste —dije con tono seco.

—Es tu problema. Haz lo que quieras.

Se esfumó entre la multitud y apreté los puños. Estaba seguro de que había dicho la verdad. Sin embargo, le había hecho una promesa a Alicia.

La miré y maldije en voz baja. Apenas podía mantenerse de pie y, encima, tenía tan solo unos minutos para convencerla a que me acompañara.

Me encaminé hacia la pista de baile con pasos firmes y sin quitar la vista de ella. Llegué a su lado y la agarré por la cintura.

—Tú te vienes conmigo —le susurré en el oído—. Vas a despedirte de tu amiga y me acompañarás a casa.

—¿Perdón? ¿Qué haces aquí? —Entornó los ojos y se aferró a mi brazo—. No lo haré y tampoco puedes obligarme. Me hiciste una promesa, Evan.

—Y pienso cumplirla. Voy a dejarte tranquila, pero esta noche tienes que hacerme caso y no voy a repetirlo dos veces, ¿entendido?

—¿A ti qué te pasa? No te entiendo… —Cerró los ojos con fuerza—. El

suelo se mueve…

—Estás borracha —gruñí—. Pensé que no volverías a tomar alcohol.

—Te equivocas, no me conoces.

—Puede que sí. Vamos, muévete.

—No voy a ir a ningún lado contigo. Quiero divertirme, quiero… yo quiero… —Abrió los ojos y me miró. Se inclinó hacia delante y descansó su frente en mi pecho—. No sé lo que quiero.

—Te llevo a casa.

La tomé por la cintura y la guie hasta la salida.

—Tengo que avisar a mi amiga. —Se paró en la puerta.

—La llamaré luego. —Tiré de su brazo.

—Prométeme algo. —Alzó la mirada—. Prométeme que vas a cumplir tu otra promesa. Que esta noche sea la última vez que me hablas.

—Alicia…

—¡Hazlo! Lo necesito. —Se humedeció los labios.

—Siempre cumplo mis promesas.

—Me seguiste, estás aquí y ahora me llevas a casa. Yo creo que no.

—Tenía que hacerlo; no lo entiendes.

—Pues explícamelo —dijo con un tono de total inocencia.

—No puedo. —Miré por encima de su hombro y vi dos caras conocidas.

Ellos habían llegado, justo como me había dicho Anton. Tenía que salir de allí cuanto antes; eran dos y podía con ellos, pero no quería poner en peligro la vida de nadie.

Tiré de su mano y me la llevé conmigo.

—No te separes de mí.

—Yo no lo hago, eres tú quien lo hace —dijo con un tono de voz desgarrado y abatido como su expresión.

Inspiré con fuerza y aparté la mirada. Empujé la puerta y la arrastré prácticamente hasta mi coche.

Una vez dentro, ella se giró para mirarme.

—Algo está pasando, ¿verdad?

Se frotó los brazos y enderezó los hombros.

—No preguntes nada, por favor.

—No lo haré porque sé que no me vas a contestar. Mira, siento lo de esta noche.

—¿Por qué? No hiciste nada malo. —Tenía la voz ronca, desgarrada.

—Me emborraché —confesó.

—No tienes que darme explicaciones, puedes hacer lo que te da la gana con tu vida.

—¿En serio? Entonces deja de seguirme.

Alargué una mano para tocar su mejilla, pero la dejé caer.

—Eso es algo que no puedo hacer, no de momento. —Mi voz goteaba desdén.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres? Porque sexo veo que no. Me desnudé delante de ti y no hiciste nada —dijo con un tono tan tenso que amenazaba con estallar.

—Porque estoy jodido, Alicia —la solté, y mi respuesta fue inmediata y firme.

—No es la respuesta que esperaba. —Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Voy a seguir con la búsqueda del piso.

Se me encogió el corazón, pero no dije nada. Arranqué el motor con un sentimiento de hundimiento y salí de ese callejón. Tenía que protegerla y al mismo tiempo tenía que cumplir mi promesa. Seguiré siguiéndola a todos lados y me aseguraré de que nada malo le pasaría. No sabía cómo explicarle la situación en la que nos encontrábamos y tampoco cómo decirle todas las cosas que sentía por ella. Mantenerme callado me rasgaba en pedazos y me consumía más de lo que pensaba que era posible.

Capítulo 9

Me aferré al brazo de Evan para no caerme y torcí los labios. Últimamente no hacía más que emborracharme y lo odiaba. Me sentía culpable de mis decisiones y de mis pensamientos. Evan había conseguido inquietarme por completo. Cada vez que escuchaba sus pasos por la casa, quería salir a su encuentro y cada vez que su voz penetraba las paredes, mi corazón se encogía.

Su brazo me mantenía de pie y sus dedos se aferraban a mi cintura como la melaza espesa. Me llevó hasta la cama y me ayudó a sentarme. Se agachó delante de mí y me quitó los zapatos. Permaneció sereno; sin embargo, notaba la desesperación en su mirada.

El ruido que hicieron mis zapatos al caer al suelo me sobresaltó, pero el susto se desvaneció cuando sus dedos empezaron a darme un masaje en los pies, presionando lo justo para excitarme. Dejé escapar un gemido y toda su atención se centró en mis labios. Se apartó un poco y deslizó sus manos por mi pierna derecha hasta la rodilla.

Tomé su rostro en mis manos y lo miré a los ojos. Mis dedos llegaron a su boca y suspiré.

¿Cómo sería besarlo? Había pensado mucho en él durante estos días y definitivamente lo deseaba. Quería sus manos por mi piel y su boca explorándome.

Evan cerró los ojos y cuando mis dedos rozaron sus labios, soltó un ronco gemido. Ese sonido tan tentador hizo que olvidara todo lo que mi cerebro se

había empeñado advertirme. Me incliné un poco más y dejé que mi boca tocara suavemente a la suya. Toda la calma se había despertado y por unos segundos se quedó quieto, sorprendido por el beso.

Moví mis labios y él abrió un poco la boca, dejando mi lengua adentrarse como una loca y probando todo. Su boca era una maravilla y un calor se introdujo en mis huesos, atizando el fuego de mi sangre. Me sentía como si llevara esperando ese momento toda la vida, pero no podía dejarme llevar por el efecto del alcohol. Lentamente me aparté de sus labios tras saborearlos por última vez.

—Lo siento. —Me alejé para tratar de controlar mi deseo.

Él abrió los ojos y me miró con el ceño fruncido.

—No te disculpes, hiciste lo que sentiste —musitó tan bajo que me costó entenderlo.

Agarró mis manos y sentí su temblor; tenía la piel fría y sudada. Lo miré unos segundos para ver su reacción, pero mi mirada volvió a posarse de nuevo en sus labios aún húmedos por el beso.

—¿Qué tenemos, Evan? ¿Qué es todo esto? Siento tu deseo y los besos hasta ahora expresaron pasión, ternura e incluso amor.

—No tenemos nada. —Soltó mis manos y se alejó.

—Entiendo, pero no pienso lo mismo—. Me puse de pie y lo agarré por el cuello de la camisa—. ¿Por qué me seguiste?

Guardó silencio durante tanto tiempo que aguanté la respiración.

—No lo haré más. Te lo prometí…

—Promesas y palabras que duelen. Tengo que alejarme de ti, no puedo vivir así.

Lo miré a los ojos y algo en su mirada me dijo que había esperanza; si seguía presionándolo, me lo diría.

Durante unos segundos su expresión permaneció impasible y, entonces, vi el brillo de una sonrisa triste en sus ojos, pero no se reflejó en sus labios. Posó sus manos en mis hombros y me miró con tal gesto de admiración que me dejó

sin aliento.

—Yo tampoco puedo vivir así, pero da igual adónde vayas, yo siempre te encontraré —aseveró.

—¿Puedo besarte una última vez? —pregunté en voz baja—. Y no me digas que no; creo que me lo merezco y, si no me equivoco, tú también lo deseas.

Asintió con la cabeza y me acerqué, vagando mis dedos sobre sus mejillas. Cuando cerró los ojos, lo atraje hacía mí y acerqué mi boca a la de él. Lo había besado antes, pero se sentía como la primera vez.

Evan deslizó su mano a través de la parte trasera de mi cabeza y me mantuvo allí. Me conmocionó la intensidad del placer que recorría mi sangre, el deseo salvaje que él había despertado en mí solo con tocarme de esa manera. Sus dedos se mezclaron con mi cabello, acariciándome mientras nuestros labios se conectaban una y otra vez.

Nunca había experimentado una necesidad como aquella y nunca pensé que algún hombre podría despertar esos profundos sentimientos en mí. Parecía un sueño, uno que me mantenía con los pies en el suelo, pero con el corazón latiendo a martillazos.

Rompí el beso y me lo encontré mirándome con su mirada fija en mí. Se veía aturdido, sus labios estaban húmedos y sus ojos brillantes.

—Métete en la cama y descansa. —Sus palabras fueron bruscas—. Mañana te sentirás mejor. Hasta aquí llegó lo nuestro. Buenas noches.

Se me aceleró el pulso y empecé a respirar con dificultad. Sentí que me brotaban lágrimas calientes de los ojos, pero me negué a llorar. Cerró la puerta y me dejó sola y aturdida. El universo se empeñaba a mantenernos separados y ni siquiera nos había dado la oportunidad de empezar algo.

Capítulo 10

—Alicia, mírame —gruñó Carla—. Llevas así todo el día. Deja de pensar en él.

—No puedo.

Tenía que poner fin a aquel deseo y atracción. Y tenía que dejar de fantasear con él. Ya era suficientemente malo que no podía controlar mis sueños y me despertaba por las noches completamente excitada, pensando en que él dormía en la habitación de al lado.

Mi amiga tenía razón. Pero no era capaz de borrar de mi mente esos besos y esos ojos negros que más de una vez me habían conmovido. No estaba acostumbrada a transformar mis sentimientos en palabras y tenía miedo de decirlos en voz alta.

Todo lo que sentía por él interfería en mi búsqueda de piso y hacía estragos con mis pensamientos.

—Tienes que irte de aquí. Mira, este piso es bonito y barato. —Dejó la revista en mis brazos—. Te ayudaré con el alquiler.

—No quiero irme; no sé qué hacer.

Exasperada meneó la cabeza.

—Esto no es sano. —Se puso de pie y miró a su alrededor—. Y deja de limpiar, este lugar brilla demasiado.

—Tengo que mantener mi mente ocupada. —Me moví bruscamente en el sofá.

—Odio irme de viaje en este momento, me necesitas —suspiró.

—Tienes que ir, tus padres están deseando verte. Yo estaré bien, lo prometo.

—Llámame todos los días.

Me puse de pie y la abracé.

—Gracias, amiga. Te echaré de menos —murmuré con voz trémula.

—Yo también.

Abrió la puerta y salió, dejando la casa en silencio. Un silencio que había decidido instalarse allí, conmigo. Evan llevaba dos días sin aparecer y eso me preocupaba. No sabía si algo le había pasado o estaba evitando verme. La noche anterior había entrado en su habitación y había visto que el maletín negro no estaba. La cama estaba sin hacer y su perfume flotaba en el aire. No sabía si iba volver, pero me había metido debajo de las sábanas y había recordado todo lo que había pasado entre nosotros, viviéndolo de nuevo con la misma intensidad.

No me sentía con fuerzas para irme de esa casa; aún guardaba una pequeña esperanza. Ese hombre, tan retorcido pero tierno cuando bajaba la guardia me tenía fascinada.

La puerta de la entrada se abrió y lo vi, parado en el umbral y mirándome con esos ojos negros que tanto amaba. Llevaba la camisa rota y manchada de sangre, algunos moratones en la cara y un corte fino debajo de su ceja izquierda que sangraba.

Me acerqué de inmediato, pero levantó una mano en el aire impidiéndomelo.

—Estoy bien —gruñó.

—Mentira.

Agarré su mano y la apreté con fuerza. Soltó un suspiro doloroso y cerró los ojos. Se veía cansado, magullado. Y lo había extrañado tanto que no podía parar las lágrimas que brotaron de mis ojos. Las sequé con la otra mano y me acerqué un poco más.

—Déjame cuidarte —susurré—. No tienes que decir nada, yo tampoco lo haré.

Asintió con la cabeza y bajó la mano. Abrió los ojos y por primera vez los vi diferentes, húmedos y terriblemente vulnerables.

No dije nada y él tampoco. Caminó a mi lado hasta que llegamos delante del sofá y se sentó, soltando un fuerte gemido de dolor.

No sabía qué hacer o por dónde empezar. Temía quitarle la camisa; podría tener heridas de balas.

Le di la espalda y me fui a la cocina. Tomé una botella de vodka del frigorífico y algunas tiritas del cajón. Volví al salón y lo encontré con el torso desnudo. Mis ojos vagaron sin descaro por su cuerpo y respiré aliviada cuando vi que no tenía ninguna herida.

—La sangre no es mía.

Eso fue todo lo que dijo antes de cerrar los ojos. Me senté a su lado y dejé la botella en su regazo. Él la atrapó en sus manos y torció una sonrisa.

—Cuando vine a vivir aquí no había alcohol en la casa. Odio beber, sin embargo, ahora lo necesito. Trae dos vasos. Estoy bien. —Abrió los ojos y suspiró.

Me puse de pie y dejé las tiritas encima de la mesa. Fui a la cocina a por los vasos y volví de inmediato. Él estaba bien y eso era lo único que necesitaba saber.

—Siéntate a mi lado —ordenó mientras destapaba la botella.

—Yo también odio beber; sin embargo, estos días fue lo único que hacía para…

—No digas nada, las palabras pueden herir y créeme que duelen más que una herida de bala. Lo que necesitamos ahora es tranquilidad y paz.

Tomó uno de los vasos y lo llenó. Me lo devolvió y le di el otro vaso vacío.

Mientras lo llenaba, intenté calmar sin éxito mi corazón enloquecido. Tenía tantas cosas que decirle y reprocharle, sin embargo, me mantuve callada.

Me dio el vaso lleno y levantó al suyo en el aire.

—*Nasdrovia*1F[2] —dijo y lo chocó con el mío. Lo llevó a sus labios y lo bebió de un trago.

Dejé escapar un suspiro; miré el vaso, deseando quemar los recuerdos para siempre. Me pasé la otra mano por el pelo mientras miraba fijamente el líquido que llenaba el vaso. El alcohol nunca había sido mi amigo; sin embargo, tenía que reconocer que aliviaba el dolor.

Llevé el vaso a mis labios y el líquido frío se precipitó por mi garganta proporcionándome un nuevo calor.

Bajé la vista y sonreí con tristeza. El vaso se había quedado vacío; no obstante, no tuvo ningún efecto en mí.

—Necesito otro —dije.

—Yo también.

Durante media hora no hicimos otra cosa que llenar los vasos y bebernos la botella entera.

—Creo que estoy borracha… —Tardé en reconocer mi voz, y mi vista seguía siendo borrosa.

—Creo que tienes suficiente.

Giré la cabeza de inmediato y me arrepentí de haberlo hecho. Todo empezó a girar y tenía la sensación de estar flotando en el aire.

—Te llevaré a la cama.

—Gracias, creo que es lo mejor.

Me tomó en brazos y me aferré a su cuello. Presa del efecto que tenía el alcohol en mí, metí la nariz en su cuello y tomé una profunda respiración, empapando mis pulmones con su olor. Escuché una protesta de su parte, pero no lo hice caso. Moví mis labios despacio y besé su piel, acariciando al mismo tiempo.

Evan clavó los dedos en mí y pateó la puerta de mi habitación con el pie. Me dejó en la cama y cubrió mi cuerpo con la manta.

—No quiero dormir sola… —susurré y él me miró sorprendido—. Quédate aquí conmigo.

—No quieres eso. No voy a poder quedarme quieto a tu lado, no después de esto... —Inspiró con lentitud y soltó el aire con calma.

Me llevó unos segundos entender el significado de sus palabras. Había algo triste en sus ojos, pero su atrevimiento me llenó de incertidumbre y dejé de pensar con claridad.

—Quédate solo hasta que me quedo dormida —dije y lo miré a los ojos.

Él tragó y volvió a mirarme directamente. Sus ojos eran penetrantes y tan expresivos que podía leer la angustia que sentía en ese momento. Podía verlo luchando para mantener sus emociones bajo control.

—Estaré en el sillón. Cualquier cosa que necesites…

—Buenas noches —dije cortante.

—Buenas noches… —murmuró y, cuando cerré los ojos, sentí que la cama se movió.

Se estiró detrás de mí y me agarró por la cintura, apretando su pecho contra mi espalda.

—Dulces sueños —habló con voz gutural. Agarré con fuerza sus brazos y cerré los ojos.

La forma en que pronunció esas palabras me tocó el corazón. Mis sueños eran más que dulces, pero él no tenía que saberlo.

Evan

Salí temprano de casa para caminar un rato. Dormir con Alicia en mis brazos fue divino pero, al mismo tiempo, una verdadera tortura. Tardé en dejarme llevar por el sueño; su respiración caliente me hacía cosquillas en el cuello y sus labios rozaban mi piel cada vez que se movía. Tuve ganas de besarla salvajemente y dejarla sin aliento. Tuve ganas de tocar su piel con mis dedos ansiosos y enterrarme en su interior con fuerza. Me mordí los labios con tanta fuerza para contenerme que llegué a probar mi propia sangre.

Era curioso cómo algo tan simple como un abrazo me llenó de paz interior. Nunca había recibido tanta atención por parte de una mujer. Solo se habían limitado a pasar por mi cama sin hablarme o mirarme a los ojos, como lo

hacía Alicia conmigo.

Me había ido del piso y me fui a dormir al hotel que había dos calles más abajo para intentar olvidarla. Cuando cerraba los ojos, solo veía su rostro risueño y sus labios apetecibles que más de una vez había probado. Pasé dos noches horribles y apenas había pegado el ojo. Temía por su vida; ella estaba en peligro y ni siquiera se había dado cuenta. Cuando Victoria me envió un mensaje para decirme que me habían descubierto, abandoné el hotel. Me interceptaron dos hombres trajeados que intentaron matarme, pero fui más rápido que ellos y salí con vida de allí. Tenía que comprobar que Alicia estaba bien y volví al apartamento.

Mi móvil empezó a sonar y cuando miré la pantalla, quedé sorprendido. Era Vlad, no podía creer que me estaba llamando a mi número personal.

—Dime —contesté.

—Necesito tu ayuda, hermano. No sé dónde estoy… —Hizo una pausa—. Alguien intentó matarme. Ven a por mí, por favor.

Eso captó mi atención y suspiré, molesto. Vlad era mi amigo y, aunque no podía llamar la atención, tenía que salvarlo.

—Rastrearé tu teléfono.

—Gracias, hermano.

Apreté el botón para cortar y me pasé una mano por el pelo. Guardé el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y volví al apartamento.

Capítulo 11

Un mes más tarde

Los días pasaron volando y sin incidencias. Seguía con la búsqueda del piso; sin embargo, todo en lo que podía pensar era acerca de Evan. Lo vi muy poco durante las últimas semanas, pero cada vez que su mirada encontraba la mía, un hormigueo cubría mi cuerpo y lo dejaba más necesitado que nunca. Cumplió con su promesa, pero a mí me importaba un pimiento. Echaba de menos su mirada intensa y su voz ronca y cargada de promesas oscuras.

Ese hombre serio y hermoso llegó a mi vida por una razón, así como yo entré en la suya. Tal vez deberíamos ayudarnos el uno al otro. O darnos esperanza.

Abrí los ojos y me estiré en la cama con pereza. El sol brillaba pintando la habitación de un tono dorado muy hermoso y la luz brillante alegraba cada rincón con estrellas de colores.

Me senté, frotando mis ojos y me asusté cuando una voz de mujer atravesó la puerta. No entendía lo que estaba diciendo, no conocía el idioma, pero me extrañó que Evan le contestaba bastante alterado.

Algo pasaba y, aunque tenía miedo a salir de la habitación, aparté las sábanas y me deslicé fuera de la cama.

Abrí la puerta y pisé el suelo con cuidado para no hacer ruido. Recorrí el pasillo entero, y cuando escuché pasos acercándose, entré en la habitación de Evan. Miré a mi alrededor, buscando un lugar para esconderme. Todo estaba muy ordenado y se notaba que él no pasaba mucho tiempo en la casa. El mismo

maletín negro que había intentado abrir hace unas semanas estaba encima de la mesa.

Me acerqué y pensé que estaba cerrado como la última vez pero, cuando apreté el botón, se abrió. Me quedé helada cuando vi lo que había dentro. Cuatro pistolas y dos cuchillos bastante afilados me sonreían.

Las voces cesaron y cerré el maletín de inmediato.

La puerta se abrió y me alejé rápidamente de la mesa, pero los ojos de Evan se posaron en el maletín y luego en mí.

—¿Qué estabas haciendo? —rugió—. ¿Buscando entre mis cosas?

—Lo siento. —Mi voz tenía una nota de pánico.

—Que sea la última vez —bramó y me agarró por el brazo.

Con la otra mano agarró el maletín y me sacó fuera de la habitación, arrastrándome con él. Cerró la puerta con llave y me soltó.

—Si te encuentro otra vez buscando entre mis cosas, te saco a la calle desnuda. —Su oscura mirada se clavó en la mía.

—No serás capaz. —Mi voz sonó jadeante, temblorosa.

Odiaba sentirme tan indefensa, sus palabras me producían una sensación de ahogo. Quería gritarle, pero no me atrevía. No quería meter la pata y enfadarlo.

—No me provoques, Alicia. Descubrirás una parte de mí que no te gustará.

—¿Peor que esta? Lo dudo.

—Deberías hacerme caso. Eres inocente y demasiado ingenua. ¿Sabes que la curiosidad puede matar?

Mi pulso dio un salto y un estremecimiento me atravesó.

—Pero tú nunca me harías daño, ¿verdad?

Él me respondió con un silencio significativo. Estaba claro que no quería hacerme daño; sin embargo, no dejaba de asustarme y alejarme.

Sacudí la cabeza y empecé a retroceder.

—No consigo entenderte. —Lo miré sin parpadear—. Pero algún día descubriré tu secreto.

Escudriñó mi expresión obstinada y entrecerró los ojos. Su silencio me produjo una sensación de impotencia, a ese hombre había que sacarle las palabras con la fuerza. No obstante, su expresión era muy fácil de leer, y sabía perfectamente cuando estaba molesto.

—Hazme caso y deja de meterte en mis asuntos —dijo unos segundos más tarde—. O dejaré de cumplir mi promesa.

La expresión de su rostro seguía siendo estoica y por mucho que lo intentara, no tenía ni idea de qué podía estar pensando.

Dio la vuelta y lo seguí con la mirada mientras se alejaba. Aquel hombre me importaba mucho y él tenía que saberlo.

Hacía mucho calor en la casa. Me había quitado el pijama y me había tapado el cuerpo con una fina sábana de algodón. Estaba cansada, no había pegado ojo en toda la noche. Tenía que admitir que no sabía cómo comportarme cuando quería impresionar a un hombre. Evan me atraía y hacía mucho tiempo que no me sucedía algo así.

Había intentado justificar mis sentimientos diciéndome que era solo curiosidad, pero eso me confundió aún más de lo que estaba. Lo deseaba y eso no me gustaba.

Un ruido me hizo abrir los ojos y mirar a mi alrededor. Todo estaba a oscuras y lo único que se escuchaba eran los golpes desde el otro lado de la puerta.

—Ábreme, Alicia —exigió Evan.

Quité la sábana y miré mi cuerpo desnudo. Había olvidado que no llevaba el pijama y eso no podía ser bueno. No quería dar otra vez la impresión de que me ofrecía en bandeja. Tragué saliva y cubrí mi cuerpo hasta la barbilla.

—Voy a entrar. —Su voz traspasó la madera e impactó en mi pecho.

—Pasa, está abierto —grité, ignorando mi voz ronca.

Empujó la puerta y entró.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad—. Contéstame.

Su mirada me acarició a través de la oscuridad iluminada por la luna,

recorriendo mi cuerpo.

—Sí... supongo, ¿qué pasa?

Me incorporé con un gemido y estiré la mano para encender la lámpara.

Evan recorrió la habitación con la mirada y luego entró en el baño. Escuché un gruñido y luego un golpe seco. Entró en el umbral de la puerta y se acercó a mí sin dejar de mirarme.

—Escuché un ruido y pensé que alguien había entrado. —Apartó la mirada, rompiendo el contacto visual.

—¿Ahora te puedes ir? Estoy cansada y… —Mordí mis labios y me removí inquieta.

—¿Y qué? —Se acercó más, invadiendo mi espacio.

—Y nada —mentí, no quería decirle que estaba desnuda.

—Mientes y me pregunto por qué. —Se sentó en el borde de la cama y me quedé paralizada.

Mi respiración se atascó en la garganta y gemí en voz baja cuando vi que la fina tela de algodón se había moldeado perfectamente a mis senos. Mis manos viajaron hasta allí para cubrirme, pero fueron apartadas de golpe.

—Esto es muy interesante —dijo Evan sin molestarse en disimular la descarada inspección que hacía a mis pezones erguidos—. Y también muy insinuante.

—¿Qué? No…

—No sabía que duermes desnuda —me interrumpió.

—No lo hago, solo que esta noche hace mucho calor y…

—Shh, no hables. Déjame disfrutar de la vista —habló con un hilo de voz.

—Sal de aquí.

—No lo haré ni muerto. No antes de probar algo —dijo con una voz tan grave que supe que estaba luchando por controlar sus impulsos.

—Evan, por favor.

Agarró mis muñecas y las inmovilizó contra la cama a cada lado de mi cuerpo.

Metió una rodilla entre mis piernas y las separó. Bajé la vista y miré con incredulidad como la tela se había pegado a mi cuerpo. Era más como una segunda piel, empeñada en mostrar una vista descarada.

—Soy un hombre de pocas palabras Alicia y créeme que lo que veo tiene un efecto extraño en mí. Me enmudece y me vuelve loco al mismo tiempo.

—Deberías irte.

—Acabo de llegar y aún no he comprobado nada.

Agachó la cabeza y acarició mi mejilla con sus labios. Incapaz de evitarlo, contuve la respiración. Una corriente de calor me recorrió el cuerpo y se paró junto en el punto donde su boca rozaba mi piel.

—Dios, Alicia. Esto es más de lo que puedo manejar. Tu cuerpo reacciona justo como lo había pensado y no sé cómo lo haces, pero consigues que sienta.

Besó mi mejilla y se apartó. Me miró largos segundos hasta que habló de nuevo.

—Pero no. Estoy roto por dentro y no hay necesidad de hacerte lo mismo. Y además te hice una promesa.

Guardó silencio y me acarició la mejilla con sus largos dedos. Se me encogió el pecho y no sabía qué decir.

De pronto el placer se transformó en una sensación de inquietud. Quería abrazarlo y pedirle que se quedara conmigo, pero se puso de pie y salió de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 12

Salí de la cocina y crucé el salón. La puerta de la entrada se abrió y mis ojos chocaron con los de Evan. Él había salido a correr y tenía la camiseta mojada y pegada a su cuerpo como una segunda piel.

Me ignoró y me dio un pequeño empujón cuando pasó, y se dirigió a su habitación. Lo seguí, determinada a que me prestara atención. Agarré su brazo sudado y tiré con fuerza.

—Espera, campeón. Necesito hablar contigo.

Gruñó y se acercó a mí, soltándose. Una mirada confusa cruzó su cara y enarcó una ceja expectante.

—Habla, te escucho —dijo, su voz paciente.

—Veo que estás pagando todas las facturas y no es justo. Yo también vivo aquí y debería aportar dinero.

—No hace falta, el dinero no es un problema. ¿Alguna otra cosa más? Necesito ducharme.

Mis ojos se deslizaron por su cuerpo como las plumas, acariciando y analizando cada detalle, cada músculo marcado.

—Alicia... —Se acercó y mi corazón dio un brinco—. Si me miras así, tendré que olvidar la promesa que te hice.

—Hazlo…

—Me gustaría, pero creo que es mejor así. —Vi en sus ojos un leve parpadeo.

—¿Por qué? Hay algo entre nosotros. Cuando estoy sola, te extraño y cuando estás aquí no paro de mirarte.

—La vida es así, cruel y fría. Para sobrevivir hay que llevar máscaras.

—Te equivoca; la vida es maravillosa. ¿Por qué no puedes verlo? Dime que te pasa.

—No pensamos igual, no somos compatibles. Aunque… —suspiró—. Siempre quedará la duda.

Me miró de arriba abajo lentamente, y con cada segundo que pasaba el ansia crecía dentro de mí. No sabía qué esperar, solo sabía que quería que me tocara.

—Evan…

—A la mierda la promesa —dijo antes de agarrarme por los hombros y arrinconarme contra la pared.

Dejé escapar un grito ahogado, sorprendida por su reacción y pegó su boca brutalmente sobre la mía. Era un beso primitivo y, aunque se sintió impulsivo y furioso, encontré la ternura de la pasión.

De repente, una mano estaba en la base de mi cráneo, y la otra agarrando mi culo, y atrayéndome hacia él. Se movió contra mi cuerpo y se me escapó un gemido de puro placer.

El beso se prolongó durante largos momentos, hasta que me faltó el aire y me separé.

Evan me dirigió una mirada confusa y habló en voz baja:

—Esto no tenía que pasar.

Su voz sonó tan grave y amenazadora como la expresión de su cara.

—¿Te arrepientas de haberme besado?

Sentí ganas de levantar las manos y gritar de frustración. Ningún hombre me había importado tanto como para dejar que me besara.

—No, en la vida. —Lentamente, alargó una mano y me acarició con suavidad los labios. Sus manos eran mágicas, porque sentía pequeñas chispas de calor—. No sabes cuánto he fantaseado con otro momento así, cuánto he

deseado besarte de nuevo y tenerte entre mis brazos. Sin embargo, nada puede pasar entre nosotros.

Aquellas palabras fueron las gotas que colmaron el vaso. Estallé y sin pensarlo dos veces le di una bofetada.

—No vuelvas a tocarme y tampoco besarme. Sal de mi vista.

Empecé a temblar y no sabía si era por los nervios o por el miedo. Su mirada se oscureció y sus labios dibujaron una línea delgada. Se frotó la mejilla enrojecida, visiblemente frustrado y molesto.

—Pensé que la promesa que te hice podría mantenerme lejos de ti. Me equivoqué, pero no volverá a pasar —sentenció.

—Bien, porque este beso no significó nada para mí —mentí.

—En cambio para mí significó todo —admitió y se marchó sin mirar atrás.

Apoyé mi espalda contra la pared y cerré los ojos. Todavía sentía un hormigueo por todo el cuerpo, me había gustado el beso. Sentí una mezcla de tristeza y decepción. También me sentía culpable y deseaba leer lo que pasaba por la mente de Evan. Noté que las lágrimas se asomaban a mis ojos, ya que deseaba pensar que él no había querido herirme.

Permanecí quieta y asustada. Ese hombre me gustaba tanto que temía perder los estribos.

Capítulo 13

En toda la noche solo dormí un par de horas, pero bastante mal. Mi mente no había dejado de proyectar ese beso intenso. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía a él tocándome.

Era ya de día y tenía que levantarme. El calor se sentía irritante y los rayos se filtraban por la persiana como flechas doradas y afiladas. Tenía la boca seca y mi frente estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor. Daban ganas de andar desnuda por la casa, pero no vivía sola. Tenía a pocos centímetros de mi habitación a un hombre oscuro y peligroso, uno que no había dudado ni lo más mínimo en tentarme y hacerme arder de deseo. Había conseguido colarse en mis pensamientos hasta convertirse en una obsesión.

Con un suspiro me bajé de la cama. Necesitaba una ducha bien fría para ponerme en función. Un ruido en la casa me sobresaltó. Me quedé quieta para escuchar, pero el silencio sepulcral no reveló nada más.

Esa era una señal de que Evan estaba en casa y luché por mantenerme firme. Lo que él había hecho conmigo la noche anterior había sido suficiente para darme cuenta de que a su alrededor perdía la capacidad de pensar. La atracción física se había adueñado de mi cuerpo y de mi mente.

El pomo de mi puerta giró y mi vista viajó hasta allí. Mi cuerpo se tensó y me pasé los dedos por el pelo.

Al final, la puerta se abrió y, al verlo allí de pie, se me olvidaron todas las preocupaciones. Olvidé que no lo conocía, que no podía confiar en él, que a

veces le tenía miedo y que ocultaba algo.

—Haz una pequeña maleta con ropa. Tenemos que marcharnos de aquí, no es seguro para nosotros. —Escuché que decía Evan mientras se acercaba.

Respiré hondo y lo miré. Por mucho que lo intentara, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Date prisa, maldita sea. —La expresión de su rostro era completamente estoica.

Se me aceleró el pulso y mi respiración se volvió menos profunda. Evan estaba alterado y la determinación se reflejaba en el fondo de sus ojos.

—¿Qué pasa? —Hice una pausa. Cuando él no dijo nada, continué—: no puedo ir contigo, tengo mi trabajo y ...

—No creo que tu trabajo sea más importante que tu vida.

Se acercó y me dejé llevar por la tentación de rodearlo con mis brazos y atraerlo hacia mí. Lo tenía muy cerca, su respiración pesada cosquilleaba mis labios. Mis ojos viajaron hasta allí y deseaba besarlo.

—Alicia, mírame.

—Evan...

—¿Viste lo que había en el maletín? —Me miró a los ojos—. Contéstame.

Agachó la cabeza hasta que sus labios quedaron pegados a los míos. Suspiré entrecortado y él gruñó molesto, pero no se apartó. Algo brilló en sus ojos, sin embargo, desapareció antes de que pudiera descifrarlo. Dio un paso hacia atrás y rompió el contacto visual.

—Has visto las pistolas —suspiró.

—Sí.

—No tenemos tiempo para que te explique porque las tengo, pero lo que sí puedo decirte es que nuestras vidas corren peligro.

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos con el repentino sonido de su voz firme.

—¿De qué estás hablando? Me asustas...

—Estás en peligro por mi culpa, pero te protegeré. —Alargó una mano y

acarició mi mejilla—. Eres tan guapa, Alicia, tan inocente. Me confundes tanto.

—Tengo miedo.

—No deberías tenerlo, estaré contigo —Intentó tranquilizarme—. Nos tenemos que ir muy lejos. ¿Sabes usar una pistola?

—No... yo nunca. ¿Qué pasa? —pregunté derramando involuntariamente una lágrima.

Sus dedos se quedaron quietos y suspiró áspero.

—Lo siento mucho. Debí alejarme de ti en el primer día que te vi, pero fui inseguro y medroso. Ahora tu vida corre peligro. —Acarició mis labios—. ¿Por qué no te fuiste? Te traté mal para que lo hicieras.

—No lo sé.

—Siento lo de anoche, no quise hablarte de esa manera. Sé que no te merezco.

—Me hiciste daño, Evan. Me besaste como si tu vida dependiera de aquello, y sé que sentiste lo mismo que yo. Sin embargo, luego me alejaste. Estoy harta de que me trates así.

—Lo siento, no tenemos tiempo ahora para hablar. Pero dame una oportunidad. Prometo explicártelo todo.

Se acercó un poco más y, cuando cerré los ojos, sus labios presionaron los míos. Antes de que pudiera pensar en ello, estreché mis brazos a su alrededor y lo abracé tan fuerte como pude.

Regresé a la vida y algo muy en mi interior se derritió. Me quedé así, disfrutando de tenerlo en mis brazos, tal como lo había deseado desde que lo conocí. Respondí al beso con la misma pasión y la misma hambre que él estaba desatando.

Sus manos fuertes apretaron mi cintura y sus labios bailaron con los míos hasta dejarme mareada por las intensas sensaciones que recorrían mi cuerpo.

Introdujo la lengua en mi boca con profundidad mientras acariciaba mi espalda hacia abajo. Agarró mis glúteos y me apretó contra su cuerpo.

—Dime que me mentiste anoche. Dime que ese beso significó algo para ti —susurró.

—Te mentí, fue un beso maravilloso. —Esbocé una sonrisa tímida.

—Necesitaba esto —susurró—. Apareciste en mi vida cuando más te necesitaba —confesó, y mis labios temblaron por la fuerte emoción que sentía.

Capítulo 14

Me vestí a toda prisa y metí algunas cosas en la maleta. Mi corazón se hundía mientras mis pensamientos iban automáticamente a Evan y al beso. Dejé escapar un suspiro y me compuse. No tenía deseo alguno de recrear ninguno de los hechos ocurridos la noche anterior. Debía mantener la cabeza bien fría y centrarme para averiguar lo que estaba pasando.

No sabía a dónde me llevaba y porque nos teníamos que ir. No me había contado nada, seguía sin saber porque él tenía esas pistolas y tampoco había preguntado quién era esa mujer que le había gritado por la mañana.

Con determinación agarré mi maleta y me apresuré a salir de la habitación. Miré hacia la puerta y lo vi. Un hombre serio, todo músculos, y de rostro hermoso que atormentaba mis sueños.

Sacudió la cabeza con una sonrisa triste y se detuvo frente a mí.

—¿Lo tienes todo preparado? —Mi corazón dio una pequeña sacudida al escuchar su voz.

—¿A dónde nos vamos? —pregunté, pero no obtuve ninguna respuesta. Se había limitado en coger mi maleta y salir de la habitación.

Lo seguí fuera de la casa hasta que llegó delante de su todoterreno. Guardó mi maleta y luego abrió la puerta del pasajero. Subí el primer escalón y él aprovechó para tocar mi culo y empujarme lentamente hacia dentro.

—Puedo sola. No soy una niña.

Me deslicé en el asiento y lo observé caminar hacia el lado del conductor

mientras intentaba descifrar su actitud. Se subió junto a mí e inclinó su cuerpo a través del mío. Hizo una pausa para mirarme a los ojos y luego tomó el cinturón para tirarlo a través de mi cuerpo. Su boca estaba peligrosamente cerca de la mía y yo luché para controlar mi respiración.

—La seguridad antes de todo —dijo con una sonrisa satisfecha y se apartó.

—Hace demasiado calor —murmuré y mantuve la ventanilla abajo, tratando de refrescarme, pero nada parecía ayudar.

—Pondré el aire acondicionado —dijo, sin molestarse a ocultar su sonrisa.

—Haz lo que te dé la gana. Es tu coche.

Cerré los ojos y dejé que el sueño me tranquilizara. La situación era demasiado confusa y apenas podía pensar con claridad.

Despierta Alicia —susurró una voz mágica en mi oído—. Hemos llegado.

—¿Evan?

Miré a mi alrededor y me percaté de que estaba en el coche.

—Voy a salir. Tómate tu tiempo.

Se bajó del coche y giré la cabeza. La oscuridad rodeaba el lugar y el silencio era aterrador. Yo me quedé allí sentada, con el corazón acelerado. Quería bajarme del coche, pero tenía un mal presentimiento.

Escuché ruidos y me dispuse a abrir la puerta. Cuando me bajé, el suelo crujió bajo mis pies. Di un grito asustado y envolví los brazos a mi alrededor.

—Evan —susurré con miedo.

Estábamos en el medio de un bosque y se escuchaban aullidos de lobos. Eso no me gustaba y además estaba sola. Mi mente veloz solo pensaba en una cosa, y el pánico me golpeaba con la contundencia de un jarrón con agua helada. Podrían comerme viva y no tenía nada encima para defenderme. En ese momento no tenía ni idea a dónde se había ido mi valentía.

—¡Evan!

—Para de gritar —dijo él, apareciendo de la nada—. Asustas a los

animales.

No pude evitar reírme.

—¿Qué te parece tan divertido? —inquirió—. Estamos en peligro y… ¿a ti te da la risa? —Su tono agradable se evaporó—. Vamos.

Me llevó con él hasta llegar delante de una pequeña cabaña y luego miró atentamente los alrededores.

—No hagas ruido y quédate pegada a mis espaldas —susurró.

Asentí con la cabeza. Sacó una pistola, encendió una linterna, y empezó a caminar despacio.

—Oh, no. —Me quedé quieta un instante, algo perpleja y bastante confundida.

—Te dije que no hagas ruido —gruñó.

—Vale, señor serio y mandón —dije, sucumbiendo la histeria.

—¿Qué te pasa? —preguntó y dio la vuelta—. Hasta ahora estuviste bástate calladita.

—Tengo miedo y estoy muy nerviosa —espeté con sequedad, sin dejar de mirar la pistola—. Y cuando estoy así, me da por hablar mucho.

—Mejor te callas o me veré obligado a taparte la boca.

Crucé mis brazos a la defensiva.

—¡Wow! ¿Te imaginas? —No pude detenerme—. Yo amordazada y tú desnudo encima de mí…

—¡Alicia! —Su grito retumbó en mis oídos.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré de inmediato. Sentí ganas de levantar las manos y mostrar mi frustración.

—Eres... eres... mierda. Después me ocuparé de ti —declaró, enfatizando cada palabra—. Ahora, sígueme, y si vuelves a hablar, te azotaré como a una niña pequeña. O peor, te dejaré sola en el medio del bosque.

—No serás capaz.

Lo miré a los ojos, confiando en ver en ellos arrepentimiento. En cambio, lo único que vi fue una fiera determinación.

—No me conoces y no sabes de lo que soy capaz. —Me agarró por los hombros y me giró—. Haz el favor de callarte y seguirme.

Empezó a caminar de nuevo y yo lo seguí intentando no hacer mucho ruido. Se paró de golpe y choqué con su cuerpo.

—Perdón. —Solté una risilla.

Levantó la pistola y empezó a caminar de nuevo. Cuando llegó delante de la puerta, se giró para asegurarse de que yo seguía detrás de él.

Giró el pomo y limpió sus pies cuidadosamente en el felpudo. Entró despacio y de inmediato me aferré a su cintura. Gruñó mientras intentaba separar mis manos, pero no lo consiguió. Me había pegado a él como un pulpo.

Lo seguí mientras chequeaba cada rincón hasta que se paró en el medio de la cabaña y encendió una luz.

—Estamos seguros —dijo sin mostrarse demasiado entusiasmado.

—Me alegro de que terminaste con tu numerito de imitar a James Bond. —Me crucé de brazos—. Ahora quiero explicaciones.

—Alicia.

Le dediqué una mirada de puro desafío, pero dio la vuelta y me dejó plantada en el medio de esa casa tan pequeña y antigua. No era más que una sola habitación con un gran sofá desgastado, un pesado escritorio de nogal repleto de libros y una vitrina para licores. El lugar parecía abandonado, no una típica cabaña, con sus trofeos y su chimenea. Tan solo tenía que sobrevivir la noche e insistir para obtener respuestas.

Capítulo 15

Me encontraba en el porche de la cabaña. Había dormido mal: las mantas tenían un olor desagradable y el saco de dormir tampoco había ayudado. Evan dijo que había otra habitación, pero que no tenía cama y al final tuvimos que dormir en el suelo.

Adoraba la suave caricia del viento cálido sobre mi rostro, el olor de los pinos y el cantar de los pájaros. Apenas recordaba la última vez que había estado en un bosque. Había sido hacía siete u ocho años cuando mi hermano me había llevado de acampada.

—Tenemos que estar atentos.

Evan colocó una mano en mi hombro y me hizo girar. Se agachó y se dispuso a abrir el maletín negro. Mis ojos viajaron hasta allí y lo observé en silencio. Era un hombre que a muchas mujeres podría gustarle; era corpulento y lucía muy sexy en sus vaqueros grises y una camiseta negra. Me preguntaba cómo sería besarlo de nuevo, que sentiría o cómo reaccionaría.

Agarró una de las pistolas y clavó la mirada en mi rostro. Se puso de pie y se acercó. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi mente se quedó en blanco.

—Quiero que aprendas a usarla. —Estiró la mano—. Aquí tienes, te la regalo.

Miré intrigada la pistola y no sabía qué hacer. Él se dio cuenta de mi asombro y agarró con brusquedad mi mano.

—No tengo tiempo para juegos, Alicia. Toma la pistola —ordenó y la

depositó en mi mano.

El peso de la pistola hizo que mi brazo caiga hacia abajo.

—Con cuidado Alicia, está cargada. ¿Intentas matarme? —habló en voz baja mientras sostenía mi mano.

—Lo siento, no sabía que pesa tanto —farfullé.

—Está bien. Mira, es sencillo. —Nuestros dedos se tocaron y alcé la mirada —. Deja de mirarme así, Alicia.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si me conocieras, como si quisieras… que te besara —dijo molesto.

—Puede que no te conozca, pero quiero que me beses. —Sentí que sus dedos se alejaban.

—No soy ese tipo de hombre. No soy romántico… —Su voz se desvaneció.

—No me regalas flores o palabras bonitas, pero me regalas la mejor de tus miradas y eso es más que suficiente para mí.

Mis palabras derritieron la seria mirada en su rostro. Su respiración entrecortada se igualó un poco y pude verlo poner sus pensamientos en orden.

—Quiero sentir tus labios, quiero sentir tus caricias... —suspiré—. Solo un beso.

—Alicia...

—Por favor. —Mi voz se rompió cuando lo dije.

—Solo uno —murmuró y me besó, suave en mis labios hinchados por el deseo.

Fue solo un roce ligero, pero me puse rígida, sorprendida e insegura de cómo reaccionar.

Él se apartó, con sus labios casi tocando los míos y esperando una respuesta de mi parte. Eché la cabeza en alto y entreabrí mi boca hasta que la suya regresó, besándome otra vez.

Introdujo la lengua en profundidad y me rodeó con sus brazos. Sin embargo, parecía demasiado cuidadoso, como si esperara a que yo me asustara.

Levanté una mano para acariciarle la mejilla y mostrarle mi seguridad. Entonces, sentí sus dedos trazando arriba en mi columna vertebral y vagando a través de mi garganta desnuda antes de enhebrar con ternura en mi cabello. Tomó el control del beso, transformándolo en un torbellino de pasión.

Finalmente se liberó, pero no se apartó. Reposó su frente en la mía y cerró los ojos.

—Lo siento —susurró—. Debía parar...

Su expresión era terriblemente vulnerable y parecía estar tratando de no derrumbarse.

—No lo sientes —dije mientras deslizaba mis manos hacia arriba entre su cabello.

Él se apartó hasta que ya no lo tocaba para nada, y luché con todo lo que había en mí para no estirarme por él.

—Fue un error —aclaró—. Últimamente cometo solo errores cuando estoy contigo.

—Los errores son buenos —aseguré y sonreí.

—Para mí no —dijo secamente.

Su mirada mostraba una impaciencia demanda.

—¿Nunca cometiste errores?

Un disparo en el bosque me sobresaltó y di un paso hacia atrás.

—Están aquí —dijo apurado y quitó el seguro de mi pistola—. Apunta y dispara, es así de fácil.

—¿Así de fácil es matar? —Me estremecí y apreté la pistola con los dedos.

—Sí, Alicia. Así de fácil se mata. —Su voz sonó dura y fría—. La primera vez te resulta difícil, pero luego es como aprender a montar en bici. Una vez que lo sabes, no puedes olvidar de hacerlo.

—No puedo matar...

—Lo harás —vociferó—. ¿O quieres morir?

Tomé una larga y lenta inspiración y negué con la cabeza.

—Me lo imaginaba. Ahora pégate a mi espalda.

—No fue más que un susto, pero debemos de tener cuidado. Estaré vigilando durante toda la noche. Descansa, mañana nos vamos de aquí.

—No entiendo por qué no nos vamos ahora. ¿Qué es lo que estás esperando? ¿Qué pasa?

—Deja de hacer preguntas —dijo con la firmeza suficiente para callarme.

Pensé que me diría algo más, pero lo único que hizo fue dejar la comida encima de las mantas y desaparecer.

Odiaba ese lugar y odiaba no saber la verdad. Por un momento, pensé salir corriendo, sin embargo, no sabía dónde estábamos.

Me comí el bocadillo y me estiré sobre el saco de dormir. Había confiado en un hombre que ocultaba cosas y que llevaba pistolas como adornos. Mi hermano seguramente me echaría la bronca, pero no estaba. Él me había dejado sola.

La luz se apagó y grité. Asustada moví todo a la vez hasta que pude distinguir en la oscuridad una forma que se movía. Mi primer instinto fue ponerme de pie y salir corriendo. Sin embargo, apreté la mandíbula contra el impulso y me quedé quieta.

—¿Evan? —susurré—. ¿Eres tú?

—Sí, tranquila. Ven aquí.

Me puse de pie y me acerqué despacio. Cuanto toqué su espalda respiré aliviada. Tenía miedo, pero tenerlo a mi lado me hacía sentirme segura y protegida.

—No hagas ruido y quédate aquí. Voy a echar una mirada fuera. Creo que alguien cortó la luz —susurró y en ese instante lo agarré por la camiseta.

—No me dejes sola —dije con la frente pegada a su espalda.

—Es solo un segundo, ahora vuelvo —aseguró, pero yo seguía sin soltar su prenda.

Empezó a caminar arrastrándome con él y luego se paró de golpe y gruñó.

—Vas a romper mi camiseta, suéltate.

No consiguió asustarme porque no podía ver su rostro y eso era un punto a

mi favor.

—Voy contigo.

—Te pareces a una niña pequeña. Suéltame, Alicia, o lo haré yo —advirtió.

No lo solté, no quería hacerlo, tenía miedo de quedarme sola en una casa extraña. Él agarró mi mano y empezó a retorcerla lentamente esperando alguna reacción mía. Me dolía, pero no me quejé, no quería mostrarme débil.

—Sé que te duele, puedo sentir tu respiración entrecortada. No lo hagas más difícil, por favor. —Apretó su agarre y mi mano empezó a perder sentido.

—Ah... Evan... no —dije apenas susurrando.

—Suelta mi camiseta ahora mismo —ordenó y su tono de voz enfadado me hizo obedecerlo.

No dijo nada más y salió de la cabaña dejándome sola y con un dolor muy fuerte en la muñeca. Me senté y con la otra mano, palpé el suelo hasta que encontré la pistola. Temiendo lo peor, la levanté en el aire y apunté hacia la puerta. Mi corazón martilleaba en mi pecho y el sudor cubría mi frente. La oscuridad hacía todo aún más insoportable, intensificando el miedo que recorría mi cuerpo.

Pasaron largos minutos y Evan no aparecía. La cabaña olía a tabaco y tenía la impresión de que alguien me estaba vigilando.

Intenté pensar en otra cosa y distraerme. Recordé cómo había llegado a esa situación y muchas cosas no tenían sentido. En tan solo dos días, mi vida había dado un giro inesperado. Me querían matar y no sabía porque, o quién eran esas personas.

La puerta de la cabaña se abrió y la luz de la luna enmarcó la figura de un hombre. Levanté el arma con las dos manos y apunté. Mis manos empezaron a temblar, y mientras los pasos se acercaban intentaba encontrar la valentía para disparar. Cuando la figura dejó de moverse, apreté el gatillo.

La pistola no disparó, solo hizo un pequeño ruido, cosa que me extrañó. Unas manos fuertes me agarraron por los hombros y me levantaron del suelo.

—Vaya, no me esperaba a eso —siseó Evan entre dientes—. Para mi

seguridad y la tuya, te había quitado el cargador. ¿A qué no te has dado cuenta? —preguntó riendo.

—Me has asustado de muerte, idiota. Y podría haber muerto.

Me acerqué y lo golpeé con la pistola en la cabeza.

—Ah, eso duele. —Con un rápido movimiento me quitó la pistola y me apretó contra su pecho—. No más pistolas para ti y que sea la última vez que me llamas idiota.

Conmigo estás a salvo.

Medité sus palabras y guardé silencio. Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se derritiera contra el suyo. Lo único que deseaba era perderme para siempre en ese instante, pero se apartó, dejándome jadeante.

—¿Había alguien fuera? —pregunté, pensativa.

—No, seguramente fue algún cazador; hay muchas trampas de animales por ahí. Lo que pasó es que se fundió la bombilla.

Se alejó y encendió una linterna. Empezó a buscar en los cajones del viejo escritorio hasta que encontró una de repuesto. La cambió de inmediato y luego encendió la luz.

Me miró y percibí en su semblante el destello de algo tierno. Sin decir una palabra, se paró frente a mí y agarró con suavidad la muñeca dolida para examinarla.

—¿Te duele? —Sus dedos empezaron a frotar con suavidad.

—Sí, un poco.

Me aclaré la garganta y luché contra la urgencia de jugar con mi cabello nerviosamente.

—Lo siento, pero no vuelvas a llevarme la contraria. No me gusta.

Llevó mi mano hasta su boca y me dio pequeños besos tiernos alrededor de la muñeca.

Cerré los ojos y disfruté de cada roce, cada aliento cálido sobre mi piel. Dejé escapar un gemido. Era todo lo que podía hacer.

—Descansa, Alicia. Yo me quedaré vigilando. —Soltó mi muñeca y se

agachó para coger otra pistola del maletín—. Hazlo —ordenó.

Capítulo 16

Una sombra cayó sobre mí y alcé la mirada.

—¿Qué hora es? —pregunté y bostecé.

—Son las nueve. Tenemos que irnos. —Sus ojos me sonrieron, pero sus rasgos seguían igual de serias.

—¿Tanto te cuesta sonreír un poco? —Arrugué la nariz.

—No tengo motivos para hacerlo. Levántate, no podemos perder más tiempo aquí. Pero primero quiero que desayunes. —Señaló la bandeja con cruasanes y un vaso de zumo que había encima del escritorio.

Conseguí esbozar la más tímida de las sonrisas. Me puse de pie y acorté la distancia entre nosotros.

—Me cuidas mucho y me gusta. —Me aferré a su cuello y el contacto se sintió como una descarga eléctrica, una sacudida de calor y deseo.

—No te acostumbres; no me gusta hacer de niñera. —Aspiró sobresaltado.

Acerqué mis labios a su mejilla y entrelacé los brazos alrededor de su cuello en un agarre suelto. Mi cuerpo se relajó visiblemente. No podía evitarlo, cada vez que lo tenía cerca reaccionaba de una manera extraña. Sabía que Evan era el mal en estado puro y que no debía confiar en él. No obstante, había desarrollado unos sentimientos hacia él que necesitaban tener un nombre.

—Se te da bien hacer de niñera.

—No lo haré más, eres una niña difícil de controlar. —Apartó mis manos.

—¿No recibo un beso de buenos días?

—Si te comportas como una mujer… —Acercó sus labios a mi oído—. Recibirás un beso intenso y largo en los labios —susurró y mi vello se erizó al instante.

Sus palabras no eran más que sonidos; sin embargo, se habían deslizado sobre mi piel como una corriente eléctrica.

—Soy una mujer —dije.

Se apartó de mí y durante unos instantes me miró de arriba abajo.

—Solo veo a una niña asustada. —Se echó a reír, que no era precisamente la reacción que yo esperaba.

Evan dio la vuelta y, sin decir nada más, salió de mi campo de visión hacia el exterior.

Yo me quedé allí sentada, con el corazón acelerado. Él me tenía completamente hechizada; sin embargo, no había olvidado que tenía que averiguar más cosas de su vida.

Crucé de puntillas la estancia y me paré frente a la única habitación que había en la cabaña. No sabía de quién era ese lugar, pero Evan tenía la llave y eso era muy extraño.

Giré el pomo y suspiré con alivio, la puerta estaba abierta. Entré y miré alrededor. Solo había una silla de madera manchada con tinta roja y algunas cuerdas esparcidas por el suelo.

Me acerqué. Quería comprobar que esas manchas no eran de sangre, pero cuando vi herramientas y cuchillos al lado de las cuerdas, retrocedí. Alguien las había usado para torturar.

Salí corriendo de la habitación y me paré en seco cuando escuché disparos. Busqué frenéticamente con la mirada la pistola, pero no estaba en ningún lado.

Abrí la puerta de la entrada y bajé las escaleras, tenía que encontrar a Evan. Los disparos provenían del bosque y tenía miedo entrar allí; sin embargo, lo hice. Caminé por un pequeño sendero mirando hacia atrás; no quería perderme. Mis pies se iban arrastrando, raspándose contra las agujas de pino mientras intentaba memorizar el paisaje.

Pasaron varios minutos antes de que me diera cuenta de lo que estaba viendo. Evan apuntaba con la pistola a un hombre que estaba arrodillado delante de él. Me quedé paralizada; sin embargo, mi pulso se disparó a un nivel superior. Me escondí detrás de un árbol y me quedé quieta.

Hablaban en ese idioma raro que yo desconocía y el tono que usaban no me gustaba para nada. Finalmente, Evan estalló y golpeó el rostro de ese hombre con la pistola varias veces hasta que se quedó cubierta de sangre. No paraba de vociferar y de golpearlo.

Observé impotente como ese hombre intentaba cubrirse la cara. Mi corazón gritaba y todo mi ser deseaba salir y ayudarlo, pero era incapaz de reaccionar.

Antes de que pudiera considerar exactamente lo que ocurría, me moví. El crujido de una rama seca atrapó la atención de Evan.

Alcé la vista hacia él, asustada. Sus ojos oscuros se deslizaron hacia los míos y se veían plegados de furia. Levantó la pistola en el aire y disparó.

Salí corriendo y sacudí mi cabeza tratando de orientarme. Mis pulmones ardían mientras jadeaba por aire. Giré la cabeza y lo vi en el mismo lugar, como si nada hubiese pasado.

El terror me atravesó cuando le disparó. Traté de moverme, pero estaba absolutamente petrificada. Me quedé observándolo con los ojos muy abiertos y con la respiración ansiosa. El cuerpo de ese hombre cayó de lado en el suelo y mi chillido llenó el aire.

Comencé a correr de nuevo, pero tropecé con un tronco y caí al suelo. Un fuerte dolor atravesó mi pierna derecha y una lágrima rodó por mi mejilla. Mis dedos arañaron la tierra, tratando de escapar, pero algo me inmovilizó.

Dejé de luchar y giré la cabeza. Evan me agarró por los hombros y me puso de pie.

—No tenías que ver eso. ¿Qué haces aquí?

Sus manos descansaban sobre mis hombros, pero no podía mirarlo. Me sequé las lágrimas con el dorso de mi mano y dije:

—No quiero que me toques. Aléjate de mí. —Mi voz era débil.

—Luego te explicaré todo; ahora tengo que examinar tu tobillo.

—No me toques —dije temblando.

Él suspiró y cerró los ojos.

—No tenemos tiempo para tonterías. Tienes que dejar de comportarte como una niña.

—¿Has matado a un hombre y quieres que me comporte como si no he visto nada? —La histeria crepitó a través de mi garganta y me ahogó—. ¿Quién eres? ¿Eres un asesino?

Se me quedó mirando, completamente inmóvil. Su rostro era de un rojo intenso. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso y respiraba con dificultad frente a mí.

—¿Por qué no te alejaste de mí? —preguntó—. Ahora es demasiado tarde para los dos, Alicia. Estamos en peligro y, sí, soy un asesino.

Di un grito ahogado y empecé a retroceder.

Mi pierna se dobló por el dolor y caí de rodillas al suelo.

—A la mierda con todo —dijo y acto seguido me cargó a sus hombros.

—Suéltame —exigí mientras le golpeaba la espalda con los puños.

—Deja de protestar o te castigaré cuando lleguemos a la cabaña —gruñó mientras caminaba.

—Evan, suéltame. Tengo miedo —susurré—. Me das miedo, no sé quién eres —dije con lágrimas en los ojos.

Dejó de caminar y me depositó con cuidado en el suelo. Se inclinó más cerca, por lo que nuestras narices prácticamente se estaban tocando. Siempre iba desearlo, siempre iba ser tentada por él y me costó controlarme para no agarrarlo y pegar mi boca la suya. Pero también sentía miedo; ese hombre era un asesino y había matado a sangre fría a una persona delante de mis ojos.

—No tengas miedo de mí, por favor, Alicia —susurró y estiró una mano para tocar mi mejilla.

Mi corazón retumbó en mis oídos y no podía dejar de temblar. El miedo se aferraba, y no pude removerlo. Quería apartar su mano, pero no podía; no

tenía las fuerzas necesarias para hacerlo.

—Nunca te haría daño. A ti no. —Acarició mi mejilla con sus dedos y sentí su temblor.

—Evan. —La única palabra que fui capaz de pronunciar a través de las lágrimas.

Me estaba mirando como si lo estuviera matando lentamente, una y otra vez.

—Te protegeré con mi vida. Eres ahora la única razón que me hace querer seguir con vida. No me dejes solo. —Ahogó un suspiro.

Me mordí el labio y cedí. Agarré su cara con ambas manos y le susurré:

—Nunca te dejaré solo, pero no quiero más secretos. Estoy asustada y lo que acabo de ver no ayuda. Lo mataste. —Mi corazón se hundió.

—Tenía que hacerlo. Estaba aquí para matarnos.

—Aun así… —Se me cortó la respiración y parpadeé con violencia para contener las lágrimas.

—Deja de hablar —dijo con dulzura—. Vamos, te llevo a la cabaña.

Capítulo 17

Por primera vez en demasiado tiempo sentía que había perdido el control de una situación. Lo miraba y no solo veía peligro, sino también un futuro juntos.

—Nos tenemos que ir. —Se volvió para mirarme.

—Antes necesito saber qué pasa. ¿Quién era ese hombre? Y también he visto la silla y las herramientas. —Apreté los labios con desagrado.

Movió la cabeza y resopló con frustración. Me miró a los ojos y comprendí que no quería hablar.

—Ahora no —gruñó—. ¿Qué esperas? Recoge tus cosas.

—No puedo andar. —Señalé el tobillo vendado mirándolo con ojos fríos.

—¿Y qué pretendes? —Apretó los labios—. ¿Que lo haga yo por ti?

—¿Por qué tienes que ser tan gruñón?

—¿No te enseñaron que es de mala educación responder con una pregunta? Te dije que dejes de comportarte como una niña.

—Y tú deja de ser tan gruñón —chillé.

Su ira se transformó en compasión. Lo miré, pero sus ojos no revelaban lo que yo esperaba. Necesitaba respuestas, necesitaba saber que podía confiar en él y que no me haría daño.

—Es impresionante como me desafías sabiendo que soy un asesino. —Se acercó con cautela—. ¿Ya no me tienes miedo? —Estiró una mano y tocó mis labios con sus dedos—. Si sigues así, tendrás como recompensa el beso que te prometí.

Tragué saliva porque sus dedos incitaban a la rebelión miles de sensaciones placenteras en mi cuerpo.

—Lo quiero ahora.

—Paciencia. —Sus dedos viajaron hasta mi cuello—. Tienes que demostrar que eres una mujer de los pies a la cabeza. —Los dedos llegaron delante de mi escote—. Una mujer dispuesta a vivir una vida llena de inseguridad a mi lado. —Metió los dedos dentro de mi escote y sentí que me faltaba el aire—. Aceptar lo que soy. —Sus dedos se deslizaron dentro de mi sujetador—. Una mujer valiente. —Sus dedos rozaron un pezón y gemí.

Me aferré a su cuello porque no podía aguantar estar de pie y cuando sus dedos apretaron con fuerza, me mordí los labios para no gritar.

—Cuándo cumplas todas estas condiciones, tendrás tu beso y mucho más, Alicia. —Sacó los dedos dejándome vacía y con deseo de más—. Me tendrás a mí.

—Evan…

—Recogeré tus cosas, pero que sea la última vez.

Levanté la barbilla en actitud desafiante, pero no dije nada. ¿Qué había pasado? ¿Lo nuestro siempre sería así? Su humor cambiaba cada día, cada hora y cada minuto. Había dicho que me necesitaba, que era importante para él, pero siempre estaba a la defensiva, como si quisiera protegerse de algo.

Me encontraba atrapada en esa situación por mi culpa. Por haberme empeñado a quedarme en el piso de mi hermano y convivir con él.

No obstante, mi instinto me decía que podía confiar. Eso me frustraba y me aliviaba al mismo tiempo.

—¿Sigues ahí parada? —preguntó al salir de la habitación con una maleta.

—Eh, yo... estaba pensando —dije y empecé a cojear.

—¿Pensando? ¿Todo ese rato lo llevas pensando en qué? —Dejó la maleta en el suelo y me miró con intriga.

—En todo esto, en qué pasará con nosotros —suspiré—. Necesito respuestas y quiero que hables conmigo.

—Ahora no es el momento —expresó con exasperación.

—No puedo aguantar tanta inseguridad, tanta falta de información. —Me quedé allí torpemente por unos segundos, insegura de qué hacer conmigo misma mientras él me miraba—. ¿Quién eres? ¿Evan es tu nombre real?

—No, Alicia. Ese no es mi nombre. —Su tono no fue agradable—. No puedo decírtelo.

—¿Estoy segura a tu lado? ¿No vas a intentar…?

—¡Ni siquiera lo pienses! —Las palabras fueron rechinadas entre dientes y parpadeé con sorpresa—. Nunca te haría daño, yo...

—¿Tú qué? Háblame...

—Nos tenemos que ir. —Agarró la maleta y salió sin más.

Una vez que el silencio se instaló de nuevo, me di cuenta de lo absolutamente peligrosa que era la situación. Tenía sentimientos hacia un asesino que mataba sin pestañear. Sin embargo, sentía su afecto, su ternura cada vez que su mirada encontraba a la mía y cada vez que me tocaba.

Capítulo 18

Evan
Días más tarde

Llevábamos dos días viajando en el coche y estaba harto de conducir. Deslicé una mano por mi cara sudorosa y sin afeitar mientras la miraba.

Alicia se había quedado dormida y yo no podía despegar la mirada de su precioso rostro. Nunca imaginé que la vida me daría la oportunidad de enamorarme. Conocerla había sido el regalo más hermoso que había recibido en años. Llevaba toda la vida perdido en un mundo repugnante y oscuro, con peligros a cada esquina.

Cuando cumplí los tres años, dos hombres trajeados se presentaron al orfanato y se interesaron por mí. Dijeron que me llevarían a vivir con una familia; sin embargo, nunca llegué a pisar una casa. Me llevaron a un campamento donde entrenaban asesinos para el gobierno ruso.

Allí aprendí el idioma en tan solo un año y eso fue un punto a mi favor. Entendía a la perfección lo que hablaban los guardias que nos vigilaban.

Luego vinieron los entrenamientos duros y agotadores. Me enseñaron a pelear, a robar, a disparar y a matar sin ningún remordimiento. La muerte había incitado mi curiosidad como algo desconocido y secreto. Fue en parte, la razón por la que había decidido apagar todo lo que sentía y vivir la vida al límite, sin reglas y sin compromisos. Le había dado la espalda a las oportunidades y a los sueños que una vez había tenido.

El amor y el odio impulsaban a la mayoría a matar, pero yo lo había hecho por la falta de esos sentimientos. No sabía que se sentía cuando alguien te amaba y tampoco sabía cómo odiar a alguien. Esos dos sentimientos eran desconocidos para mí y nunca sentí amor por nadie.

Con dieciséis años ya estaba en el terreno con los mayores. Había llegado a ser el mejor de los otros niños y como recompensa me habían dejado a salir en misiones arriesgadas.

Mi primer encargo consistió en matar a un parlamentario que se dedicaba a encubrir a los traficantes de drogas. Fue un éxito. Había hecho un trabajo limpio y perfecto. Después, todo vino como un huracán. Las órdenes caían como la lluvia empapando mis manos de sangre y mi alma de oscuridad, sombras y dolor. Cada vez que apretaba el gatillo, un relámpago punzaba en mi pleno corazón dejándolo hecho pedazos. Llegaron a confiar en mí y me dejaron vivir fuera del campamento; sin embargo, tenía que seguir matando para ellos. Todos los asesinatos me perseguían cada noche en los sueños y cada rostro se había grabado en mi alma con tanta fuerza que era imposible olvidarlos.

Llevaba más de quince años matando y viviendo una vida triste y monótona. Todo lo que sabía, todo lo que había aprendido, cambió cuando vi a Alicia por primera vez. Al principio pensé que ella era como las otras mujeres que pasaron por mi cama: superficial y egoísta. Pero al verla cada día y sentirla tan cerca, un sentimiento radiante se albergó en mi interior. Había sentido la necesidad de protegerla, de amarla y, por más que había intentado alejarme de ella, más gritaba ese sentimiento por su atención.

Me enamoré sin pensarlo y sabía que nuestro amor no iba ser fácil. No podía dejar mi trabajo; había firmado un contacto de por vida con Sergei.

No obstante, le planté cara y renuncié.

Fue un gran error. Dio orden de eliminarla para sacarla de mi vida. Victoria vino para avisarme que todos los asesinos de Sergei estaban en alerta y que, junto con ella, tenían que matarme a mí también.

Lo único que pude hacer fue huir y aprovechar el tiempo para lidiar un plan y salir ileso.

Necesitaba la ayuda de mi mejor amigo; él había conseguido huir y esconderse.

Capítulo 19

Estaba haciendo mi mayor esfuerzo para mantener mis ojos abiertos. La hora antes del amanecer era una tenue luz brillante derramándose a través de los cristales del coche.

El día no era tan caliente como lo había sido la última semana. La temperatura había bajado drásticamente y dentro del coche estaba encendida la calefacción.

Suspiré y giré mi cabeza en dirección a Evan.

—¿Queda mucho?

—Un par de horas —contestó sin alejar sus ojos de la carretera.

—Me quedaré dormida seguro. —Mi voz era débil, agotada.

—Pronto voy a tener que poner gasolina. Podemos comer algo allí y despejarnos un poco.

—Estaría estupendo. Tengo todos los huesos hechos a las penas.

Efectivamente, diez minutos después, entró a una gasolinera con restaurante y zona de descanso. Salió del coche y miré a través del espejo mientras llenaba el tanque.

Estaba cansada y necesitaba una ducha. Llevaba tantas horas dentro de ese coche que había olvidado como era mi vida antes. Era verdad que odiaba mi trabajo y que solo vivía para mantenerme. Sin embargo, la echaba de menos.

Amaba a mi hermano; él era el único familiar de sangre que había dejado de criticarme para apoyarme, y sabía que él me quería a cambio. Pero no lo tenía

cerca, no sabía dónde estaba y tampoco qué había pasado con su vida.

Evan regresó varios minutos después con dos botellas de agua y dos bolsas llenas de comida.

—No podemos quedarnos y comer aquí, lo siento —dijo cuando miré las bolsas que me ofrecía—. Alguien nos está siguiendo.

—Odio esto —jadeé—. Estoy harta de huir. No entiendo porque no podemos enfrentarnos a ellos. ¿Qué es lo que quieren?

—Alicia, no empieces ahora. Por favor.

Me quedé callada y respiré hondo. Encendí la radio mientras comía un bocadillo y pasando las estaciones para encontrar algo alegre.

—¿Cuantos años tienes? —pregunté, masticado con rapidez.

—Sabes que no me gusta hablar de mí —dijo, sus ojos fijos en los míos—. Deja de hacer preguntas.

—Me aburro, tú no quieres hablar y no hay nada en este coche que me entretenga. Haz algo —suspiré.

—Eso estoy haciendo ahora. —Hizo una pausa y me miró por el rabillo del ojo—. Come y mantén la boca cerrada.

—Te odio, eres peor que un ogro.

Evan se echó a reír.

—Bien, me alegro de que piensas eso. Así dejarás de molestarme y podré conducir tranquilamente.

—El silencio es todo tuyo —dije, aunque obedecí sin pensármelo dos veces.

No quería seguir insistiendo en lo mismo, él había ganado la batalla.

El coche frenó de golpe y abrí los ojos. Parpadeé, tomándome un momento para ubicarme.

Enderecé mis hombros con cansancio y miré a Evan. Se había vuelto malhumorado desde que nos habíamos ido de esa gasolinera, como si alguien le había dado la peor noticia de su vida.

—Quédate aquí. Voy a echar una mirada antes —dijo sin preámbulos.

Le lancé una mirada fulminante de soslayo y suspiré.

—Lo que tú digas —contesté, desabrochándome el cinturón.

Asintiendo, abrió su puerta y saltó fuera. Estábamos delante de un campo desierto y el sol bailaba entre las hojas de los árboles soltando a cada paso flechas doradas. En el medio había una pequeña y agradable casa con una hilera de coloridos flores y arbustos que tomaban la mayor parte del jardín delantero. Había un estrecho camino empedrado que llevaba de la acera a las escaleras delanteras y Evan lo había recorrido sin rechistar.

Mientras esperaba a que volviera, destapé una botella de agua. Me alteraba no saber la verdad y el silencio de Evan era exasperante.

Escuché un disparo y mis manos se volvieron frenéticas. La botella se me cayó encima y me empapó la camiseta. La sensación de estar húmeda mandó un escalofrío por todo mi cuerpo.

Giré la cabeza y me di cuenta de que Evan había desaparecido. Alarmada, me agaché y tomé la pistola que se encontraba escondida debajo de mi asiento.

Mis manos empezaron a temblar y cuando le quité el seguro, apreté el gatillo sin querer. La bala atravesó el parabrisas con un penetrante sonido y los cristales se esparcieron como hormigas por el salpicadero del coche.

—¿Qué mierda haces, Alicia? —vociferó Evan mientras abría la puerta del copiloto—. Te dije que no toques la pistola —gruñó y tiró de mí para sacarme fuera del coche.

Alcé la mirada hacia su cara y me golpeó la vulnerabilidad que brillaba por su superficie.

—¡No llevas sujetador! —Contuvo la respiración—. ¿Por qué estás mojada?

Dejó escapar un sonoro y tembloroso suspiro.

—Es que… la botella se me resbaló y … —titubeé sin saber qué decir.

—No puedes entrar así —espetó—. Ponte algo encima.

—Está bien.

Di media vuelta y me dirigí hacia el coche.

—Espera... —Me agarró del brazo y me hizo retroceder—. Quiero ver si algún día ganarás un concurso de camisetas mojadas —susurró con el aliento entrecortado.

—No lo creo, no tengo las tetas grandes. —Reí, pero dejé de hacerlo cuando encontré su mirada intensa.

Guardó silencio un momento y me miró con detenimiento. Tragué saliva, pensando en la visión íntima que mi ropa mojada debía de proporcionarle. Sus ojos se encendieron en el centro y vi las comisuras de su boca tensarse en un ceño mientras seguía solo mirándome y sin hablar.

Sentí que una corriente de calor me recorría el cuerpo. Querría cerrar los ojos y borrar la vergüenza, pero contuve la respiración y apreté los labios.

—No son grandes, Alicia. —Rozó mis pechos con los nudillos de su mano —. Son perfectas. —Con el pulgar y el dedo índice agarró un pezón, apretando fuerte—. Justo como a mí me gustan.

Me sentía demasiado abrumada por aquel pellizco íntimo y por el modo en que mi cuerpo había reaccionado a él.

La otra mano viajó por debajo de mi camiseta subiendo por mi vientre y agarró con fuerza un seno. Gemí cuando empezó a acariciarlo y apoyé mis manos en su pecho. La sangre latía con fuerza en mis oídos, en unísono con los pálpitos de su corazón. Sus músculos ya tensos se contrajeron al contacto con mis dedos y alcé la mirada.

—Evan, no pares —le susurré.

—Tengo que hacerlo; mi amigo nos está viendo por la ventana.

Se me alborotó el corazón y me alejé de inmediato.

—¿Y por qué me estás manoseando delante de él? —No pude ocultar el tono de sorpresa en mi voz—. ¿Eres idiota?

—Cuida esa boca, Alicia, o te castigaré —gruñó.

—No tengo miedo.

—Lo vas a tener porque mis castigos son duros. Azotaré ese culo sexy que tienes hasta ponerlo rojo si vuelves a llamarme idiota —declaró, enfatizando

cada palabra.

—Perdón —dije riendo—. No lo voy a decir más, pero para eso quiero otro beso.

—¡Alicia, basta ya! No somos niños.

—Puede que tú no, pero a mí me gusta comportarme como tal. Soy joven, joder —dije y, cuando terminé de hablar, él me agarró por la cintura y me apretó contra su cuerpo.

—Te has ganado el castigo por decir una palabrota —lo dijo como dándolo por sentado—. Pero también te has ganado el beso.

—Déjame dártelo yo a ti. —Lancé un suspiro ahogado.

Me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cabeza para que no tuviera más opción que mirarlo a los ojos.

—¿Estás segura? Hay que estar a la altura. —Ladeó una sonrisa traviesa.

—Te gustará. —Inspiré con fuerza.

Y entonces, como quería que él supiera que lo decía muy en serio, deslicé mis manos por su pecho, amando la sensación de los músculos firmes bajo mis palmas. Me puse de puntillas y dejé que mis manos encontraran su camino por entre el cabello de su nuca. Utilicé eso como palanca para atraer su boca a la mía y sentí la sorpresa de Evan, que entreabrió los labios para darme la bienvenida.

El beso comenzó suave y vacilante, solo labios húmedos explorando al otro. Él me apretó contra su pecho con fuerza e introdujo la lengua en mi boca. En cuestión de segundos, todo se volvió más intenso: el beso, las caricias, los gemidos. Podía sentir los poderosos muslos de él contra los míos y podía sentir como mis pechos se aplastaban contra el suyo. Mi cerebro me decía que tenía que parar, pero estaba muy excitada y jamás había sentido nada igual.

Evan se apartó y respiró con fuerza contra mi boca.

—No puedo ser el hombre que necesitas en tu vida —dijo en voz baja.

—¿Por qué dices esto? Sé que te importo, me dijiste que…

—Alicia, mi pasado es tu peor pesadilla —espetó, lleno de furia y

frustración.

—Todos tenemos un pasado. Sé que no se puede borrar, pero tenemos un presente y no podemos arruinar el futuro con los recuerdos.

—Lo sé, pero no quiero hacerte daño.

Alargó la mano y me acarició con suavidad la mejilla. El pulso se me aceleró de nuevo y tuve que reprimir el deseo de besarlo. No obstante, su mirada ardiente me dio fuerzas para hablar.

—¿En qué piensas? —le susurré.

—En todas las cosas que quiero hacerte, pero no puedo. En todas las cosas que quiero decirte. —Pasó su pulgar por mi labio inferior.

—¿Cómo qué?

Él se inclinó hacia mí. Pensé que quería besarme, pero volvió la cabeza, inclinándose cerca de mi oído.

—Estar dentro de ti y hacer que te vengas —susurró contra mi cabello—. Decirte lo que significas para mí...

Exhaló, visiblemente frustrado.

Un gemido entrecortado se escapó de mis labios y prosiguió como si no me hubiera escuchado.

—Tú me haces sentir, Alicia, pero también me haces sentirme vulnerable. Y eso no es bueno para mí, no de momento. No quiero que conozcas la otra parte, la que solo hace daño.

—Quiero conocerte y quiero que tomamos el mismo camino. —Soné petulante y frustrada, lo que le hizo sacudir la cabeza hacia mí.

—No lo entiendes. Quiero tenerte, quiero…—Inspiró hondo—. No puedo, no ahora. —Tragó saliva bruscamente, su garganta estrechándose con el esfuerzo—. Mi amigo nos espera y aún tengo pendiente tu castigo. Ponte algo encima, te espero aquí.

Capítulo 20

—Esta es mi amiga, Alicia —dijo Evan con una sonrisa desigual.

El hombre me miró durante varios minutos en silencio, como si estuviera tratando de leer mi mente. Después, se acercó y estiró la mano.

—Encantado, preciosa. —Sonrió y llevó mi mano hasta sus labios—. Es toda una sorpresa y es la primera vez que veo a... —Evan se aclaró la garganta —. A mi amigo con una chica tan hermosa y tan joven.

Ese hombre tan apuesto y atractivo, estuvo a punto de divulgar el verdadero nombre de Evan. La complicidad que había entre ellos sobrepasaba lo normal y era como si hablaban con la mirada.

—Gracias... —Dejé de hablar y enarqué una ceja, expectante.

—Michael. —Esbozó una sonrisa.

—¿Este es tu nombre verdadero?

Él se echó a reír y miró de reojo a su amigo. Recibí un codazo por parte de Evan y suspiré sonoramente.

—No… —Aclaró su garganta y empezó de nuevo, alzando la vista hacia mí —. Pero ya sabes...

—Sí, ya lo sé. No me lo puedes decir, es un secreto. Luego tendrás que matarme.

Dejaron de sonreír y traté de mantener mis emociones tranquilas y neutras, tanto como era posible.

—Que serios… sois aburridos —opiné con calma.

—¿Por qué no das una vuelta por casa? —sugirió Evan—. Así Michel y yo podemos hablar de nuestras cosas.

—¿En serio? ¿Me tomas el pelo? —pregunté con un bajo rugido—. No soy una niña.

—Pues demuéstralo.

—Estoy metida en todo esto tanto como tú y exijo respuestas. Quiero saber qué pasa y quién nos quiere matar. —Intenté empujarlo, pero fue sin éxito, era como una roca gigante.

—Os dejo solos —avisó Michael y abandonó el salón en silencio.

—Vas a cobrar tu castigo ahora mismo. —Me agarró por los brazos para levantarme a sus hombros y empezó a caminar.

—Suéltame, idiota. —Me di cuenta de que lo había insultado y cerré los ojos—. Perdón...

—Tarde... Ya lo dijiste. —Abrió la puerta de una habitación y me dejó encima de la cama—. Quítate los pantalones.

Le di una mirada de perplejidad, y me reí ante su tono estricto y serio.

—¿Hablas en serio? —Resoplé y me apoyé en los codos.

—Sí.

Su lenguaje corporal era severo y rígido. Sin embargo, por alguna razón, el calmado tono de su voz me atraía y me hacía vibrar. Mi corazón se aceleró y sentí que se me ponía la piel de gallina en los brazos.

—Quítamelos tú. —Me reí entre dientes—. ¿O no sabes cómo hacerlo?

Me miró intensamente unos largos minutos, luego dio la vuelta y salió por la puerta.

Reviví el beso y pensé que Evan se arrepentía o simplemente no había significado nada para él. Exasperada, meneé la cabeza. Aquello no podía pasar. Era el hombre adecuado para entregarle mis sentimientos y era el indicado para enseñarme los placeres del amor.

Escuché como giraba una llave en la puerta y salté de la cama.

—¡Abre la puerta, Evan! —chillé—. Vamos, ábreme. —Empecé a golpearla

con los puños.

Cerré los ojos con fuerza; me negaba a pensar en aquel horrible día cuando mi hermano me había encerrado en el cuarto de baño para poder salir de fiesta con sus amigos. Había sido una verdadera pesadilla y cada vez que escuchaba una llave girando, la ansiedad anegaba en mí para recordármelo.

Al día siguiente, por la noche, me encontró hambrienta, desorientada y asustada.

—Evan, por favor —supliqué con lágrimas en los ojos—. No me hagas esto.

Lloré, jadeando y aspirando aire tan rápido y tan fuerte como pude. Me mordí los labios, conteniendo los sollozos y me senté en el suelo.

La llave giró en la cerradura y la puerta se abrió.

—¿Qué pasa? —Me levantó del suelo y me llevó hasta la cama—. ¿Por qué lloras?

Me aferré a su cuello para abrazarlo y dejé salir un pequeño suspiro de alivio.

—No me dejes nunca encerrada. Tengo miedo. —Mis palabras y mi voz parecían estar llevando una especie de retraso.

—Tampoco es para tanto —susurró en mi cuello.

—Para mí lo es. Mi hermano me dejó encerrada sin comida y tuve que dormir en el suelo. Desde entonces tengo miedo.

—Lo siento, no lo sabía. Prometo no hacerlo más. —Levantó mi barbilla para mirarme—. Michael y yo tenemos cosas importantes que resolver. Entiende que no puedes estar allí. —Acarició mis mejillas mojadas—. Sin embargo, prometo contestarte a una pregunta cada día.

—¿En serio? —Mi voz se redujo a un murmullo ahogado.

—Sí. Ya puedes pensar en tu primera pregunta. —Rozó mis labios con su dedo pulgar—. Esta noche puedes preguntar.

Mi boca se aflojó. Cerré los ojos incapaz de pensar en nada más que las sensaciones que me atravesaban.

—Mierda. —Dejó escapar un largo suspiro—. No me provoques. —Su

mirada viajó hasta mi escote—. No sabes cuánto te deseo ahora mismo. No sabes cuánto deseo desnudarte y acariciar tu piel, tus senos y... —Cerró los ojos, apretándolos con fuerza por un instante, luego se relajó y habló de nuevo —. Nos vemos más tarde. —Se levantó de la cama y salió por la puerta.

Me maldije a mí misma por ser tan yo. No sabía qué hacer con Evan: a veces era tierno, comunicativo, y otras, un gruñón irritante.

Mi vida dejó de ser monótona, ocupada por intriga, peligro y misterio. Perdí la pista de los días y echaba de menos a mi amiga.

Ese hombre causaba un efecto frustrante en mí todos los días; sin embargo, no tenía ninguna duda. Él era para mí.

Capítulo 21

Un ligero toque a lo largo de mi brazo me despertó. Mantuve mis ojos cerrados, pero no pude detener la sonrisa que apareció en mi cara.

—Me quedé dormida, lo siento.

—Me alegro de que estés despierta —dijo Michael.

Mis ojos se abrieron y enfocaron su rostro.

Él se limitó a sonreír. Estaba relajado; sin embargo, podía sentir que algo no estaba bien.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Evan?

Su sonrisa se desvaneció y se puso rígido.

—Tuvo que salir —contestó, incómodo—. Regresará esta noche.

—¿Qué? —pregunté alarmada—. ¿Me dejó sola?

El pánico corrió por mi cuerpo y en mi corazón.

—No estás sola, Alicia. Y no te preocupes, volverá sano y salvo.

Michael no parecía preocupado en absoluto.

—¿Y si le pasa algo? —Mi voz pulsó a través de la habitación.

—No le pasará nada, a él no. Aún no sabes de lo que es capaz. Es el mejor...

Mis ojos se lanzaron a él con un millón de preguntas en mi cabeza. No me gustaba tanto secretismo porque me sentía engañada.

—Termina la frase o la termino yo.

—Hazlo tú. —Su tono era definitivo.

—Es el mejor asesino —hablé con certeza—. Y basta de tantos secretos.

Mató a un hombre delante de mis ojos.

Michael me observaba con paciencia. No sonreía ni fruncía el ceño, simplemente se quedó allí, mirándome. Se aclaró la garganta y habló:

—No lo hizo.

—Sí, Michael. Lo hizo delante de mis narices. Y ahora mismo me vas a decir a dónde se fue.

—Vaya, eres muy mandona y rebelde. Me extraña como Evan te aguanta. —Él arqueó las cejas un poco—. Tiene muy poca paciencia.

Sonrió con simpatía. Y de repente comprendí sin querer que tenía que cambiar de táctica.

—Entiendo —dije y lo agarré por el brazo—. Ahora dime porqué un hombre tan apuesto y guapo como tú, no tiene pareja.

Michael entrecerró los ojos por un momento. Su mirada se intensificó y sonrió.

—¿Me consideras guapo?

Estaba segura de que su pregunta escondía una sonrisa disimulada, y como seguía sin saber por qué, continué con mi plan.

—Claro que sí. Tienes unos ojos muy bonitos y tú sonrisa es envidiable —continué con la voz tensa, casi formal.

—Esto me hace feliz. Las mujeres prefieren a Evan antes que yo.

Me decepcionó escuchar aquellas palabras, pero me aferré a lo que sentía con uñas y dientes e intenté ignorarlas. Mujeres… yo pensaba que Evan no era muy fan de ellas.

—Tranquila, no te pongas celosa. —Me guiñó un ojo—. Ninguna llegó tan lejos.

—¿Eh?

—Ninguna consiguió hacerlo sonreír, hacerlo querer dejar este trabajo y lo más importante es que ninguna logró enamorarlo.

Su voz volvió a transmitir la misma calidez de antes y consideré la posibilidad de que sus palabras fueran ciertas. Me sentí reconfortada por la

sonrisa sincera que le iluminaba la cara y por primera vez en muchos días, me sentía feliz.

—¿Está enamorado?

—Claro que sí, Alicia. ¿No lo has notado? Solo hay que ver cómo te mira y como habla de ti.

—¿Habla de mí?

Levanté la cabeza de golpe y lo miré con la boca abierta. Eso hizo que mi aliento quedara atrapado en la garganta y mi pulso patinara.

—Nunca lo había visto así. Está decidido a dejar este trabajo por ti, está dispuesto a protegerte con su vida, cosa que no hizo por mí.

Lo miré, pero no vi enfado o tristeza en su mirada. La tormenta de emociones que me inundaba apenas me dejó pronunciar las palabras.

—Gracias por compartir esto conmigo, Michael.

—Necesitabas saberlo. Evan no es un hombre de muchas palabras y no sabe cómo comportarse situaciones así. Y también conseguiste información a cambio de poner ojitos y halagos.

—¿Te diste cuenta?

—A mí no me engañan tan fácilmente. Tengo más años que tú y créeme que he visto de todo. Vamos a comer, estarás hambrienta. —Una sonrisa jugueteó en las comisuras de su boca.

Capítulo 22

Evan

No tenía ningún anhelo de ver a Nicolai; sin embargo, tenía que hacerlo. Era el único que aún tenía contacto con Sergei y podría tener información sobre su paradero.

Los dos fuimos alumnos de ese ser tan desgraciado y, aunque él había intentado ser mejor que yo, siempre había sido el segundo. Lo que nos unía era una constantemente rivalidad, que activaba los estímulos para motivarnos y para mejorar en todos lo que hacíamos. Al principio disfruté de la competencia, hasta que me di cuenta de que solo activaba el odio, la agresividad y la venganza.

Llegué delante de su casa y me quedé observando un rato a través de los árboles, escaneando el perímetro. No había mucho movimiento, como si nadie viviera ahí.

Me deslicé fuera del coche y busqué con la mirada un lugar perfecto para trepar el muro que rodeaba ese lugar. Respiré profundamente para ponerme firme y presioné mis manos contras las piedras. En un abrir y cerrar de ojos me disparé por encima de esa barrera que me separaba de la casa y Nicolai.

Saqué mi pistola y, mientras cruzaba el camino de entrada hacia la mansión, conté los segundos. No era fácil ser silencioso; el terreno estaba lleno de piedras y ramas secas. Cada crujido debajo de mis pies sonaba como un explosivo. Hice tan poco ruido como fuera posible y me colé dentro. Coloqué

el silenciador y subí las escaleras. Conocía muy bien la casa y sabía cuál era su habitación. Me paré en frente de la puerta y pegué la oreja para escuchar. Solo el murmullo de una televisión encendida atravesaba la madera, nada más.

Giré el pomo y entré despacio; luego me detuve y miré alrededor por un largo momento. Mis ojos finalmente encontraron el lugar dónde estaba Nicolai, y mi cuerpo se estremeció.

Me acerqué hasta allí y le coloqué la pistola en su nuca, presionando fuerte para que abriera los ojos.

—*Privyet*2F[3], Nicolai —dije y lo miré con recelo.

—Privyet, Alexander. ¿Llegó mi hora?

—Todavía no. —Aparté la pistola y él aprovechó para ponerse de pie.

—Qué sorpresa tenerte en mi casa, aunque no recuerdo haberte invitado —suspiró, un pesado sonido de derrota, pero su expresión se mantuvo firme.

Lo apunté con la pistola y él levantó sus manos como rindiéndose.

—Tranquilo, amigo —susurró entre dientes—. Viniste aquí por algo y si me matas... —Se volvió hacía mí—. No obtendrás nada y más pronto de lo que te imaginas estarás muerto junto con tu *lyubimya*3F[4].

—No es mi novia.

Una lenta sonrisa apareció en sus labios.

—Lo que sea para ti. —Bajó las manos y se acercó a la mesa.

Seguí con atención sus movimientos y sin dejar de apuntarlo con la pistola. Mi pulso estaba latiendo en mis oídos y me costaba prestarle atención.

—Quieres saber a quién envió a matarlos y lo cerca que están de vosotros, ¿verdad? —Llenó dos vasos con vodka.

—Eso es —dije con tono cortante—. Necesito saber dónde se esconde Sergei.

Empujó uno de los vasos hacia mí y una media sonrisa volvió a sus labios.

—¿Y por qué eres tan seguro que voy a decir algo? —Me miró con los ojos entrecerrados y con sus labios en una línea dura, delgada de desprecio.

—Porque no dudaré en apretar el gatillo.

—Sé que lo harás, nos conocemos bastante bien y tienes todos los motivos para hacerlo. Intenté sabotear tus misiones, intenté arrebatarte todo lo que te sacaba una sonrisa. ¿Sabes por qué?

Tiró el vaso vacío al suelo y se echó a reír.

—Me odias; siempre lo hiciste.

—No es verdad, hubo un tiempo cuando te admiraba y quería ser como tú —bramó.

—Oh, lo recuerdo. No parabas de seguirme a todos los lados, querías aprender todo lo que hacía y querías saberlo cómo actuaba en cada encargo.

—Hasta que me disparaste.

—Tuve que hacerlo y lo sabes. Tu imprudencia me delató, me descubrieron y querían atraparme para sacarme información.

—Me importa una mierda porque lo hiciste. Sergei perdió la confianza en mí, no me dejaba salir…

—No estoy aquí para esto.

—Ah, claro. Estás aquí para hacer de héroe —dijo, arrastrando los pies.

—No te muevas. —Levanté la pistola y apunté su cabeza.

—Sergei… —Me dio una mirada penetrante—. Sabes que es difícil de encontrarlo. La única información que tengo es a quién tienes detrás de ti.

—Con esto no me vale, quiero saber dónde se esconde esa *neschastnaya krysa*4F[5]. —Me acerqué y lo agarré por el cuello—. ¿Escuchaste? —Le propiné una rodilla en el estómago y cayó al suelo.

—Esto no funciona conmigo y lo sabes. —Se echó a reír—. Estamos entrenados para esto, Alexander. Somos los mejores.

—Habla, Nicolai —gruñí impaciente.

—Sergei envió a Vlad y a Emil. —Se puso de pie con una mueca de dolor —. Pero Ilenka está deseando matarla antes que ellos. No le gusta que estés con esa chica.

—¿Ilenka? —pregunté extrañado—. Estaba en Rusia hace unas semanas.

—Parece que no te olvidó.

—No puede ser...

—Tienes diez minutos para salir de esta casa con vida. —Sonrió con malicia —. ¿Pensabas que iba a ser tan fácil? —preguntó mientras señalaba el botón que había debajo de su mesa.

—¡Maldito bastardo!

Apunté y disparé. El estallido sacudió el arma en mi mano, y una mancha roja floreció en su pecho.

—Corre si quieres llegar antes de la masacre que tiene planeado Ilenka para esta noche. —Tocó la herida y cayó al suelo—. Espero que tu chica sepa disparar con una pistola, porque Ilenka no dudará en apretar el gatillo.

Salí hacia fuera sin siquiera detenerme para enfrentarme a los hombres que empezaron a disparar. Corrí más rápido que nunca, sabía que ninguno de los dos tenía alguna oportunidad contra Ilenka. Fue un error haberlos dejado solos.

Las balas impactaban en mi cuerpo, mis costados dolían y mis pulmones estaban ardiendo como si me hubiera tragado carbón caliente. No paré hasta llegar delante de mi coche. Me retorcí de dolor y abrí la puerta. Tenía que llegar antes que Ilenka.

Capítulo 23

Caminé de un lado a otro hasta que no pude más. La espera me mataba y la inquietud se había aferrado a mi cuerpo como la melaza espesa para atormentarme. Mi cabeza estaba confusa y tenía miedo. Me sentía impotente, atrapada y con las manos atadas. Evan arriesgaba su vida y yo no hacía nada para ayudarlo o encontrar una solución, y ser un gran apoyo. No sabía a qué nos enfrentábamos, su secretísimo me limitaba mucho. Solo sabía que él y Vlad eran asesinos y que alguien nos quería matar.

La decisión de Evan fue la gota que colmó el vaso y desató el infierno. Vlad me dijo que el jefe de Evan no quería dejarlo ir, no quería renunciar a su mejor hombre. Por eso había decidido eliminarme a mí y recuperarlo.

—No puedo esperar más. Evan tarda demasiado, ¿estará bien? —pregunté a Michael.

—Sí, Alicia. Y deja ya de caminar, me mareas —gruñó.

—Está bien —dije con exasperación—. Voy a salir al porche.

Hacía mucho calor y la camiseta se me pegaba al cuerpo. Aparté el cabello de mis ojos y miré a mi alrededor. La noche era misteriosa y silenciosa. Las estrellas cubrían el cielo con un manto brillante, mirándome y haciéndome sentirme pequeña e insignificante.

Pasaron tan solo un par de horas y lo extrañaba. Me había acostumbrado a su presencia, a tenerlo a mi lado como lo hacía mi hermano.

Me senté en el sillón y cerré los ojos. Dejé que todas las cosas de los

últimos días flotaran en mi mente y suspiré dolorosamente.

Unas manos me agarraron por el cuello y empezaron a apretar con fuerza. El aire abandonó con rapidez mis pulmones, y asustada, empecé a mover todo a la vez. Mi primer instinto fue gritar, pero las palabras no salían de mi boca, apenas podía respirar. Me retorcí violentamente, y mientras, las lágrimas ardían tras mis párpados cerrados.

—Suéltala ahora mismo, Ilenka.

Escuché la voz de Evan y mis ojos revolotearon para abrirse. Él estaba apuntando con una pistola hacia nosotras, sin embargo, la mujer no aflojaba su agarre.

Mi vista empezó a nublarse y mis piernas se convirtieron en gelatina. Apretó más fuerte y sentí sus dedos como cuchillas en mi cuello.

—Privyet, Alexander —dijo ella entre dientes—. Ya skúchayu pa tyebye.5F[6]

—Ilenka, suéltala. —Dio un paso hacia delante—. ¿Qué haces aquí?

La mujer me soltó y empecé a toser. El aire inundaba mis pulmones con rapidez y no conseguía respirar con normalidad.

—Alexander, lyubov6F[7] —susurró ella en ese idioma raro.

—En inglés, no entiendo nada —dije histéricamente.

Ella me propinó un golpe seco en la cabeza con su pistola y me agarró por los hombros.

—Suéltame. —Mi voz era irreconocible.

Ella volvió su rostro hacia mí. Su expresión era feroz. Un estremecimiento bajó por mi columna, a medida que los latidos de mi corazón aumentaban.

Cada impulso de mi cuerpo me dijo que tratara de soltarme, pero la pistola que presionaba mi nuca era lo único que me mantenía allí.

—Ilenka, déjala ir. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿Me dejaste por esta niña, Alexander? —siseó entre dientes con un acento extraño.

Ese era su nombre, Alexander. A decir verdad, me gustaba. Aunque las

manos de esa desgraciada me mantenían presa, encontré valor para sonreír. Quería mostrarle a Alexander lo mucho que había cambiado y lo mucho que lo quería.

—No soy una niña. —Inspiré para coger fuerza y dije con más firmeza—. Soy una mujer.

—A ti nadie te preguntó nada, cállate —ordenó ella.

—No te dejé, Ilenka, porque nunca estuvimos juntos —dijo Alexander usando un tono de voz tranquilo—. Volviste a Rusia con Vasya.

—Sí, pero lo nuestro fue especial —susurró.

La puerta se abrió de golpe y Michael salió al porche, apuntando a Ilenka con un rifle.

—Como en los viejos tiempos, Vlad —dijo ella sonriendo—. Los tres juntos de nuevo.

—Ilenka, somos dos contra uno —aclaró él—. En cinco minutos estarás muerta si intentas algo.

Ella se echó a reír y giró la cabeza para enfrentarlo.

—Hace dos años, Moscú... la misma situación, Vlad —dijo ella—. ¿Qué pasó?

—¡No pasará lo mismo! —gritó Alexander y se acercó un poco más.

Su rostro entró en la luz de las farolas y vi peligro en sus ojos. Observé como cualquier rastro de compasión desaparecía de su mirada y era sustituida por ferocidad y dureza. Mi cuerpo se tensó, nunca lo había visto así. En cuanto me miró, su expresión se entristeció.

Bajé la vista y mis ojos enfocaron su camiseta manchada de sangre. Negué con la cabeza y aspiré aire con fuerza, pues tenía la respiración entrecortada.

—Estoy bien, Alicia —aseguró él manteniéndose firme—. Todo estará bien, pequeña. —Me guiñó un ojo—. Te lo prometo.

—Ay, qué lindo. —Ilenka soltó una risa amarga—. Nunca me hablaste así, Alexander.

—No lo hice porque lo nuestro fue solo una aventura. Solo te interesaba el

dinero. Pasó una sola vez y eso fue porque estaba borracho y hecho polvo después de lo que pasó en Moscú. Me arrepiento, Ilenka. Me arrepiento de haber sido tan débil...

—¡Cállate! —vociferó—. La voy a matar y no solo a ella, a ti también.

Apuntó a Alexander y chasqueó la lengua.

Vlad dio un paso hacia nosotros y me miró con preocupación. Se notaba la tensión en el aire; nadie respiraba. Intenté tranquilizarme, pero lo único que obtuve fue una sensación de hundimiento en mi interior.

Alexander y Vlad se miraron entre ellos. Traté de dar un paso adelante, pero la pistola de Ilenka se deslizó por mi cuello y me quedé petrificada. Mi respiración se aceleró y sentí mi garganta cerrarse por miedo.

—Esa chica murió en Moscú por tu culpa, Alexander. —Rompió ella el silencio—. Y esta otra niña también.

Colocó la pistola en mi nuca y cerré los ojos. Un fuerte zumbido golpeó mis oídos y una ráfaga de viento recorrió mi espalda. Alguien había disparado.

Capítulo 24

Escuché a Alexander gritar mi nombre y abrí los ojos. Sentí que la mano aflojó su agarre y las lágrimas inundaron mis párpados. Un gemido escapó de mi pecho; la mujer había soltado la pistola y había caído al suelo, delante de mis pies.

Asustada, moví mis ojos de un lado a otro.

—Tranquila, Alicia —dijo Alexander alarmado—. Estás bien; estamos bien.

Temblaba de verdad y cuando mis ojos encontraron el cuerpo de esa mujer sin vida, me mordí el labio, conteniendo los sollozos.

—Shhh... —susurró y me abrazó—. No llores, por favor. Sé que estás asustada, lo siento.

—Me asusté; ella de verdad quería matarnos. —Tragué, tenía la garganta seca.

—No tenía ninguna oportunidad.

En ese momento parte de la tensión abandonó mi cuerpo. Me sequé las lágrimas y me puse a inspeccionar su cuerpo. Tenía la camiseta llena de sangre y la intensa calidez de su cuerpo me estremeció.

—Te dispararon. —No podía ocultar mi preocupación.

—No es nada, pero no me importaría que me cuides. La última vez lo hiciste muy bien.

Soltó un suspiro y tiró de mí hacia sus brazos. Apoyé la cabeza contra su pecho, amando la sensación de sus brazos a mi alrededor.

—¿Qué piensas? Necesito saberlo, Alicia.

—¿Tu nombre es Alexander? —pregunté y él asintió con la cabeza—. Me gusta...

—¿Qué más? Me estás matando con esta incertidumbre.

—¿Qué significó ella para ti? ¿Cuánto tiempo fuisteis juntos?

—No significó nada. Fuimos compañeros de trabajo durante muchos años y...

—¿Y?

—Hace tres años, una chica llamada Sandra fue raptada de su casa por mi jefe Sergei. —Se frotó la cabeza y soltó una larga espiración—. Sentí pena por cómo la trataban y la ayudé a escapar. Nicolai se enteró y envió a Ilenka para recuperarla. La tenía agarrada por el cuello como a ti cuando le disparó en la cabeza. —Cerró los ojos—. Esa chica no tenía la culpa de nada. Me pasé semanas emborrachándome hasta que el alcohol me cegó por completo y terminé en la cama de Ilenka. Fue la última vez que bebí.

—Lo siento mucho —susurré y le acaricié la mejilla.

—Por un instante pensé que iba a matarte. Me asusté, Alicia y yo no acostumbro a tener este sentimiento en mis huesos. Nunca sentí miedo por nada. Aprendí a luchar contra la oscuridad y crear una nueva realidad —susurró—. No quiero perderte.

Lo medité unos instantes y dejé que mi cerebro asimilara sus palabras.

—No te vas a librar tan fácilmente de mí.

—Lo sé. —Me miró de frente, con sus ojos negros más fijos que nunca—. Ya me tienes atrapado.

Una sonrisa pícara apareció en sus labios. Nuestras miradas coincidieron y enredó los dedos de su mano izquierda en mi cabello, acunándome la cabeza antes de reclamar mi boca con un beso. Sus labios eran llenos y cálidos. Hizo algo más que besarme, me devoró con hambre. Mi lengua salió a jugar con la suya y mis manos estaban por todas partes.

Con un último profundo beso, movió su boca abajo, a lo largo de mi

mandíbula y pasó la lengua por mi cuello. Sus manos nunca dejaron de tocarme y me estrechó hasta que me estremecí entre sus brazos.

—Vlad se lleva un buen espectáculo —susurró.

Giré la cabeza y miré por encima de mi hombro izquierdo. Vlad estaba apoyado en el marco de la puerta y tenía una sonrisa sincera en sus labios.

—Podéis seguir; iré a dormir —murmuró y entró en la casa.

Me di cuenta de que él se había llevado el cuerpo de esa chica y había limpiado la sangre.

—Mañana nos espera un día largo. Vamos dentro. Tienes que curar mis heridas —dijo en un tono tierno.

—Me convertí en tu enfermera personal —sonreí—. Ahora que lo pienso mejor, creo que encontré la razón por la que irrumpiste en mi vida.

—Mmm, déjame pensarlo. Compré el piso de tu hermano porque sabía que tú estabas allí y lidié un maléfico plan para contratarte. Eso debe ser. —Frunció el entrecejo y se echó a reír.

—Muy divertido, pero deja de reír. Estás sangrando. —Presioné una mano en la herida de su hombro.

—Estoy feliz. —Agachó un poco la cabeza y besó mis labios—. Feliz de tenerte en mi vida.

Capítulo 25

Escuchaba con atención la conversación que mantenían Vlad y Alexander. Los detalles del plan que lidiaron tenían sus pros y sus contras. Podíamos salir ilesos o heridos, no había otra salida. Me di cuenta de que los dos pensaban de la misma manera y que el odio que sentían hacia Sergei era muy fuerte, como un veneno.

—Él sabe qué estáis aquí —dijo Vlad—. Tenéis que huir; si os encuentra, ya lo sabes…

—Eh, sí —contestó Alexander pensativo.

—No os puedo ayudar con mucho más. Intentaré contactar otra vez con Antonov y decirle que quieres eliminar a Sergei. —Lo miró fijamente como si quisiera decirle algo con la mirada—. Sabes que él desea tomar el lugar de Sergei y seguro que te ayudará. Cuenta con mi apoyo también.

—No, esto es algo que tengo que hacerlo yo solo. —Frunció el ceño hacia él, muy serio.

—Te entiendo, pero es peligroso. Sabes muy bien que Sergei es capaz de cualquiera cosa.

—Yo también, Vlad.

Se frotó la mandíbula con la mano.

—Quiero ayudar —murmuré—. Estamos juntos en esto.

—No puedo dejar que arriesgas tu vida por mí. —Me miró con una expresión cautelosa.

—¿Pero tú sí? —Contuve el aliento.

—Yo sí, y deja de protestar. No te quiero allí y punto.

Crucé los brazos sobre mi pecho y lo miré fijamente.

—Está bien. De todos modos, ni siquiera sé cómo disparar con una pistola —dije con fanfarronería.

Odiaba esa máscara fría que usaba para apartarme, y el tono de voz mordaz que empleaba para asustarme. Me dolía y no podía dejar de preguntarme qué había detrás de esos hermosos ojos negros y que ocultaba con tanto empeño.

De esa manera, vagando entre un mar de dudas cada vez más amplio, caí en un profundo sueño.

Me desperté con el sonido de un disparo. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Estaba sola en la cama y llevaba puesto mi pijama. Por lo menos, mi ropa interior era la misma. No quería imaginarme lo que había pasado y cómo había llegado allí.

No quería bajarme de la cama. Quería quedarme en mi mundo de sueños, dónde Alexander me apretaba contra su pecho, donde me besaba y me hacía el amor. No obstante, los disparos no paraban de escucharse y, de mala gana, me deslicé fuera de la cama. Caminé a la ventana y abrí las persianas.

Por el rabillo de mi ojo, vi movimiento. Alarmada, me cambié de inmediato de ropa y bajé las escaleras corriendo.

Una vez que estuve fuera, me paré en el porche y busqué con la mirada a Alexander. Lo encontré a tan solo unos metros, disparando botellas vacías. Me quedé atónita, su precisión era increíble y absorbía el retroceso sin problemas.

—Es muy bueno —comentó Vlad en voz baja—. Recuerdo que, de pequeño, ese chico no dejaba su pistola. Dormía con ella diciendo que la necesitaba para defenderse en sus pesadillas.

—¿Pesadillas? —pregunté tragando saliva.

—Eso es algo que te lo tiene que contar él. —Lo miró con admiración—. Ese hombre es audaz y admiro su capacidad para aguantar el dolor.

Giré la cabeza para mirarlo, y aunque tenía tres heridas de balas en el hombro izquierdo, no paraba. Su fuerza era increíble.

—Espero que algún día me lo cuente todo.

—Lo hará cuando esté preparado.

Vlad apretó mi brazo y entró en la casa. Mis ojos viajaron de nuevo hasta dónde estaba Alexander y, en ese momento, él se giró y encontró mi mirada. Una sonrisa le iluminó la cara y bajó la pistola.

—Ven aquí. Quiero enseñarte algo.

Mi cuerpo empezó a moverse instintivamente hacia él y cuando llegué a su lado, dejé de respirar. Bajé la vista a su mano, la que sostenía la pistola y mi corazón se disparó. Nunca pensé que iba a necesitar un arma, una que posiblemente podría matar a alguien. Si la usaba, sería en defensa propia.

—No quiero causarte otra herida —repuse—. La última vez, reventé los cristales de tu coche.

—Tendré cuidado —dijo con una sonrisa.

Me colocó la protección de oídos y estiró la mano. Miré la pistola y traté de bloquear las emociones que se filtraban dentro de mí. Necesitaba aprender a disparar, Sergei había enviado asesinos para matarnos.

—No sé qué tengo que hacer —dije.

—Déjame enseñarte. —Colocó el arma en mis manos y el frío metal envió un estremecimiento a través de mí. Mi corazón latía con fuerza ante la idea de tener que usarla.

Alexander se colocó detrás de mí, demasiado cerca; su cadera rozaba mi culo y no podía concentrarme. Agarró con sus manos las mías y acercó sus labios a mi oído.

—Apunta a las botellas que quedan en pie. —Me levantó los brazos para guiarme—. Eso es. Ahora, aprieta el gatillo. El seguro no está puesto.

Mi mente se nubló; sin embargo, encontré una manera de desconectarme de

mí misma. Me mantuve firme y sin miedo, disparé. La fuerza empujó mi hombro hacia atrás con violencia, pero Alexander agarró mi brazo a tiempo para mantenerlo firme.

—Lo hice mal. —Me volví hacia él, la bala había golpeado el árbol que había detrás.

—No está mal para una primera vez —dijo y levantó los cascos protectores.

—Creo que tenerte a mi lado no ayuda. No puedo hacerlo contigo detrás de mí. —Lo miré por encima del hombro—. Tienes que alejarte.

—Te equivocas. Tienes que hacerlo con cualquier tipo de distracción —dijo relamiendo sus labios—. Apunta de nuevo.

Puso mi protección auditiva en su lugar y besó mi cuello. Mis manos temblaron y el disparo salió precipitado, la bala alcanzando de nuevo el árbol.

—Es mi primera vez, dame un respiro aquí —gruñí.

—Si sigues así, vas a morir —dijo lo suficientemente alto para que lo escuchara.

Tienes que apuntar a la botella y respirar profundamente antes de apretar el gatillo.

—Es fácil para ti decirlo, tienes experiencia.

—Sí, tengo. Pero recuerdo a la perfección la primera vez que disparé. Lo hice tan mal que me dejaron sin comida durante una semana. Tenía tan solo cinco años y creo que la pistola pesaba más que yo.

—Lo siento…

—No tienes que hacerlo, no tienes la culpa de nada. Entiendo que estás asustada, pero tienes que ocultar ese sentimiento. Estamos en peligro. —Las palabras sonaron simples, pero tenían un gran significado. Tenía razón, el miedo estaba sobrevalorado.

—Lo intento, pero no puedo.

—Inténtalo otra vez e ignora lo que sientes; ignora mis besos, mis caricias, ignora el viento, el sol y los pájaros. Si lo consigues, tendrás un premio.

—¿Un beso?

—No todo se resume a eso. Es otra cosa, te gustará.

—Conseguiste motivarme.

—Entonces, lo harás muy bien. —Su mano acarició mi pecho y su pulgar apretó mi pezón.

—No puedo disparar si estás haciendo esto. —Nerviosa di una palmada a su mano.

—Entonces le daré tu premio a Vlad. No es de su estilo, pero estoy seguro de que en su círculo de amistades habrá alguna chica especial que lo lleve encantada.

—No es justo. Me estás chantajeando…

—Te estoy presionando, te estoy provocando y te estoy enseñando cómo hacerlo bien. No podemos permitirnos ningún fallo. —Hablaba en voz baja y pausada.

—Es humano equivocarse. —Me encogí de hombros.

—Puede costarte la vida. ¿Quieres morir?

—No, pero…

—Deja de protestar y hazlo bien —repuso, agotado.

—Quiero ver como lo haces tú.

—Ya lo has visto —gruñó—. Has visto demasiado.

—Quiero hacer lo mismo que tú. Quiero besarte, presionarte, excitarte…

—¿Excitarme? —Enarcó una ceja—. Eso lo tienes difícil. No me derrito con un beso.

—No me refiero a un beso. Me refiero a… —Bajé la vista a su entrepierna y tragué saliva.

—Oh, no. Eso no… no aquí, joder.

—¿Por qué? —Alcé la mirada y sonreí—. ¿Demasiada presión? ¿Demasiado peligro? ¿Crees que Vlad nos pillará? Yo diría que es justo lo que necesito para ver si tú puedes hacerlo.

—Puedo hacerlo, Alicia. No me provoques. —La seriedad de su voz cortaba el aire.

—Empezaste tú. —Lo señalé con el dedo.

—Quiero que aprendes a disparar sin miedo y con precisión. Nada más.

—Claro, y mientras, puedes toquetearme todo lo que tú deseas. Yo también quiero tocarte.

—Tócame y habrá consecuencias. —Se aclaró la garganta y tomó la pistola.

Cerré los ojos y conté hasta diez. Necesitaba calmarme y seguir como si sus palabras no me afectaron, mostrarme fuerte e indiferente. Enterré todo lo que estaba sintiendo en una pequeña esfera e hice mi mayor esfuerzo para desconectarme de ese momento, concentrándome solo en la conversación.

—¿Consecuencias?

—Una de ellas es mi silencio. —Cargó la pistola y apuntó—. Otra es mi indiferencia.

—Eres malo —susurré—. Convertiste un juego en una pesadilla.

Mi pulso tembló por un segundo en respuesta a la rabia que sentía, pero me obligue a mí misma a seguir mirándolo con serenidad.

—Te dije que no soy nada bueno y que todo lo que toco se marchita. Y ahora, tócame.

—No lo haré, no así. —Le lancé una mirada irritada por encima de mi hombro.

—Muy bien.

Disparó tres rondas seguidas y las botellas cayeron al suelo en trozos pequeños. Bajó la mano y giró la cabeza. Su mirada encontró a la mía y por un instante vi arrepentimiento.

—Voy a entrar en la casa. —Solté un bufido.

—Espera. —Agarró mi muñeca y tiró con suavidad—. Todo lo hago mal; no dejes que esto te afecte. ¿Me perdonas?

—Solo si me enseñas a disparar de otra manera y quiero mi premio.

Esbozó una sonrisa.

—Lo haré —dijo tras un momento de vacilación.

Se acercó y dejó el arma en mis manos. Acarició mis dedos y suspiró. Me

miró a los ojos, y su intenso escrutinio me perturbó. Se inclinó hacia delante y atrapó mi boca con la suya. El beso comenzó suave, tierno y con pequeños mordiscos, luego se volvió intenso con succiones y tensas respiraciones.

—Estoy jodido, pero contigo me siento vivo —dijo en voz baja, lastimera —. Te enseñaré un truco.

Agarró mis manos y las levantó en el aire, a la altura de mis pechos.

—Mi profesor quiere estar a la altura. —Le sonreí.

—El único que vas a tener. —Me besó—. Intenta jugar con el gatillo mientras tranquilizas tu respiración. Acarícialo y familiarízate con su forma. Tu dedo tiene que convertirse en uno con este pequeño chisme.

Tomé esos nuevos consejos con facilidad y me alejé un poco. Lo sentía detrás de mí, pero dejé de respirar por un segundo y me concentré. Una hormigueante sensación recorrió mi espalda y mis dedos apretaron con fuerza la pistola.

—Relájate. —Colocó las manos en mis codos y mantuvo firmes mis brazos.

Ignoré la respiración que me hacía cosquillas en el cuello y apreté el gatillo. La bala pasó silbando por encima de la botella y voló lejos.

—Sigo haciéndolo mal. —Sacudí la cabeza con pesar.

—No, mucho mejor. —Guardó el arma—. Estoy muy orgulloso de ti. Ahora toca darte tu premio. Vamos dentro. Lo tengo guardado en mi maletín.

Acepté con un asentimiento.

—Recuerdo cuando vi por primera vez este maletín. Fue cuando me metiste en la ducha y me desnudaste. —Alcé la mirada—. Esa noche podrías haberte aprovechado de mí, pero no lo hiciste, ¿por qué?

—Porque me gusta que las mujeres estén conscientes cuando pasan la noche conmigo, porque tú eres diferente y porque me gustas.

—¿Así de simple?

Lo pensó un instante, para asentir enseguida despacio con la cabeza.

—Así que tienes algo más escondido en este maletín.

—Sí. —Lo abrió y metió la mano dentro de un bolsillo secreto—. Le tengo mucho cariño.

—¿Qué es?

—Es una pulsera de plata. —Agarró mi muñeca y la examinó—. Creo que fue de mi madre. Cuando me llevaron al orfanato la llevaba en el bolsillo de mi chaqueta. No me separé de ella ningún día. Es como mi talismán de la suerte.

—No la quiero; es tu recuerdo.

—Ya encontré mi felicidad; no la necesito más. Quiero que la lleves tú.

La colocó alrededor de mi muñeca y cerró el cierre. Llevó mi mano a sus labios y besó los nudillos, uno por uno.

—Ahora tú eres mi talismán de la suerte. —Me pasó un dedo por debajo de la barbilla y me obligó a mirarlo—. Me cambiaste la vida.

—No fue mi intención. —Me eché a reír.

—Gracias, Alicia. —Se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla.

Capítulo 26

El viaje parecía una eternidad. Con un esfuerzo controlé mi expresión ceñuda y giré la cabeza.

—¿A dónde vamos? —pregunté por tercera vez.

Era exasperante no recibir respuestas a mis preguntas. Mis nervios estaban al borde y él ni siquiera se molestaba en hablar conmigo. Habíamos salido muy temprano de la casa de Vlad y no había hecho ninguna parada. Revisé mi reloj y vi que eran las dos y media de la tarde.

—¿Queda mucho? Tengo hambre —dije inclinando mi cabeza atrás para mirar su cara.

—Estoy cansando de conducir tanto; intenta no molestarme con tus preguntas —gruñó sin despegar ojo de la carretera.

—Solo quiero saber a dónde vamos —murmuré sin expresión—. Entiendo que estás agotado, pero yo también. Mi cuerpo está entumecido y…

Frenó de golpe y salió de la carretera. Estacionó en el arcén de emergencia y se apresuró a abrir la guantera.

—Necesito silencio —gruñó—. Quiero que te calles.

Removió dentro con movimientos bruscos y luego sacó la mano. Cuando vi lo que había encontrado, agrandé los ojos con incredulidad.

—¡Oh, no! —chillé mientras intentaba quitarme el cinturón de seguridad.

—Oh, sí —dijo él con malicia.

Desbrocé el maldito chisme y me deslicé fuera de mi asiento justo cuando

intentaba agarrarme por el brazo.

Empecé a correr por el campo y la voz de Alexander vino de atrás; sonaba preocupado y enfadado. Mis pulmones ardían y mi respiración se volvió entrecortada mientras trataba de cruzar un camino de piedras.

—Deja de correr. No voy a hacerte nada —gritó él, pero no miré atrás.

No obstante, tropecé y me caí al suelo. Mis manos aterrizaron en algún lugar delante de mi cara y mis piernas se deslizaron por las piedras, haciéndome gritar de dolor.

—¡Dios mío! —exclamó Alexander y se echó a reír—. Solo a ti te podía pasar esto. Ven, dame la mano, te ayudaré.

—No te acerques, no necesito tu ayuda. —Escupí la tierra que me había tragado—. Quieres amordazarme. Mantente lejos de mí.

—Estás sangrando. No voy a intentar nada, ya no. —Estiró una mano y se mordió los labios para no reír—. Pero no prometo hacerlo otro día.

El sol caía sobre mis hombros y el calor aumentó el dolor. El polvo cubría mi cuerpo de la cabeza a los pies y mis ojos picaban. Gruñí y me puse de pie, ignorando su mano estirada. Di un paso hacia delante y sentí una fuerte punzada en mis rodillas, atravesando mis piernas.

—Ay, ay, ay… —dije, con una voz aguda y casi un chillido.

—¿Estás bien? —preguntó él riendo.

—No te rías. Me duele mucho. —Miré con horror mis rodillas.

—¿Y qué quieres que haga? Esto es divertido.

Puse los ojos en blanco y luego lo miré un momento antes de echarme a reír.

—Ven. —Se acercó con cautela—. Aférrate a mis hombros. Te llevaré en brazos.

Asentí con la cabeza y pasé mis manos alrededor de su cuello. Él me levantó y me cargó hacia la carretera. Mi cuerpo se sentía increíblemente agotado y dolorido. Sin embargo, no pude evitar sonreír.

—Créeme que a mí también me parece divertido esto —dijo en voz baja—. Pero hay que reconocer que tus heridas son graves.

—Y duelen mucho...

—¿Cuándo vas a dejar de comportarte como una niña? —suspiró.

—Cuando me harás mujer. —Se paró en seco y me miró confuso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—Nada —mentí—. Muévete; me duelen las rodillas.

Asintió despacio, como si me escudriñara. Sabía que tenía que decirle algo más, pero me callé; no fui capaz de encontrar las palabras.

Me estrechó contra su pecho y empezó a caminar de nuevo. Ignoré el dolor porque me sentía a gusto, segura y completa. Me había enamorado de ese hombre, mucho y muy deprisa. Y en ese momento, lo único a lo que podía aferrarme era que él también me quería y que había una esperanza para que nuestra relación funcionara.

Llegó delante del coche y me puso de pie mientras evitaba mirarme a los ojos. Abrí la puerta del copiloto y tomé una botella de agua. Busqué en la bolsa unos pañuelos de papel y me senté en el suelo para limpiarme.

Escuchaba como maldecía en voz baja y como daba patadas al suelo.

Cuando los ruidos dejaron de escucharse, una sombra tapó mi vista. Levanté la cabeza y entrecerré los ojos.

—No me gustan las mentiras, Alicia —se limitó a decir.

—A mí tampoco, así que somos dos. —Le dediqué una mirada de puro desafío.

—Quiero la verdad ahora mismo —exigió.

—¿De qué hablas? —dejé de mirarlo y volví a limpiar mis heridas.

—No te hagas la tonta porque no funciona conmigo.

Me levanté del suelo ignorando el dolor que me provocaba las heridas y le dediqué una sonrisa trémula.

—¿Quieres la verdad? —Enarqué una ceja.

Me humedecí los labios y me acerqué un paso. Apoyé las manos en su pecho y noté el latido de su corazón, fuerte y rápido como el mío.

Traté de ver la respuesta en su rostro, pero su expresión era indescifrable.

Frustrada, solté un suspiro lento y suave.

—Soy virgen. ¿Contento? —dije sin poder disimular mi indignación.

—¿Virgen? —Me miró con asombro—. ¿Quién es virgen a los veinte años hoy en día?

—¿Quién? Pues yo, ¿algún problema con mi virginidad? —Inspiré hondo—. Y quiero seguir así hasta casarme. Quiero casarme virgen.

—Suerte con eso, niña. —Me agarró por la cintura—. Yo no pienso aguantar tanto tiempo. —Su mirada se fijó en mis labios—. Y por cómo tiemblas en mis brazos, tú tampoco lo harás.

—No es verdad. —Aparté la mirada, incómoda.

—¿Terminaste de limpiar las heridas?

Asentí con la cabeza despacio y lo miré por encima de mi hombro. Me mordí el labio inferior cuando se agachó para abrir el capote. Ese culo sexy que enseñaba y esos brazos fuertes, me hicieron temblar de deseo.

—Deja de mirarme y sube al coche. —Cerró el capote y se acercó a mí.

—Tú también me estás mirando.

—Eso es porque tienes la cara sucia. —Rio, lo que me ayudó muchísimo a sentirme mejor.

—Es por tu culpa.

—Sabes que nunca te haría daño.

—Pero querías taparme la boca…

—Quería asustarte para que dejaras de hablar. —Alargó la mano y me acarició la mejilla con ternura.

—Lo conseguiste. —Esbocé una sonrisa tímida.

—Siempre consigo lo que me propongo —dijo, mirándome directamente a los ojos.

—Deja de hablar y bésame; lo deseas tanto como yo.

Me abrazó con fuerza y me plantó un beso en los labios, tierno aunque apasionado. Su lengua encontró a la mía y me aferré a sus hombros para no caerme. Hubo un mordisco con los dientes y mi cabeza empezó a dar vueltas.

Me derretí contra su cuerpo y me perdí en la sensación de su boca.

—Pronto serás mi mujer. —Me miró con una emoción brillante en su mirada.

Entonces, cómo subrayar sus palabras, me puse de puntillas y lo besé en la boca.

Capítulo 27

Me bajé del coche y entrecerré los ojos. Un edificio en ruinas se vislumbraba oscuro contra el cielo azul como un castillo antiguo en una película de terror.

—¿Qué es este lugar? —Hubo un ruido y me estremecí.

—Es un viejo almacén que utilizó mi jefe para entrenar a las personas como yo. Aquí tengo escondidas algunas cosas que necesito. —Cerró la puerta y se acercó—. Te quiero pegada a mi espalda. No te separes de mí en ningún momento.

Me aferré a su camiseta y empecé a caminar detrás de él. Sacó una pistola y mi estómago se hundió. Escaneé el paisaje a mi alrededor. Las colinas de hierba seca, los rodales de árboles y un montón de escombros esparcidos alrededor del edificio. Era una escena extraña, todo el lugar parecía de alguna manera muerto.

Metí las manos por debajo de su camiseta y me enderecé. Sus músculos firmes y su piel caliente enviaron un escalofrío por todo mi cuerpo y apreté con fuerza su cintura.

—No puedo andar contigo así. —Se paró y agarró mis manos—. Guarda una distancia.

—Tengo miedo. Este lugar es terrorífico.

Aflojó su agarre y deslicé mis manos hacia arriba por su pecho. Su cuerpo se tensó cuando descansé una palma contra su corazón acelerado.

—Tú también estás asustado —susurré.

—Estoy excitado, Alicia. Y esto es por tu culpa. Para o me veré obligado a encerrarte en el coche.

No le hice caso y seguí acariciando su piel con mis dedos. Rodeé su cuello y me humedecí los labios.

—No vas a conseguir lo que deseas —gruñó.

—Esto ayuda a quitar el miedo. Déjame hacerlo.

Giró su cuerpo con brusquedad y me levantó en el aire. Me cargó hasta su coche y me dejó en el suelo.

—Elige, Alicia. —Me empujó hacia atrás, para apretar su cuerpo contra el mío—. O entras en el coche por tu propia voluntad o lo haré por ti.

—No entraré porque no quiero separarme de ti. Y deja de ser tan gruñón, ya no me asustas.

Él entrecerró los ojos y agachó la cabeza hasta que sus labios rozaron mi cuello. Gemí bajito cuando me besó, lo hizo tan lento y suave que se me escapó un suspiro.

Su forma de besar era única y especial porque podía sentir al mismo tiempo su sufrimiento y su cariño, una mezcla de dos sentimientos intensos que me recorría el cuerpo cada vez que lo tenía cerca.

Sus labios siguieron una línea recta hasta la comisura de mis labios y se apartó para mirarme a los ojos.

—Si te beso en los labios, ¿obedecerás?

—Sí. Por favor...

Me acarició la mejilla con el dorso de su otra mano y se acercó aún más.

—Estás haciéndome muy difícil ser un caballero —suspiró—. No me estoy quejando, es solo que no quiero presionarte, no ahora. Estamos en un lugar donde los malos recuerdos están a la esquina, vigilándome.

Bajó la mano hasta mi cuello y empezó a darme suaves caricias. Un aliento entrecortado salió de mis labios mientras mi corazón bombeaba con fuerza en mi pecho. Cerré los ojos, disfrutando de la sensación de sus dedos en mi nuca.

Tenía la sensación de estar al borde de un precipicio, sin embargo, dispuesta a lanzarme a lo desconocido. Dejé escapar un suave gemido cuando lo sentí presionar contra mi cadera. Era malditamente caliente.

—Jesús, mujer.

Escuché un áspero suspiro y abrí los ojos de golpe.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Tienes idea de cuanto te deseo ahora mismo? —Inhaló profundamente. Su mirada me quemaba, una intensa tormenta negra.

Solo oírlo pronunciar aquellas palabras disparó el latido de mi corazón.

—Eh, yo...

Entonces me agarró y presionó sus labios en mi boca, aplastando los míos. Me abrazó con fuerza y su beso me dejó mareada. Un millón de impulsos nuevos y distintos peleaban en mi interior: seguir con el beso, olvidarme de todo lo que nos rodeaba y dejarme llevar por la pasión, o decirle que parara.

Me aferré a él con desesperación y dejé que el fuego que desprendían sus labios y sus manos quemara mi cuerpo, mi alma y mi corazón. El torrente de nuevas sensaciones era increíble y tan solo nos separaba la ropa para arder en el remolino de la pasión.

—Alicia... —susurró él en mi boca. Me tomó el trasero y me acercó más, aplastándome contra el coche—. Dios, no tengo suficiente de ti, pero tenemos que parar.

—Tienes razón. —Lo miré avergonzada.

—Entra en el coche y espérame. No tardaré.

Capítulo 28

Alexander regresó después de una media hora, con una bolsa negra y grande en las manos. Entró en el coche y la dejó encima de los asientos de atrás.

—¿Ya lo tienes? —pregunté.

Él asintió, pero la expresión de su rostro no parecía convencida.

—Sí, vámonos de aquí.

Arrancó el motor del coche y giró el volante hacia la izquierda.

Ya no estaba asustada, pero tenía el estómago en nudos. Llevábamos bastantes días huyendo y con el peligro a cada esquina, pero no me acostumbraba a ese estilo de vida caótico.

No pasaron ni cinco minutos hasta que sentí que algo iba mal.

—¿Pasa algo? —Me volví hacia él.

—Nos están siguiendo —espetó y miró por el espejo retrovisor—. Abre la bolsa y coge dos pistolas.

Me quité el cinturón de seguridad y me estiré para abrirla.

—¡Madre mía! Esto es ilegal —chillé cuando vi las pistolas, los rifles, las granadas y los binoculares.

—Mi trabajo también es ilegal —dijo en modo convencional—. Dame las pistolas.

Vacilé unos segundos antes de cogerlas. Empecé a odiarlas, y la sensación que sentía cuando las tenía en mis manos era de vértigo. Cerré la bolsa y me senté en el asiento con la mirada fija en las dos armas.

—Una es para ti —dijo y giró bruscamente el volante hacia la derecha.

—No la quiero. —Mi voz se quebró mientras hablaba.

—No tenemos tiempo para tonterías. Te necesito aquí, en alerta y disparando si hace falta.

El coche se adentró por una calle estrecha y cerré los ojos.

—Nos vas a matar.

—Yo no, pero las personas que nos siguen lo harán seguro. Dame la pistola y prepárate para disparar.

Abrí los ojos y se la di. Miré como le quitó el seguro y tragué saliva. Un choque lateral me sobresaltó y la otra pistola resbaló de mis manos. Cayó al suelo y se deslizó hasta el pedal de aceleración.

—Reacciona, joder —vociferó.

—No me grites.

Miré por el espejo retrovisor como el otro coche se acercaba y tapé mis oídos. El pánico se había apoderado de mí y no había manera de tranquilizarme.

—Ey, lo siento. —Apretó mi mano y la bajó con delicadeza—. No quería gritarte, pero tienes que reaccionar. Si no disparas, nos matarán. ¿Quieres eso?

—No. —Esbocé una sonrisa triste.

Prestó de nuevo atención a la carretera e hizo un par de maniobras para dejar atrás el otro coche.

Me agaché para coger la pistola y los cristales reventaron.

—Quédate allí —ordenó con voz grave—. No te levantes hasta que te lo diga yo.

El coche tomó un par de curvas y se movió de un lado para otro hasta que acabé entre las piernas de Alexander.

—Sabes, si no fuera por esta situación tan peligrosa, me hubiera reído de ti…

Un ruido ensordecedor retumbó en mis oídos, y el coche se detuvo de golpe.

Alexander arrancó el motor de nuevo y pisó al fondo el acelerador. Me

aferré a sus piernas y cerré los ojos. Los disparos no paraban y mi cuerpo se movía de un lado a otro, golpeando las rodillas de Alexander. Sentí el impacto del otro coche y grité. Mi cerebro dejó de funcionar como debería. La única cosa en la que mi cabeza podría centrarse era que la muerte estaba intentando atraparme.

Las lágrimas bañaron mis párpados y abrí los ojos. Mi temor se sentía pesado y mis manos temblaban.

—¿Qué pasa? —Jadeé entre respiraciones.

—Quédate allí. —Miró hacia abajo—. ¿Estás bien?

—Sí. Sácanos de aquí, por favor. —Sollocé.

Otro impacto llegó como un cuchillo en la oscuridad. Una sensación extraña y una tranquilidad fuera de lo común se sintió en el aire. Me coloqué una mano en el pecho como si eso fuera a ser suficiente para calmar el ritmo galopante de mi corazón.

Los cristales del coche se hicieron añicos, destrozados por otro impacto. El sonido de las balas golpeando el metal vino seguido de una ráfaga de viento característica de toda descarga de artillería. Durante unos instantes todo se volvió borroso y me sentía como si flotara en el aire.

Luego sentí golpes; el coche había volcado y había dado un par de vueltas en al aire antes de estrellarse contra un árbol.

Abrí los ojos y tomé una evaluación mental de mi persona. Mi cabeza descansaba en el estómago de Alexander y mi cuerpo yacía en el techo del coche.

Un escalofrío me recorrió. El rostro de Alexander estaba lleno de sangre y él no se movía. Le quité el cinturón de seguridad y su cuerpo pesado cayó al lado del mío.

Sentí olor a gasolina y me mordí el labio, conteniendo los sollozos. Necesitaba sacarlo fuera del coche antes de la explosión.

Mi cuerpo se congeló ante una voz masculina que se escuchaba desde el exterior. Tiré de Alexander para sacarlo fuera, pero fue sin éxito. Me sentí

inútil.

Unas manos ásperas se clavaron en mi cintura y tiraron con fuerza hasta que me sacaran a rastras del coche. Me congelé al instante, pero apreté la mandíbula y grité impulsivamente tan fuerte como pude.

—¡Suéltame! —Mi cabeza palpitaba—. ¡Ayuda!

—Cállate —rugió la voz.

Arrastró mi cuerpo por el suelo lleno de cristales rotos y balas como si fuera un saco de patatas. Me retorcí violentamente, moviendo mis manos y mis pies en todas direcciones.

—¡Alexander, despierta! —grité una vez más—. Sal del coche.

El hombre me golpeó con fuerza en la mejilla derecha y me tapó la boca. Mientras yacía en el suelo, una fuerte explosión iluminó mi rostro. El fuerte calor de las llamas quemaba mis ojos, pero no era capaz de reaccionar. Las lágrimas corrían por mis mejillas obligándome a contener mi respiración.

Alexander no había salido y el coche ardía delante de mí como una hoguera de San Juan. Incapaz de hacer cualquier otra cosa, cerré mis ojos y lloré a mares.

Capítulo 29

El olor a humo y a neumáticos quemados devolvió mis pensamientos al presente.

—¡Alexander! —grité entre frenéticos sollozos—. Vuelve conmigo, por favor.

Tenía un terrible dolor de cabeza y mi visión era borrosa. Asustada, intenté enfocar mis ojos en la oscuridad. Ese hombre me había atado; una cuerda fina rodeaba mis muñecas y mis tobillos. ¿Dónde estaba?

—Esto no puede ser real —lloriqueé—. Esto es un sueño o es una pesadilla.

Una puerta se abrió con un chirrido y dos hombres trajeados entraron a grandes zancadas. Uno de ellos se agachó y me agarró por los brazos. Sentía mis miembros rígidos y entumecidos. Quería luchar, pegarles y correr lejos. Pero no podía, su agarre era fuerte y me arrastraba fuera de ese lugar oscuro sin ni siquiera agitarse.

—Suéltame, imbécil —dije frenéticamente.

—Cállate —bramó el otro con un acento raro; era el mismo que tenía esa mujer Ilenka.

Me estremecí de miedo, eran matones rusos. Unos hombres insensibles y sin corazón que se no se inmutaron ante la explosión. Alexander había muerto en aquellas llamas de fuego y ellos ni siquiera habían intentado salvarlo.

Sin demora, aflojó su agarre y abrió una puerta de hierro. Estaba a punto de gritar de nuevo cuando mi boca se cerró de un chasquido. Realmente eso no

ayudaba porque Alexander ya estaba muerto y yo era la siguiente.

Era un día tranquilo ahí fuera, las aceras vacías y nadie a la vista. El sol de la tarde brillaba a través de las ramas de los árboles, enviando manchas de luz y sombras sobre el suelo. En el medio de la calle estaba el coche quemado, como una ruina después de una guerra infernal.

Los matones me llevaron hasta la parte trasera del edificio y me empujaron al suelo, delante de un coche negro y lujoso. Se apartaron y me apuntaron con las pistolas.

Traté de liberar mis manos, pero la imagen del rostro ensangrentado de Alexander cruzó por mi mente y me dobló, me dejó sin fuerzas.

La puerta trasera del coche se abrió y mi corazón dio un vuelco. Vi como un hombre mayor, con el rostro desfigurado en la parte izquierda, se bajaba con la ayuda de un bastón de madera maciza. Caminó hasta donde estaba yo y, cuando me miró, los vellos de mis brazos se erizaron. Parecía el Diablo en persona, con ojos furiosos y mandíbula apretada.

Aspiré hondo y sentí un temblor en el cuerpo.

—Mátala, ya no la necesitamos —ordenó sin dejar de mirarme a los ojos.

Bajé la vista a mis manos y tiré con fuerza hasta que la cuerda resbaló de mis muñecas. Me dolía y la sangre empapaba mis manos, pero había conseguido liberarme.

Con una valentía inexplicable, me levanté del suelo y le di una bofetada con toda la fuerza que conseguí acumular en tan poco tiempo. Su rostro giró hacia un lado y cuando levanté otra vez la mano, recibí un golpe en la espalda que me dejó sin aliento. Caí de rodillas delante de él y escupí en sus zapatos de charol.

Uno de los hombres me agarró por el codo y alzó la mano como para golpearme.

—No vale la pena, Vasya. Tan solo haz tu trabajo y mátala de un tiro.

Sus palabras enviaron un escalofrío de pánico a mi ánimo. Él era cruel y con un odio incandescente en los ojos. Permanecí inmóvil como una piedra cuando

su expresión se convirtió en una mueca socarrona. Se tocó la mejilla dolorida y la frotó con detenimiento mientras respiraba con dificultad.

Dio un paso hacia delante y agarró mi barbilla con sus dedos. Su agarre hundió mi corazón hasta el fondo de mi estómago.

—Deja de luchar. Por tu culpa perdí a mi mejor hombre. —Me soltó—. Lo entrené yo mismo. Fue como un hijo para mí.

—Eres un maldito asesino —bramé mirándolo.

—Todos mis hombros lo son, pero él era el mejor de todos. Mataba con una facilidad impresionante. —Su voz era grave y extrañamente serena—. Sabía que matando a sus padres y dejándolo solo en el mundo, lo cambiaría para siempre. Ese corazón que una vez estuvo alegre y vivo, dejó de latir cuando le ofrecí mi protección. El odio que almacenó en su interior hacia el asesino de sus padres lo transformó en un hombre frío y sin sentimientos. Lo había convertido en una máquina de matar y tú me lo quitaste.

—¡Mentira! —espeté, profiriendo las palabras con desprecio—. Tenía sentimientos y eran muy hermosos. Me amaba.

—¡No sabes nada! —vociferó.

—Me amaba, y ese sentimiento es el más hermoso que un hombre puede tener. —Me levanté del suelo—. Mataste a sus padres, pero no mataste su corazón.

Me golpeó la cara una y otra vez hasta que sentí el suelo bajo mis rodillas. Abrí los ojos y todo giraba a mi alrededor.

Levanté la mirada y vi como me apuntaba con una pistola.

—*Dasvidaniya*7F[8] —dijo y cerré los ojos.

Capítulo 30

Un disparo en el aire y el chasquido de una bala que se hundía en el metal del coche me hizo abrir los ojos. Me arrojé al suelo y miré a mi alrededor. Ese hombre mayor había desaparecido de mi vista junto con sus dos matones.

Escuché movimientos a mis espaldas y giré la cabeza despacio. Ellos estaban escondidos detrás de los árboles y se hacían señas entre ellos.

Alguien había venido a rescatarme. Por unos segundos me alegré, pero luego recordé la muerte de Alexander y empecé a llorar. Me apoyé contra el coche y miré con horror mis piernas sucias y temblorosas.

Cuando escuché el ruido de nuevos tiros, me tapé los oídos. Las lágrimas nublaron mi visión con una corriente abrumadora de miedo y tristeza que me hundió en la profundidad de mi dolor. Alguien me agarró por los hombros y me levantó del suelo.

—Estás a salvo, deja de llorar —dijo una voz familiar mientras me abrazaba —. Agáchate y no te muevas de aquí.

—Gracias, Vlad.

Lo miré a los ojos buscando alguna noticia buena. Por un instante mi mente me engañó haciéndome pensar que era Alexander quien me hablaba, pero me hice falsas esperanzas; él estaba muerto y nadie podría traerlo de vuelta a mi lado.

—¿Por qué estás aquí? ¿Cómo sabías que necesitaba ayuda?

—Luego hablamos. —Miró por encima de mi hombro—. Ahora necesito que

te quedes aquí quieta.

—Está bien.

Me senté en el suelo y apoyé mi espalda contra el coche. Vlad se agachó y cruzó la calle para esconderse detrás de un árbol.

Se escucharon otros disparos y me moví un poco para ver de dónde provenían. Detrás del último edificio de la calle había dos hombres que acompañaban los disparos de Vlad. Él no estaba solo.

Observé con atención el intercambio de balas y frenéticamente busqué a mi alrededor algo para defenderme.

El ruido cesó y los dos matones salieron de su escondite. Me apuntaron con las pistolas y me puse de pie.

—¡Alicia! —gritó Vlad—. ¡Agáchate, joder!

—Pero...

—Al suelo —ordenó.

Me tapé los oídos y me puse de rodillas. Dos balas impactaron en los cuerpos de esos dos matones y se echaron a correr. Vinieron otros disparos y cerré los ojos. Estaba triste y asustada, había perdido a Alexander y apenas me quedaban ganas de seguir con mi vida aburrida. Él la había cambiado y le había dado otro sentido, otro rumbo que seguir. Con su amor había traído nuevos colores a la vista y estaba feliz de haberlo conocido.

Me dolía pronunciar su nombre y sonreír. Lo único que me quedaban eran los recuerdos y los sueños. Me conformaría con encontrarlo en mi mundo imaginario. Para mí, él seguía vivo.

—Alicia, puedes abrir los ojos —murmuró Vlad mientras tocaba mi hombro.

—¿Es seguro? ¿Están muertos? —pregunté y miré a mi alrededor.

—Todos no. Sergei sigue vivo.

Me puse de pie y lo abracé.

—Tuve tanto miedo —susurré—. Alexander está...

Dejé de hablar porque el momento se sentía frágil. Me moví en sus brazos y me miró.

—¿Quieres decir algo? —Esbozó una sonrisa—. Mejor no lo hagas. Date la vuelta, pequeña.

—¿Por qué? —Mi voz era baja. No podía creer que él estaba sonriendo.

Me giré lentamente y mi corazón dio un brinco de felicidad al verlo, y no sabía si era una ilusión o era él de verdad. La sorpresa me había golpeado en la cabeza como un balde de agua caliente. Cuanto más se acercaba, más grande se hacía mi alegría. Mi mandíbula estaba colgando abierta. No podía respirar. Él estaba vivo.

—Alexander... —Mis labios se presionaron en una delgada línea y luego se levantaron en una sonrisa. Eché a correr, con una sensación extraña en mi pecho; no sabía si reírme o llorar.

Me tomó en brazos y giró conmigo varias veces antes de dejarme en el suelo.

—Te odio, te odio. —Lo golpeé con mis puños en el pecho—. Pensé que habías muerto.

—Lo siento, Alicia. —Me agarró las muñecas para inmovilizar mis manos.

—Eres malo —dije con voz entrecortada.

Él me soltó las muñecas y me acarició la cara con sus dedos. Sus toques eran eléctricos y se sentían muy vivos.

—No me odias —susurró—. Me amas, pero no más que yo a ti.

—¿Me amas? —Mi corazón se aceleró ante su confesión.

—Y no sabes cuánto. —Acarició mis labios—. Más que mi vida, y te lo demostraré todos los días.

Aspiró una bocanada de aire y me besó. Sus labios se movieron sobre los míos antes de que su lengua me hiciera cosquillas en la comisura de la boca, en una silenciosa petición para que la abriera. Mis labios se separaron y su lengua se deslizó dentro.

Alguien se aclaró la garganta y el beso se rompió bruscamente, dejándonos jadeando.

—Nos tenemos que mover, Alex —dijo Vlad apurado.

—Sí, tienes razón. —susurró, presionando sus manos en mi cara. Me atrajo

hacia él y besó mi cara—. Se atrevió a tocarte —murmuró con los labios pegados a los míos—. Pagará por esto y por todo lo que me hizo.

—Estoy bien —dije, pero él negó con la cabeza.

Incliné todo mi peso contra él y lo abracé.

—Nadie puede detenerme ahora. —Dejó de abrazarme para mirarme a los ojos—. Él tiene que morir.

—Él mató a ...

—A mis padres y me convirtió en un asesino. —Apretó la mandíbula con fuerza—. Mi último asesinato será el suyo. Voy a dejar todo esto atrás, por ti. —Me miró esperanzado—. Quiero ser feliz a tu lado.

—Lo serás. —No había duda en mi voz—. Ahora vamos a movernos. Necesito limpiarte las heridas otra vez.

—Eres mi enfermera personal. —Me dio un beso corto en los labios.

—Y tú mi paciente preferido.

—Vamos, Alex —habló Vlad mientras bajaba la ventanilla del coche.

Mis dedos apretujaron su camiseta y me estremecí. Hace poco tiempo pensaba que lo había perdido para siempre.

—No me dejes nunca —murmuré.

—Siempre cuidaré de ti. —Me abrazó—. Eres mi vida.

Capítulo 31

Las cosas entre Alexander y yo se sentían diferentes después de su confesión. Él era más cariñoso, incluso hablaba más. Las horas pasaron volando y deseaba que ese viaje nunca acabara. Por primera vez se había sincerado conmigo y me había contado detalles de su infancia en ese centro militar.

—¿Dónde estamos? —pregunté y miré por el espejo retrovisor.

—Necesitamos hacer un descanso y comer —contestó él mientras se bajaba del coche.

Tomé mi bolso y abrí la puerta. Inspiré hondo y miré a mi alrededor. A mi izquierda había una gasolinera y a mi derecha un pequeño hotel. Era más una estructura de ladrillo y con ventanas de madera. Tenía tan solo dos pisos de altura, pero había un techo tipo castillo en la parte frontal, dándole un extra de dos pisos más.

A mi lado estacionó el otro coche y miré con los ojos entrecerrados como se bajaron Vlad y dos hombres más. No se veían cansados, incluso bromeaban como si nada hubiera pasado. El aspecto aterrador que mostraban era en contraste con las caras sonrientes que tenían.

—No te dejes engañar por la apariencia que muestran —susurró Alexander —. Son bastante tiernos cuando quieren.

—Sí, claro. Si a esos se le puede llamar tiernos, ¿entonces un gatito que es? ¿Una fiera? —Empecé a reír y todos giraron las cabezas para mirarme.

Me tapé la boca para no seguir riendo y di la vuelta.

Durante unos largos segundos no pude oír nada excepto los latidos de mi corazón y mi respiración nerviosa. Entonces, mientras me calmaba un poco y dejaba de sonreír, empecé a oír los ruidos de los coches pasando, voces y pasos detrás de mí.

—Vamos a dar una vuelta —murmuró Alexander y me agarró por la cintura —. Necesitas eliminar la tensión y sé perfectamente cómo hacerlo.

Me besó y se alejó para hablar con los chicos.

Miré hacia el hotel. Podía ver las sombras de las personas a través de las ventanas. No había anochecido, pero el sol se había escondido detrás de unas nubes grises y dejó atrás un cielo oscuro.

—Vamos a ver si tienen habitaciones libres. —Él me agarró de la mano—. Está noche nos quedaremos aquí.

Eso sonaba tentador. Nunca pensé que iba a extrañar tanto dormir en una cama. Caminé a su lado con una sonrisa en mis labios. Me sentía feliz y viva a su lado.

Sentía como si tuviese una razón para sonreír y no era porque había sobrevivido y él estaba vivo, sino porque me sentía amada.

Alexander abrió la puerta del hotel y me dejó pasar. Cuando levanté la vista, vi un pasillo con puertas a ambos lados. Pero, en el medio de la sala, había un espacio abierto con un mostrador. Y detrás, una chica rubia que nos miraba horrorizada.

Mientras caminaba hacia allí, robé miradas al espejo a mi izquierda. Cuando me encontré a mí misma, agrandé los ojos. Tenía un aspecto deplorable; toda mi ropa estaba manchada de sangre y tenía varios moretones en la cara.

Intenté peinarme el pelo con los dedos y forcé una sonrisa amable. El aspecto de Alexander era peor que el mío, incluso tenía la camiseta rota, parecía un matón zombi. Me entró un ataque de risa y me mordí los labios para no estallar delante de esa chica. A todo eso solo faltaba sacar una pistola y decirle que eso era un atraco.

Alexander pisó mi pie con el suyo y me dio un codazo.

—¿Qué desean? —preguntó la chica y me tragué la risa. Casi salté ante el sonido de su voz.

—Queremos cuatro habitaciones —contestó Alexander con una especie de indecisión cautelosa.

Me gustaba verlo serio, pero con ese aspecto solo conseguía dar lástima.

—Está bien —dijo la chica dudando—. Necesito algún DNI o pasaporte.

Alexander sacó su cartera y le dio su documento de identidad junto con una tarjeta de crédito. Me froté las manos con ansiedad en mi estómago y mientras la chica escribía algo en su ordenador, me moví lentamente hacia él.

—Estás muy serio. —Me detuve cuando había distancia segura entre nosotros.

—Y tú muy traviesa. —Cerró el espacio que nos separaba.

—Damos pena, admítelo —dije, encontrando mi voz.

—No sabes lo que te espera. —Sus labios rozaron mi oreja—. Este comportamiento de niña no me gusta y por eso tienes un castigo. —Mordió suavemente mi cuello—. Créeme que disfrutaré con eso. Y seré yo quien se ría último —dejó un beso caliente al lado de mi oreja y se apartó.

—Aquí tiene las llaves, señor —dijo la chica, incapaz de parar el escrutinio que nos hacía.

Me eché a reír y bajé la vista.

—Señor... —murmuré riendo—. ¿Necesitas un bastón, viejo?

Alexander siseó entre dientes y sus manos apretaron mis caderas.

—Retira tus palabras —susurró en mi oído.

—Ni muerta.

Mi sonrisa se convirtió en una carcajada y lo miré por la esquina de mi ojo. Se había puesto furioso y su mirada cambió: se volvió terrible y fría.

Retrocedí y me eché a correr. Me dolían las heridas y mi cuerpo se movía con dificultad, pero no me importaba. Me sentía feliz.

—Corre, Alicia —gritó Alexander detrás de mí—. No querrás que te pille. Ya sabes lo que te espera.

Capítulo 32

Llegué al final del pasillo y doblé la esquina. Me detuve en seco cuando vi que no tenía salida. Delante de mí había un muro y parecía muy real. Mi corazón se sentía como si fuera a explotar. Había corrido por las escaleras sin parar.

Escuché ruido y me giré. Alexander dobló la esquina a toda velocidad y corriendo por el pasillo hacia mí. Retrocedí hasta que mi espalda golpeó la pared.

Alex se quedó mirándome un rato y luego se acercó solo un paso. Me quedé sin respiración y me estremecí. Percibí en un brillo de su mirada que se había dado cuenta de mi reacción y quise gritarle.

—Estás atrapada, Alicia. ¿Qué piensas hacer?

—Nada —reconocí.

Hizo un pequeño gesto de indiferencia levantando un poco el hombro.

—Me extraña —replicó, acortando aún más la distancia entre los dos—. ¿No vas a protestar?

—No —me limité a responder con una mirada inexpresiva.

—Una respuesta acertada —habló con una voz grave y pausada.

Se hizo un breve silencio entre los dos.

No sabía qué decirle y esperé a que él hablara; sin embargo, parecía cómodo.

—¿Y ahora qué? —Lo miré a los ojos.

—Esta llave abre esa puerta. —La señaló con el dedo índice—. Y esta otra llave... —Metió la mano dentro del bolsillo de su pantalón—. Abre algo muy importante para mí —dijo con voz grave y me enseñó una llave pequeña.

Miré la llave y luego lo miré a él, no entendía lo que me quería decir y se había dado cuenta, porque tomó mis manos y la depositó con cuidado en mis palmas.

—Esta llave quiero que la guardes tú. Si me pasa algo, quiero que la tengas tú. Tiene apuntado un número de serie y solo tienes que ir al Banco Central. Ellos saben lo que hay que hacer.

—Alexander, me asustas —dije mirando la llave—. No te va a pasar nada; no lo voy a permitir. —Levanté la mirada y le acaricié el rostro con mi otra mano—. Estamos juntos en esto y no voy a dejar que hagas ninguna tontería.

—Alicia, tengo que hacerlo. Tengo que ir a por él. —Cerró los ojos—. Necesito cerrar las cuentas, necesito venganza.

—No. —Levanté el tono y él abrió los ojos sorprendido.

—Alicia, necesito hacerlo. No lo entiendes...

—No quiero entenderlo. Y, si estás decidido hacerlo, yo iré contigo.

—Es peligroso; estuviste a punto de morir.

—Y tú también. —Coloqué un dedo encima de sus labios—. Déjame entrar en tu vida. Déjame cuidar de ti, déjame amarte —supliqué.

—¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró.

Bajó un poco las manos y me rodeó por la cintura. Cerré los ojos para saborear el momento. Sus caricias me dejaron sin respiración y odiaba admitirlo, pero me gustaba la sensación.

—Quiero que uses tu otra llave para abrir la puerta. —Me mordí los labios con nerviosismo.

—¿Estás segura? —Habló con la respiración entrecortada, llena de ansiedad.

—Sí, estoy segura. Me hiciste una promesa y quiero que la cumples. —Guardé la llave y presioné mis manos en su pecho para empujarlo.

Retrocedió poquito a poco y cuando estuvo delante de la puerta, se giró para abrirla.

—Siempre cumplo mis promesas. —Se apartó para dejarme pasar.

Entré en la habitación y lo primero que hice fue salir corriendo al baño.

—Voy a darme una ducha —grité, pero cuando intenté cerrar la puerta, me choqué con su cuerpo duro.

Vamos a darnos una ducha —dijo y se quitó la camiseta.

Tragué saliva mientras mis ojos se deleitaron con esa vista tan tentadora. Las cicatrices que tenía en el pecho llamaron mi atención y me acerqué despacio. Estiré una mano y, cuando mis dedos tocaron su piel, él suspiró y cerró los ojos.

—¿Te duelen? —pregunté y retiré la mano.

Él me la atrapó y la presionó con fuerza contra su pecho.

—Ya no duelen. Pero no dejan de recordarme la muerte de mis padres. El asesino que envió Sergei para matar a mis padres intentó matarme a mí también. —Estrechó mi mano apretando fuerte—. Los mató delante de mis ojos. Los ojos de un niño inocente, un niño asustado, un niño que tenía esperanzas y tenía sueños. Ese niño murió ese día.

Eso hizo que mi corazón se detuviera. El único sonido que logré emitir y rescatarlo de entre el nudo de emociones que se me formaba en la garganta, fue un jadeo ahogado. Sorbí las lágrimas e intenté limpiar mis mejillas con el dorso de mi mano. Lloraba por su impotencia y por su sufrimiento.

—Ese niño volvió a la vida cuando te vio por primera vez. —Se agachó, inclinándose más cerca—. Ese niño volvió a soñar y es feliz. Tiene esperanzas y quiere ser amado y querido de nuevo.

Lloraba; por primera vez hablaba conmigo, por primera vez comunicaba y me transmitía sus pensamientos.

—Ese niño aprendió a querer. Ese niño y este hombre te aman. —Se inclinó y besó mi mejilla.

—Eres increíble, Alex. No dejas de sorprenderme. Esta niña y esta mujer

también te aman. —Mi voz se quebró, las lágrimas inundaron mis ojos otra vez. Todo lo que podía hacer era parpadearle.

Estaba feliz por él y orgullosa. Eso era todo lo que necesitaba para sentirme completa a su lado.

Él pasó su mano por mi cuello y enredó sus dedos en mi cabello, y antes de darme cuenta, su boca se selló sobre la mía. Su lengua se frotó contra la mía y sus manos se deslizaron por mi cuerpo.

Respirando con dificultad, Alex rompió el beso y miró abajo hacia mí.

—Y ahora vamos a darnos esa ducha —susurró.

Capítulo 33

Me encontraba de pie a tan solo unos centímetros de Alexander y no podía dejar de mirar sus ojos.

—Te doy permiso para que me desnudes. —Mi voz era suave como una pluma.

Ladeó la cabeza como si estuviera sopesando mis palabras y tomó mis manos. Las colocó en su pecho, que subía y bajaba rápidamente con su respiración, y bajó la mirada. Dejó que sus ojos se cerrasen y se limitó a permanecer quieto.

Durante años había sentido la necesidad de mantener a la gente alejada y esconder las cosas con las que luchaba. Era un hombre fuerte, pero también sensible. Dentro de mí, algo gritaba fuertemente para que no lo abandonara nunca, que lo cuidara siempre y, si podía, le diera un poco de alivio.

Cuando volvió a abrir los ojos, su tristeza fue sustituida por algo distinto y hermoso: deseo.

—Eres hermosa y dulce. Es imposible no desarrollar sentimientos por ti, pero no quiero hacerte daño —susurró.

—No podrás hacerlo porque tu amor es hermoso. —Dejé que mi mano se deslizara por su costado, siguiendo por su caja torácica mientras lo acariciaba.

—Creo que mejor dejamos la ducha para después. —Dejó escapar un suspiro pesado—. Me estás matando aquí.

—Buena idea. —Mi voz era tensa.

Mis manos bajaron y, cuando llegaron a sus caderas y a la cintura de sus pantalones, me detuvo.

—No tan rápido, tengo tu permiso para desnudarte —murmuró y me arrastró sobre mis pies—. Déjame a mí al mando.

Presionó varios besos suaves en mi cuello y me quitó la camiseta. Desabrochó mi pantalón y me ayudó a bajarlos para que pudiera salir de ellos. Me quedé frente a él en un par de bragas de encaje negro y un sujetador a juego. Sus manos se deslizaron por mis costados, más allá de mis caderas, hasta agarrar mi trasero, apretándome contra él.

Mi piel se puso caliente y cada centímetro de mí estaba hipersensible.

Con un gemido, tomó mi mano y me llevó hasta la cama. Me desabrochó el sujetador y me lo quitó, acariciándome amorosamente con sus dedos. Me arqueé contra él, dándole una sonrisa tímida.

—Alicia —dijo, y acto seguido tomó mi boca entre sus labios.

Su beso fue rudo, lo que marcó un contraste con la suavidad de sus caricias. Yo le correspondí, poseída por el deseo. Estaba desesperada por perderme en él y dejar todo atrás.

Sus manos se desplazaron hasta mis hombros, luego descendieron acariciándome los brazos. La sensación era tan milagrosa que podría haber llorado de alegría. Rompió el beso y paseó la mirada por mi cuerpo, lo que me erizó los pezones cuando sus ojos se clavaron en mis senos. Me acarició el vientre, haciéndome temblar.

—Dios, Alicia. ¿Tienes idea de cuánto te deseo? —preguntó, con una ternura entrelazada en su profunda y ronca voz.

—Sí y no. Demuéstramelo. —Solté la respuesta sin pensarlo.

Su sonrisa era amplia y sexy. Me puse nerviosa al imaginar lo que estaba pensando, convencida de que haría todo lo posible para conseguirlo.

—¿Estás segura?

Me atrajo hacia él y sentí la presión de su erección contra mi vientre.

—Sí.

Durante un instante me sostuvo la mirada y me sonrió con picardía. Aquel simple gesto hizo que me enamorara aún más de él.

—Haz algo, por favor, y deja de mirarme así. Me pones nerviosa y no sé qué hacer.

—No tienes que hacer nada. Bueno, algo sí. —Sonrió—. Lo más importante déjalo en mis manos.

—¿Importante?

—Ya sabes, el deseo, la excitación, el morbo, el placer, la seducción, la expectación, la curiosidad...

—¡Wow! ¿Tantas cosas?

—Y aún quedan algunas, pero las probaremos en otro momento. —Me tiró de espaldas sobre la cama y me montó a horcajadas.

Quedé atrapada debajo de su cuerpo candente y fuerte. Lancé un suspiro ahogado porque me di cuenta de lo mucho más corpulento que era Alexander comparado conmigo.

—Pesas un poco. —Me humedecí los labios con la lengua y me limité a mirarlo.

—Te acostumbraras —dijo con una voz baja.

Me separó las rodillas y se colocó entre ellas. Sonrió sensual y sus labios pasaron al ras del contorno de mi oreja, luego descendieron por la tersura de mi cuello.

Estaba perdida en la bruma y flotaba. Sus caricias y sus besos me dejaron sin aliento. La sensación resultó ser tan inesperada y excitante que tuve que reprimir un par de gemidos.

Poco a poco fue siguiendo la línea de mi clavícula con la punta de la lengua antes de seguir descendiendo.

Cerré los ojos con fuerza y me estremecí por las descargas de placer que surcaban mi cuerpo.

Su boca siguió bajando en dirección a mi vientre, mientras que su lengua

jugueteaba con el ombligo.

—Voy a quitarte las bragas. —Sus dedos tiraron del encaje—. Puedes detenerme si quieres. Todavía queda mucho para la boda y…

—Deja de hablar y hazlo. —Mi voz era un gruñido desesperado. Contoneé las caderas al tiempo que me las bajaba por mis piernas y le sonreí.

Cambió de postura y se apartó un poco para quitarse los pantalones, empujándolos hacia abajo por sus caderas.

Sabía que lo que estábamos a punto de hacer y, aunque profundizará nuestra relación, estaba un poco nerviosa. No obstante, estaba ansiosa porque lo deseaba, y feliz porque lo amaba.

—¿Estás bien? —Notó mi distracción y me besó en los labios.

—Un poco nerviosa.

—Quiero hacerte el amor, pero no quiero presionarte. Si algo no te gusta, quiero que me lo digas y, si quieres parar, también. Confieso que llevo un tiempo sin tener sexo y puedo ser un poco rudo. Sin embargo, quiero darte lo mejor —dijo con una sonrisa determinada.

—No se trata de ti. ¿Y si no te quedas satisfecho? ¿Y si…?

Negó con la cabeza y apartó mi flequillo.

—Te prometo que este es el momento más mágico de mi vida. Cada beso y cada caricia es intensificada. Nunca sentí tanto amor y nunca me sentí tan querido. Eso es más que perfecto.

Me besó y me olvidé de ser autoconsciente. Llevó sus manos a mis caderas y me atrajo más cerca.

Cerré los ojos con fuerza y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás. Las mejillas me ardían y cada centímetro de mi piel ansiaba sus toques. Como si hubiera oído mi súplica silenciosa, acarició mis pechos y casi grité de gratitud.

Estaba bastante excitada y, cuando finalmente su miembro rozó mi entrada, le respondí con un empuje de caderas.

—Voy a ir despacio y con la mirada fija en tus ojos. No los cierres, quiero

que me veas y que me hables con la expresión.

Se hundió poco a poco, deteniéndose de vez en cuando para besarme en los labios y mirarme a los ojos. Luego, se hundió en totalidad, angustiosamente despacio.

—Ahora eres mujer —murmuró—. Mi mujer.

Pestañeé dos veces para recuperar el aliento y alcancé a esbozar una sonrisa tímida.

Nos sostuvimos la mirada mientras encontrábamos un ritmo lento y fácil. Su respiración se entrecortaba y sus labios se entreabrieron para dejar salir un gemido ronco y cargado de alivio.

—Dios, estoy tan cerca —susurró—. Vente para mí, Alicia.

—Sí. —Levanté una de mis piernas y la puse alrededor de su cintura.

Él continuó empujando suavemente y me miraba como si quisiera memorizar cada detalle, cada jadeo y cada beso. Yo también lo hacía; ese momento mágico, como había dicho él, era muy intenso y único para mí también.

Alexander estalló, arrasando con su orgasmo todos mis pensamientos y empezó a temblar cuando mis gemidos se hicieron agudos.

Me aferré a él con desesperación, liberando mi orgasmo entre caricias y miradas.

Su cuerpo se calmó y se tendió a mi lado, estrechándome contra su cuerpo.

—Estuviste impresionante, Alicia —me besó—. Te amo, no lo olvides nunca. Pase lo que pase, tú eres mi vida.

—Yo también te amo. Me haces sentirme viva y excepcional.

—Lo eres…

—No te duermas, quiero seguir descubriendo cosas. Lo que te gusta, lo que te excita —susurré, con un gesto de cadera.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Se echó a reír—. Dejé de cumplirlos, pero hago una excepción para ti.

Capítulo 34

Abrí los ojos y me estiré en la cama mientras sentía las sábanas frías. Giré la cabeza y me di cuenta de que estaba sola. Me levanté de un salto y me quedé quieta escuchando algún ruido, pensando que estaba en el baño.

Al notar el silencio, mi corazón empezó a bombear con fuerza. Giré la cabeza y vi que encima de su almohada había una nota escrita a mano. Sin pensarlo dos veces, me estiré para cogerla y leerla.

Perdóname, pero tenía que hacerlo.
Te quiero, mujer.

Leí la nota dos veces, sintiéndome como una adolescente. No obstante, deseaba gritar de rabia porque me había mentido.

Suspirando, eché la cabeza hacia atrás y me pasé los dedos por el pelo enmarañado mientras trataba de buscar una explicación. Jamás hubiera pensado que me enamoraría de alguien que había conocido durante tan poco tiempo. Lo amaba como nunca había amado a nadie y no tenía dudas de que él también. Cerré los ojos y dejé que todas las cosas de la noche anterior flotaran en mi mente. Mi cuerpo se tensó, sus caricias y sus besos seguían vivos. Deseaba tenerlo de nuevo en mis brazos, decirle que lo amaba y que podía confiar en mí.

Abrí los ojos y me deslicé fuera de la cama. Me puse una camiseta y un pantalón vaquero. Necesitaba salir y buscar respuestas.

Giré el pomo de la puerta y, cuando la abrí, me topé con Vlad.

—Buenos días —dijo forzando una sonrisa.

—Deja de sonreír y dime dónde se ha ido. —Le clavé un dedo en el pecho —. ¿Se ha ido solo?

—Se llevó dos hombres con él. No tienes que preocuparte; sabe cuidarse muy bien.

—No lo dudo, pero me mintió —dije, escudriñándole el rostro.

—Solo te ocultó sus intenciones. Sabías que necesitaba venganza.

—Pero no ahora; podría haber esperado —dije, sin convicción.

—Ahora es el momento perfecto. Sergei está asustado y sabe que no descansaremos hasta matarlo. Y eso puede hacer que cometa errores. —Su voz sonó despreocupada, pero tenía el rostro sombrío.

—Supongo que tienes razón.

—Vamos a desayunar y seguiremos hablando.

—No me apetece —dije, intentando pasar por su lado—. Necesito pensar. No sé si enfadarme o temer que no va a regresar.

Sentía una sensación de náusea y nervios en mi estómago y, aunque me consolaba el hecho de que Alexander era muy bueno en su trabajo, el temor me presionaba, rasgando mi corazón.

—¿Dónde crees que vas? —Se colocó delante de mí—. De este hotel no vas a salir.

—Solo quiero ver...

—Hola, hermanita.

Mi corazón se detuvo. Esa voz inconfundible me desconcertó. Karim entró en mi campo de visión, bloqueando mi camino y me miró maravillado. Una sonrisa amplia y genuina apareció sus en sus labios, y yo no pude evitar sonreír.

Se detuvo frente a mí, con mi mano presionando contra su pecho. Presionó su mano contra la mía y sus dedos se envolvieron alrededor de mi muñeca.

—¿No le das un abrazo a tu hermano? —preguntó, pensativo.

Tiró con suavidad de mi mano y me abrazó.

Rodeé su cintura con fuerza y sollocé. Mi hermano era todo para mí y lo había echado de menos, a él y a sus abrazos.

—¿Qué haces aquí? —murmuré.

—Quería verte. —Se apartó para mirarme.

—¿Después de tanto tiempo y justo hoy? Vendiste el piso, me dejaste sola y… Espera, ¿por qué estás aquí?

—Tranquila. —Levantó las manos en el aire—. Voy a contestarte a las preguntas, pero de una en una.

—Bien, porque tengo muchas. Llevo sin verte cinco años —dije con impaciencia.

Entró en la habitación y señaló la cama.

—Siéntate. En primer lugar, quiero decirte que fue Alexander quién me llamó.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no estás aquí por tu propia voluntad? —Mis nervios estaban crispados.

—No es así. —Negó con la cabeza y apretó los puños.

—¿Alexander? ¿Os conocéis?

Mi hermano se echó a reír, lo que me confundió aún más. Lo miré con el corazón encogido y me puse de pie.

—Para de reír —chillé—. Contesta a mi pregunta.

—No has cambiado nada. Yo y Alexander trabajamos juntos. Bueno, ahora ya no. Él dejó este trabajo.

—¿Qué? —chillé otra vez—. ¿Eres un asesino igual que él?

—No me gusta esa palabra —gruñó.

—Pero, es lo que eres. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y desde cuándo lo haces? ¿Desde cuándo matas a personas por dinero?

—Alicia, tranquilízate o te encerraré en la habitación. —Señaló la puerta y vi su pistola escondida detrás de la camiseta.

Era verdad, mi hermano era un asesino igual que Alexander. Me miró a los

ojos, los suyos llenos de decepción, y se quedó inmóvil. Lejos quedaba el hermano alegre y tierno. Me senté en el borde de la cama y medité las explicaciones. Mi hermano siempre viajaba y tenía mucho dinero, pero nunca me había imaginado que ese era su trabajo.

—Dime toda la verdad, por favor. Y no vuelvas a encerrarme en una habitación nunca más.

—No lo haré. Sabes que me arrepiento de haberlo hecho. —Se quitó la chaqueta y se sentó a mi lado.

—¿Cómo empezaste? —pregunté bajito—. ¿De verdad matas a personas? ¿Qué sentiste cuando mataste a alguien por primera vez?

—Frena un poco. —Me agarró la mano—. Empezaré por el principio.

—Está bien —dije y estreché su mano con fuerza; necesitaba comprobar que era real.

—Cuando me fui de casa, dos hombres me metieron en un coche y me llevaron en un lugar donde entrenaban chicos jóvenes para matar —dijo, y me moví en la cama para poder mirarle.

—Vi ese lugar. Alexander me lo enseñó.

—Pues allí estuve un par de años —cerró los ojos—. Por eso nunca te llamé, ni a ti ni a nuestros padres.

—¿Cómo saliste de allí? —pregunté y él abrió los ojos.

—Me ayudó Alexander. —Sonrió un poco—. Él ya estaba fuera y le pidió a Sergei un chico que lo ayudara. Insistió en que fuera yo y, cuando ya estaba fuera, cada uno se fue por su lado. Seguí trabajando para Sergei, pero ya estaba libre y lo primero que hice, fue comprar el piso. Te quería fuera de esa casa cuanto antes. Sabía que nuestros padres te trataban mal.

—¿Y por qué lo vendiste? Me dejaste sin nada.

—No lo vendí, se lo presté a Alexander. Necesitaba un lugar seguro y pensé que era lo mejor, pero me equivoqué. Ahora estás en peligro, y casi te matan, yo nunca...

—Ey, deja los arrepentimientos para otro día. —Lo abracé—. Ahora

tenemos que ayudarlo; no podemos dejarlo solo.

—Ni hablar. ¿Por qué crees que estoy aquí? —Se alejó—. Precisamente para esto. Él no quiere que salgas de aquí. Es un asunto que tiene que resolver él solo.

—Pero yo...

—Tú nada, Alicia. No puedes ayudarlo, pero tranquila, nada malo le pasará. Es muy bueno...

—¿Estáis bien? —preguntó Vlad asomando la cabeza—. ¿Es seguro entrar?

—Sí, pasa —contestó Karim—. Estamos bien.

—Ahora quiero ese desayuno —le dije, y él sonrió.

—Muy bien. Vamos abajo.

Salí detrás de ellos bastante preocupada.

No quería pensar que algo malo le había pasado a mi hombre perfecto. Recordé la llave que me había dado y, cuando metí la mano en el bolsillo, la agarré con fuerza.

No quería tener la posibilidad de usarla.

Me detuve en el umbral de la puerta y miré en el interior de la habitación. Mi hermano estaba sacando cosas de su maleta, totalmente ajeno a mi presencia. Lo miré y suspiré.

No había cambiado nada, sin embargo, su mirada expresaba algo oscuro y triste. Sergei lo había moldeado a su manera, a él y a Alexander. Ellos eran ahora mi familia y tenía que asegurarme que estarían a mi lado durante una larga temporada. No quería perder a ninguno de los dos.

—Puedes pasar —dijo y se volvió hacia mí—. Esto me recuerda nuestra despedida. Créeme que lloré cuando me fui de casa y te dejé con ellos.

—Deja el pasado atrás, por favor. —Me acerqué a él—. Ahora estoy bien y tú también. Dime… —Me senté en la cama y alcé la mirada—. ¿Hay alguna mujer especial en tu vida?

—No, no lo hay y no la habrá. Mi trabajo es peligroso, ya lo ves. No quiero poner en riesgo la vida de nadie.

—No lo entiendo. Alexander…

—Él ya tiene una edad y una reputación. Dejó este trabajo; se está jugando su vida y la tuya. No es fácil salir y no pienso hacerlo de momento.

—Puedes contar con mi ayuda y con la de Alex también.

—Dejemos esto zanjado. —Se sentó a mi lado y agarró mis manos—. Cuéntame lo que hiciste todos estos años.

—No mucho. Tuve que trabajar doble para pagar los gastos y me pasé la mayoría del tiempo en casa. Salí algunas veces con Carla y conocí a dos chicos que se convirtieron en amigos. Mi vida es bastante aburrida.

—Ahora ya no, ¿a qué sí? ¿Qué sentiste la primera vez que lo viste?

—¿A Alex? —Asintió con la cabeza—. Me asusté. No sabía que él era el nuevo propietario…

—Si te trató mal, quiero saberlo. Somos muy buenos amigos, pero nadie se mete con mi hermana. Ni siquiera él.

—No me trató mal, solo me hablaba con frialdad. Sin embargo, dejaba salir de vez en cuando su lado tierno. Es un buen hombre, lo quiero mucho.

—Y él a ti —dijo con firmeza.

—Lo sé, pero temo que esta vez no podamos rescatarlo.

—Ey, no digas eso. Yo y Vlad somos muy buenos en esto. Tienes que confiar en nosotros. Todo saldrá bien.

—Eché de menos tus ánimos —suspiré—. Te extrañé mucho.

—Yo también, hermana.

Capítulo 35

Alexander

Salí de ese hotel un poco más apaciguado. El hermano de Alicia estaba allí y junto con Vlad podrían protegerla y mantenerla a salvo.

Solté una maldición y me pasé las manos por la cara intentando serenarme. Mi ansiedad había aumentado de nivel y luchaba para no reventar.

—En media hora estamos ahí —avisó Antonov.

—Entraré yo primero, y vosotros os quedáis fuera para cubrirme. —Miré impaciente el reloj—. En diez minutos os quiero dentro.

Asintieron ligeramente con la cabeza mientras yo me agachaba para abrir la mochila con el arsenal. Tenía tres rifles, cinco pistolas, dos cuchillos y cinco detonadores. Planeaba entrar sigilosamente, colocar los detonadores y programarlos para estallar en veinte minutos. Pero como no sabía si Sergei se encontraba en su escondite, decidí hacerlo por control remoto.

El coche se detuvo frente a un muro de piedras y entrecerré los ojos. Detrás había una fortaleza, la guarida del hombre que más odiaba en esta vida. Estaba rodeada de cámaras de seguridad y torres de vigilancia. Era difícil encontrar una entrada limpia, pero todos tenían un punto débil. Y solo tenía que encontrarlo.

No era la primera vez que entraba en esa casa y conocía cada rincón y cada pasadizo secreto. Sabía que algún día tendría que enfrentarme a él y había vigilado con atención la casa y sus movimientos diarios durante los últimos

años. No obstante, la imagen de aquella mansión se había quedado grabada en mi retina para incorporarse a mis múltiples pesadillas.

—Esperaremos tu señal, Alex —dijo Antonov, y salieron para esconderse entre los árboles.

Salí detrás de ellos y coloqué la mochila a mis espaldas. Miré el muro con detenimiento, sabiendo que no me quedaba otra que trepar hasta arriba. Con cada paso aumentaba el tamaño del muro, imponente frente a todo lo que lo rodeaba.

Me paré frente a él y coloqué mis manos con precaución en puntos claves para impulsarme hacia arriba. Mi corazón latía desbocado, pero lleno de vida y adrenalina.

Una vez que lo había conseguido, admiré mi hazaña. Lo peor estaba por llegar, había que traspasar cada obstáculo para entrar en la casa.

Ese lugar hermoso estaba plagado de maldad y tenía que tener cuidado.

—Estamos en posición —avisó Antonov.

—Voy a entrar —dije—. Empezar a contar.

Salté y me quedé quieto. Si tenía perros, cada movimiento que hiciera podría llamarles la atención. Me puse de pie y caminé despacio, con la espalda pegada al muro.

Mi rapidez fue suficiente para pasar desapercibido y llegar delante de la puerta. Lo hombres que la vigilaban estaban hablando con dos chicas jóvenes, vestidas con tan solo un bikini. Esa fue la oportunidad que había esperado.

Respiré hondo y acumulé el valor necesario para entrar. Mis manos rozaron el frío cristal de la puerta y luego giré el pomo despacio. Una ráfaga de viento y música clásica acarició mi cara.

Entré y observé a mi alrededor. Me resultaba extraño que no había nadie a la vista. Todo apuntaba que Sergei estaba de fiesta.

Subí las escaleras y aproveché para colocar los detonadores y programarlos. Tiré lejos la mochila y me quedé con las pistolas.

Empecé a revisar habitación por habitación y cuando llegué al final de

pasillo, doblé la esquina. Algo golpeó mi cabeza y caí de rodillas al suelo, inconsciente.

Me desperté con un terrible dolor de cabeza y me di cuenta de que estaba atado a una silla. Mi visión era borrosa y mis ojos se movían de un lado a otro buscando alguna respuesta.

—*Privyet*, hijo —Sergei masculló las palabras con las mandíbulas bien cerradas.

—Suéltame, maldito. —Me retorcí violentamente.

Se puso de pie y se acercó. Golpeó mi rostro y luego se echó a reír, el bastardo.

—Me traicionaste. —Rechinó los dientes con frustración—. De todos… tú. Te crie como a un hijo. Te di todo lo que me pediste, ¿y así me lo pagas? ¿Quieres matarme?

—Mataste a mis padres… —Hice una pausa para recuperar el aliento—. Matarte sería un lujo que no puedo permitírtelo.

—Eran pobres, no podían darte todo lo que yo te ofrecí. —Me miró fijamente—. Toda la culpa la tiene esa puta. Las mujeres lo complican todo.

—¡No hables así de ella! —bramé mientras intentaba soltarme.

—Hablo como me da la gana. Debería matarte ya. —Entrecerró los ojos—. Pero necesito la llave.

—No la tengo.

—Claro que no la tienes. —Se acercó a su despacho—. La tiene esa puta, ¿verdad? —Marcó un número de teléfono y empezó a caminar hasta donde estaba yo.

Me colocó el teléfono al lado de mi oreja y el mundo se detuvo cuando escuché su voz.

Dejé de respirar lo suficiente para que la habitación se pusiera un poco confusa y gruñí de impotencia.

—¿Quién es? —preguntó Alicia.

—Mi amor, no le hagas caso. No quiero que vengas aquí —susurré con los ojos húmedos—. Te amo.

Los peores escenarios estaban corriendo por mi cabeza a un ritmo rápido y lo único que deseaba era liberarme y matarlo.

—¡Qué hermoso! —dijo asqueado Sergei.

—¿Alexander? ¿Qué pasa? —Algo en el otro lado de la línea se destrozó y me estremecí—. ¿Dónde estás?

Maldije en voz alta y apreté los dientes, consumido por la situación. Me encontraba atrapado en mi propio infierno emocional y la necesidad de escapar era feroz, incontenible.

Sergei sonrió con malicia y acercó el teléfono a su oreja.

—Si quieres salvarlo, tráeme la llave. —Me sostuvo la mirada.

—¡Alicia, no! —chillé. Mi corazón se aceleró y de pronto no había suficiente aire.

—¿Lo entendiste? —vociferó Sergei. Los llantos de Alicia desgarraban mi corazón—. Contesta, joder.

—Sí —tartamudeó ella.

Sergei se quedó mirándome fijamente y en su expresión se sentía algo más que maldad: la ira y las ansias de destrucción. Era la viva definición de la perdición hecha persona.

El nivel del miedo se intensificó y el odio aumentó mis otros sentidos. El olor a sangre llenó mis fosas nasales; sin embargo, no podía oír. Estaba mirando fijamente los cuerpos sin vida de mis amigos, sabiendo que era muy probable que Alicia y yo tuviéramos el mismo final trágico.

—Te enviaré la dirección —Sergei dejó el móvil encima de la mesa y torció una sonrisa maléfica.

La puerta se abrió detrás de mí sin previo aviso. Dos hombres entraron y dieron una mirada fugaz al lugar donde estaban mis compañeros muertos. En ese momento supe que la única esperanza que me quedaba eran Karim y Vlad.

—El próximo eres tú —rugió Sergei—. Y tú puta… me la reservo para mí.

—Ni siquiera lo intentes. —Tiré con fuerza de las muñecas para soltarme—. Te voy a destrozar.

Soltó una carcajada, y su mirada traslucía una crueldad implacable. Dio la vuelta y chasqueó los dedos.

Los hombres se acercaron a mí y recibí golpe tras golpe en la cara y en el estómago; sacudían mi cuerpo y alcanzaban mi mentón sin parar. El dolor prendió como fuego y cerré los ojos. Perdí el conocimiento a poco tiempo.

Capítulo 36

Miré el teléfono destrozado y lo pateé con el pie. La necesidad de gritar y llorar se hizo presente.

—No vas a ir —bramó Karim—. Ni siquiera lo pienses. Eso es lo que Sergei quiere. Es una trampa mortal.

—Pero tengo que hacerlo. —Sequé mis lágrimas con furia—. Lo matará, ¿lo entiendes? No podría soportarlo, lo amo demasiado. Por favor, hermano. ¿No puedes hacer nada?

Me dolía el corazón por él. Sentí mi respiración estremecerse y mis pulmones se cerraron dolorosamente. Mi corazón comenzó a latir con un ruido sordo. No podía pensar, no podía mantener mis latidos en control.

—Lo pensaré, y deja de llorar. Voy a hacer un par de llamadas y luego hablamos.

—Voy contigo —dije con voz trémula.

—No hace falta. Quédate aquí, no es seguro...

—No me trates como una niña. Ya no lo soy... —Mi voz se quebró cuando recordé las palabras de Alexander: «Ya no eres una niña, eres una mujer, mi mujer».

—Deja de llorar si quieres venir conmigo —Me agarró por el codo y me llevó con él.

Mis pies parecían llevar una especie de retraso, pero no dejé de caminar. Empujó la puerta de su habitación y mis ojos se agrandaron. No podía creer lo

que había encima de la cama.

—¿Eso es…?

—Sí, es un lanzador de granadas —contestó con indiferencia y se giró hacia Vlad—. Dime que todos están dentro.

—Ninguno quiere perderse esto. —Chocaron las manos y los miré con asombro.

—Y dices que soy una niña… —susurré con sarcasmo.

—Karim… —Vlad se aclaró la garganta—. Alicia tiene que venir con nosotros.

—No, ella se queda aquí.

—Tiene que ser así. Sergei necesita una distracción —comentó Vlad, pero mi hermano negó con la cabeza.

—Claro que voy a ir. —Me coloqué entre los dos—. Sergei me pidió la llave y pienso dársela, si eso deja libre a Alexander.

—No sabes lo que dices, hermana —gruñó furioso mi hermano—. Esa llave no puede acabar en las manos de Sergei.

—¿Por qué no? —Lo miré expectante—. ¿Por qué es tan importante?

—No te lo puedo decir.

Su mirada se volvió oscura y su boca tensa, como si tuviera que detenerse a sí mismo de decir algo que no debería.

—Deja los secretos para otro día. —Allí había amargura que no podía ocultar—. Esa llave la tengo yo y exijo respuestas. O me voy al banco para ver lo que esconde.

—No, al banco, no —bramó Vlad—. Estará vigilado por los hombres de Sergei. Creo que es mejor si le decimos la verdad. Ya sabe bastante, Karim.

Intercambiaron miradas y alguna sonrisa contenida.

—Supongo que tienes razón. —Mi hermano se sentó en la cama y apartó la mirada—. Ven aquí.

Me senté a su lado y me quedé quieta esperando a que hablara. Sacudí la cabeza un poco y dejé salir una lenta exhalación.

—La llave esconde vídeos porno de Alexander. En algunos salgo yo también. —Mantuvo el tono serio; sin embargo, evitaba mirarme a los ojos.

Sentí mis ojos ampliarse en sorpresa y mi boca cayó abierta. Suponía que había algo comprometedor, pero no había esperado eso.

Mis ojos recorrieron su cara con detenimiento y observé que tenía los labios apretados para no reír.

—Venga ya. —Mi voz era queda, pero temblaba de rabia—. Déjate de tonterías.

—Es verdad —Vlad dio un paso hacia mí y se mordió el labio inferior—. Alexander y tu hermano son especialistas en tríos.

Contuve el aliento, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Se miraron entre ellos y se echaron a reír, ignorando por completo mi enfado. Dejé escapar un gruñido y me quedé esperando a que terminaran con la risa.

—¡Ya está! —chillé y ellos dejaron de reír—. Alexander está en peligro y vosotros haciendo bromas.

—Estamos acostumbrados a esto, hermanita. Olvidas que somos....

—Sois un par de idiotas. —Crucé los brazos y los miré fijamente.

—¿Intentas asesinarnos con la mirada? —Se burló Vlad—. Porque si es así, no lo estás consiguiendo. Tienes que seguir practicando.

—¡Argh! —Tragué un nudo en la garganta—. Me voy al banco. Veo que no estáis dispuestos a decirme toda la verdad.

Me sentí con ganas de tirar algo o llorar. Ellos se habían pasado con la broma.

—Espera, hermanita. —Sentí los brazos de mi hermano en los hombros—. Estábamos intentando animarte. Lo necesitabas.

—Pues habéis conseguido enfadarme.

—Por lo menos hemos conseguido algo. No has parado de llorar —susurró bajito—. Todo estará bien, ya lo verás. Deja de preocuparte y déjanos hacer lo que mejor sabemos.

—Está bien, pero esto me lo vais a pagar algún día.

Mi cuerpo entero se llenó de alivio.

—Claro que sí —contestó Vlad de forma evasiva—. Supongo que nos lo merecemos.

—No te puedo decir lo que esconde esa llave porque yo tampoco lo sé —explicó mi hermano—. Solo Sergei y Alexander lo saben. —Me giró para mirarme a los ojos—. Es algo que le quitó Alex a Sergei. Solo él te lo puede decir.

Me movió contra él y me abrazó con fuerza. Lo necesitaba y se sentía bien, porque sabía que mi hermano sentía mi dolor.

—Gracias. Te extrañé mucho. Nuestros padres me trataron muy mal, me insultaban todos los días y...

—Shhh, deja de llorar.

Me temblaba el labio inferior y me lo mordí. Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra su pecho deseando tener más tiempo para encontrar una solución.

—No quiero interrumpirlos, pero nos tenemos que ir —avisó Vlad—. Tenemos que rescatar a nuestro amigo.

Suspiré y me estremecí. Mi hermano me aguantó la mirada, pero no había ternura en sus ojos, solo determinación y una concentración muy intensa.

—Tienes que hacer todo lo que te digo—comentó mi hermano después de unos minutos—. Cualquier error puede acabar con nuestras vidas. —Se acercó a la cama—. Es hora de divertirse. —Tomó el lanzador de granadas y lo levantó en el aire.

Capítulo 37

—¿Lo tienes todo bien claro, hermanita? —preguntó Karim mientras intentaba colocarme un pequeño micrófono en el oído.

—Sí, a ver… Entro y mantengo mi boca cerrada. Le doy la llave falsa y después digo que hace frío como señal. Luego me pongo a cubierta —dije despacio y con mucha claridad.

—Perfecto, espero que así sea. No quiero que hagas nada. Déjanos a nosotros. Bueno, ya está. Ya tienes el micrófono colocado.

Cubrió mi oreja con el cabello y me dio un apretón de manos.

—Tengo un poco de miedo, pero sé que nada malo pasará, ¿verdad?

Tragué saliva con fuerza, dejando que la reflexión penetrara. Me sentía mareada también, pero en algún lugar de mi cabeza, sabía que era solo mi pánico quien hacía todo eso.

—Así es. Nos tienes a nosotros pisando tus talones.

Me tomé un segundo, permití que cayeran algunas lágrimas, y luego me aclaré la garganta.

—No quiero perderlo y a ti tampoco.

Tuve que aclararme la garganta de nuevo y mi visión se volvió nebulosa mientras la humedad se juntaba en las esquinas de mis ojos.

Suspiré; estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para salvarlo.

—Tenemos que salir —avisó Vlad.

Sentía una desgarradora opresión en el pecho, mientras un duro nudo en la garganta me impedía tragar saliva. Hacía una hora que el dolor de cabeza se había vuelto inaguantable y tenía los nudillos blancos por la fuerza con la que apretaba mis puños. Lo único que quería en ese momento era saber que Alex estaba bien, que nada malo le había pasado. Mi mente daba vueltas a toda velocidad, intentando recuperar mi compostura.

El coche estacionó y giré la cabeza. Vi un muro alto, de piedras y torcí los labios.

—¿Es aquí? —pregunté sin alzar la voz.

—Sí, eso parece y no me gusta lo que veo —gruñó Karim—. No sé si es buena idea que sigamos con el plan.

—Tenemos que hacerlo. Alex está detrás de este muro y nos necesita —dije con voz trémula.

—Lo sé, pero no quiero arriesgar tu vida. Es una trampa. Sergei nunca los dejaría salir con vida. Planea matarlos.

—No te preocupes. Estoy segura de que lo vamos a conseguir. Tan solo tengo que seguirle la corriente. —Lo abracé y suspiré—. Te quiero y gracias por estar aquí conmigo.

—Yo también te quiero. —Se apartó y sacó una navaja—. Te la van a quitar seguro, pero quiero que la tengas.

La guardé debajo de mi ropa y mantuve la tristeza fuera de mi rostro. A diferencia de mi hermano, lo hacía bastante bien. Años y años de maltrato psicológico y emocional me habían hecho más fuerte. Aprendí a disimular la tristeza y colocar una máscara sonriente del mismo tamaño que mi dolor.

Me bajé del coche y miré con atención cómo los hombres que nos acompañaban se escondían detrás de los árboles. No estaba sola, los tenía a ellos y a mi hermano.

—Voy a entrar —dije firmemente—. Deséame suerte.

—Ten cuidado. —Su mirada se volvió más cálida.

Se veía preocupado y la verdad que yo también lo estaba. Tenía que

enfrentarme a un asesino temible y había pocas posibilidades para salir de esa casa ilesa.

Le di un fuerte abrazo y luego besé sus mejillas. Lo quería mucho, siempre me había cuidado y no había dejado que nadie me hiciera daño, ni siquiera mis padres.

Giré sobre mis talones y crucé al otro lado de la calle, mirando como mi sombra caminaba a mi lado. Respirado profundamente, apreté mis brazos con fuerza a mi pecho. El miedo que había estado burbujeando en mi estómago se multiplicó por diez cuando las cámaras de seguridad se giraron hacia mí. Me paré frente a la puerta de hierro forjado y me estremecí.

Escuché un clic y mis cejas se arquearon, ya no había marcha atrás. La desesperación me llenó. Era la única oportunidad de salvarlo y no quería perderla.

Empujé la puerta y entré, mirando a todos los lados. No había nadie, todo estaba en silencio y solo se escuchaban mis pisadas.

La puerta principal se abrió con un chirrido y un hombre trajeado bajó las escaleras para recibirme.

—Sígueme —ordenó él.

Comencé a caminar detrás de él con duras palabras en una sinfonía de gritos en mi mente.

Subí los escalones de uno en uno y lo seguí muy de cerca hasta que entró en la casa. Las gigantescas paredes se extendían hasta el techo y hacían de ese lugar, un monumento bello, lleno de luz. La sala era de un brillante color blanco. Los suelos, los muebles, las cortinas, todo era prístino, como si fuera nuevo a pesar de la antigüedad.

El hombre me agarró por el codo y me llevó con él hacia la escalera de caracol que había en el medio del salón. Me arrastró hacia arriba sin mediar palabra, y aunque su agarre dolía, mantuve mi boca cerrada. Se paró delante de una puerta y me soltó.

—Entra. El jefe te espera —dijo y giró el pomo despacio—. Un consejo…

—Se inclinó hacia delante—. Mantén la boca cerrada. No le gusta que le lleven la contraria.

—Gracias —dije, arrastrando las palabras.

Empujó la puerta con el pie y lo primero que vi, fueron los cuerpos sin vida de los amigos de Alexander. Mi corazón saltó en mi garganta. No podía tragar. Mi cuerpo no se movía.

Clavé los ojos en Sergei con incredulidad y pregunté con voz trémula.

—¿Alexander está bien?

Sus envejecidos ojos perforaron a los míos, haciéndome estremecer.

—Quiero ver la llave —resopló—. Ahora mismo.

Asentí, sin saber qué decir o hacer. Un incómodo silencio se prolongó mientras me escudriñaba con la mirada. Temblando, deslicé mis manos en mis bolsillos y traté de reprimir un escalofrío.

—¿Dónde está Alexander? —Mi voz era débil, agotada—. Quiero verlo.

—Aquí las decisiones las tomo yo y de momento exijo que me enseñes la llave. Y no me gusta esperar.

La expresión de su rostro cambió, mientras se paraba delante de mí.

Levanté la mano derecha y se la enseñé. La tenía esposada a mi muñeca y la llave que abría las esposas la había escondido dentro de mi sujetador.

—Dámela. —Sus ojos se estrecharon.

—Quiero verlo antes.

Mis emociones me estaban estrangulando. Un escalofrío me sacudió violentamente y no pude dejar de temblar.

—Podría cortarte la mano ahora mismo. —Su voz se volvió oscura y amenazante.

—¿Sabes qué ahora mismo la casa está rodeada de policías? —El miedo me ahogaba de modo que apenas podía pronunciar las palabras.

—¿Cómo te atreves? —Sus ojos ardían de odio—. ¿Sabes quién soy? Nadie puede derrotarme y los policías tampoco.

—Solo quiero verlo… —Tomé una respiración para estabilizarme antes de

continuar—. ¿Está vivo?

—Cometiste un error en venir aquí. Ni tú ni ese traidor vais a salir con vida.

Se alejó y le dijo algo a sus hombres en ruso.

—Podéis atarla y llevarla con el otro traidor. —Su mandíbula se cerró mientras escupía las palabras.

Metí la mano debajo de mi camiseta y saqué la navaja. Di un paso hacia atrás y mi rostro se llenó de rabia.

—No se acerquen —dije con voz temblorosa.

Ellos soltaron unas carcajadas histéricas y saltaron encima de mí. La ira me atravesaba, mezclada con desesperación, pero no me eché atrás. Luché con toda mi fuerza contra ellos hasta que sentí algo frío presionando mi nuca. Mi pulso se disparó a un nivel superior, y dejé de respirar.

—Si quieres vivir, quédate quieta —dijo Sergei—. Tira la navaja al suelo y ponte de rodillas.

Hice lo que me pidió y la anticipación me inundó con rapidez. Había llegado el momento de pedir ayuda, lo sabía.

—Hace frío… —susurré. Mi corazón estaba palpitando en mis oídos.

Sabía que tenía pocos minutos para esconderme y busqué con la mirada el lugar perfecto.

—Deja de hablar —rugió.

Apreté los labios con disgusto y me puse de pie. Me tiré debajo de su escritorio y me abracé las rodillas con las manos.

—No hace falta que te escondas…

Una fuerte explosión reventó la habitación entera y mis brazos se dispararon hacia arriba para cubrirme la cabeza. El suelo se estremeció y las paredes comenzaron a derrumbarse y caer. Sentí una brisa soplando a través de mi cabello y el escritorio se derrumbó encima de mí, junto con una nube de polvo negra y espesa. Mis manos comenzaron a temblar y apreté los puños. Aspiré aire y manejé mi cuerpo tembloroso para quitar los escombros que me tenían atrapada.

Alguien me agarró por el cuello y tiró con fuerza, arrastrándome con él.

—Suéltame.

Mi gutural voz fue acallada con una mano y una neblina llenó mi visión. Después, la oscuridad me envolvió.

Capítulo 38

Poco a poco, abrí los ojos, tratando de averiguar lo que había pasado. Mi visión no estaba clara.

Las manos de Sergei estaban en mi cuello y su agarre me dejaba sin aire.

Escuché disparos y mi cabeza se giró con brusquedad.

—Quieta… Vamos a morir juntos —susurró en mi oído—. No voy a dejar que se salga con la suya. No se merece ser feliz.

—No, suéltame. —Me estremecí. Ningún aliento llenaba mis pulmones.

El pánico se extendió a través de mis brazos temblorosos. Las lágrimas chorreaban por mi cara en sollozos silenciosos. Aparté esos sentimientos y chillé.

Sentí una fuerte sacudida y me asusté. Alguien arrancó a Sergei de mi lado con un placaje en el aire, derribándolo. Me tomó un momento entender lo que estaba sucediendo. El puño de Alexander conectó con las costillas de Sergei. Tomé una profunda respiración y empecé a toser, el polvo había inundado mis pulmones.

Antes de que Sergei tuviera la oportunidad de defenderse, Alex retrocedió su puño y dejó que volara a la mandíbula de ese monstruo

—Llegó tu hora —dijo Alex en un susurro torturado.

Los labios de Sergei se fundieron juntos en una línea apretada y desvió la mirada.

Alexander golpeó de nuevo, lanzando un gancho derecho aterrizando en el

lado del rostro de ese maldito. La sangre corría por su barbilla.

—Vas a pagar por todo lo que me hiciste. A mí y a los otros chicos. —Sacó una pistola y la presionó contra su frente.

Disparó, y la bala atravesó la cabeza de Sergei. Una mancha roja justo entre sus ojos y un silencio tenso llenó el aire.

Alexander se empujó hacia atrás y volteó su cabeza hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó, acercándose. Se arrodilló delante de mí y estudió mi rostro.

Asentí con la cabeza, mientras la esquina de mi boca se alzaba en una leve sonrisa. La sangre le corría por un lado de su cara saliendo de un feo corte cerca de su sien, pero parecía no importarle.

—Dime algo —susurró.

—Estoy un poco mareada.

—Tranquila, tu hermano llamó una ambulancia. —Me acuñó contra él—. Me salvaste, pequeña —murmuró.

—No, tú me salvaste. —Lo miré con orgullo—. Tienes mal aspecto.

—Deberías mirarte en un espejo antes de hablar. —Sonrió.

—Supongo que tienes razón. —Lo abracé—. Te amo.

—Yo también, mujer. —Se apartó para ayudarme a levantarme del suelo.

—¿Estáis bien? —preguntó mi hermano—. Ven aquí, hermanita. Fuiste muy valiente.

Caminé a su encuentro y me abrazó con fuerza.

—No tan fuerte. Me duele.

—Lo siento, es que necesitaba hacerlo. —Se alejó para mirarme—. Necesitas una ducha.

—Lo sé. —Sentí los brazos de Alexander en mi cintura.

—Esas manos, hermano —gruñó Karim—. Esa es mi hermanita y...

—Y la amo —habló Alexander con una sonrisa sincera en sus labios—. La amo más que a mi vida. —Besó mi cuello sonoramente.

—La ambulancia llegó —avisó Karim y abandonó la habitación.

—Creo que tu hermano está de acuerdo con nuestra relación —murmuró Alex—. Eso está bien, no quiero matarlo.

Se echó a reír y le golpeé el estómago con mi codo.

—Si matas a mi hermano, tendrás un problema. Me aseguraré de matarte… —Me giré y tomé su rostro en mis manos—. Pero ahora quiero matarte a besos.

—La mejor muerte posible —murmuró y en vez de besarme, me tomó en brazos—. Pero antes, tenemos que ir al hospital.

Abrí los ojos y sabía que estaba en un hospital por el inconfundible olor y recordé haber recobrado a ratos el conocimiento, pero no sentía el dolor.

Alexander me acompañó en la ambulancia y estuvo todo el viaje hablándome para no quedarme dormida. Me contó historias y pequeñas anécdotas que vivió fuera de ese campamento. Mi hermano fue un buen amigo y compañero, incluso tuvieron que trabajar juntos en algunos encargos.

Mis ojos estudiaron la habitación. Era de noche y la única luz provenía del tenue brillo que salía de una lámpara que había en la mesita de al lado.

El dolor de cabeza se había reducido a una molestia general, pero el mareo todavía rabiaba.

Vi a Alex, recostado sobre un sillón al lado de la ventana y profundamente dormido.

—Alex…

Como si hubiera sentido mi agonía, se movió y abrió los ojos. Cuando se dio cuenta de que estaba despierta, se sentó rápidamente, quejándose y tocándose el cuello dolorido.

—¿Cómo estás? —Su mirada estaba fija en mí, comprobando mi estado.

—Mejor.

Se puso de pie y arrastró la silla hasta la cama.

—Los médicos dicen que todo está bien y que el dolor desaparecerá en un

par de horas —dijo mientras acariciaba mi brazo izquierdo con sus dedos.

—Tienes mal aspecto, eres feo —dije con voz suave.

—En cambio, tú eres hermosa. —Besó mi mano.

—¿Cómo está tu herida?

Me incorporé y estudié su rostro. Estaba agotada y me costaba mantener los ojos abiertos.

—No fue muy profunda y no duele.

—Tengo sueño —dije bostezando.

—No creo que debas dormir todavía. Quédate despierta por mí, ¿de acuerdo? —dijo con un tono de preocupación.

Por mucho que lo intenté, mis párpados no me hicieron caso y se cerraron.

Capítulo 39

Me incorporé en la cama para poder poner la mano en una de las mejillas espinosas de Alexander. No se veía mal con barba; de hecho lo hacía parecer más humano. La última cosa que necesitaba era algo que acentuará su pasado y su trayectoria.

El médico me había recomendado reposo, pero yo ya me sentía mejor. Alex y mi hermano me cuidaban como un tesoro, pendientes de mis necesidades. Tenía de nuevo a Karim en mi vida, pero sabía que era algo temporal. Él ya tenía que irse dentro de unos días y no sabía si iba a volver muy pronto.

Alex me había llevado al piso y luego llamó a mi amiga para decirle que la necesitaba. El detalle me alegró; pasé una tarde en su compañía y le conté todo lo que me había pasado. Me dijo que estaría a mi lado siempre y que nos visitará con frecuencia.

Llevaba dos días fuera del hospital, y Alex no me había besado ni una sola vez. Sin embargo, me tocaba con delicadeza y me hablaba con dulzura.

—No puedo creer que después de todo lo que nos pasó, estamos a salvo —murmuré.

Sus oscuras pestañas revolotearon a lo largo de la alta cresta de sus mejillas y sus impresionantes ojos negros parpadearon. Era extraño verlo tan vulnerable, tan abierto y tan cariñoso conmigo. Lejos quedaba el hombre que me asustó cuando lo vi por primera vez, el hombre que me provocaba siempre y el hombre que se alejaba constantemente de mí. Todo lo que él era,

peligroso, honrado, cariñoso, protector, un hombre capaz de sacrificar su vida para que su amor por mí se mantenga en pie, era perfecto para mí.

—De momento, sí. Y espero que sigamos así. —Me dio un beso corto en los labios—. Te preparé un baño.

Lo miré con incredulidad y sonreí.

—Me besaste… —Toqué mis labios—. Se sintió como una leve caricia y me dejó con ganas de más.

—A mí también, mujer. —Su pecho se movía mientras suspiraba—. Fue difícil contener mis ganas estos días.

—No lo hagas más. —Mi voz era ronca.

—No. —Sentí sus manos apretarse en mi cabello mientras jalaba mi cabeza en alto para que pudiera devorar mi boca con la suya—. Nunca.

—Entonces acompáñame, no quiero bañarme sola. —Dejé caer un beso en su boca soberbia—. Te necesito conmigo. Echo de menos tus besos.

—Sabes que solo me ducho, odio verme cubierto de agua caliente. Sin embargo, amo estar rodeado de tu cuerpo candente. —Se quedó mirándome.

—Acompáñame y te prometo que no te vas a quejar. —Solté una risa.

—Echo, pero si no me quedo satisfecho, recibirás un castigo —añadió alargando una mano para agarrar la mía y apretarla con fuerza.

—Odio tus castigos, son tan… tan… estrictos. —Lancé un suspiro—. El último me dejó con angustia. ¿Tú crees que es normal pasar un día entero sin verte?

—¿Y tú crees que es normal pintar todas mis camisetas con rotuladores? Solo los niños lo hacen.

—Quería darte una sorpresa expresando mi amor por ti dibujando corazones…

—Me dejaste sin camisetas limpias —gruñó.

—Lo siento, bueno así te compraste otras nuevas. Las que tenías eran anticuadas.

—Ay, mujer. Me vuelves loco.

—Vamos al baño, voy a recompensarte.

Me bajé de la cama y empujé la puerta. Un delicioso olor a chocolate me envolvió y me quedé mirando las velas que rodeaban la bañera con incredulidad. No me lo podía creer, había preparado todo a escondidas mientras yo había hecho la siesta.

—Qué maravilla. —Me giré para mirarlo—. Pero quiero compartir esto contigo. —Me quité la camiseta y le guiñé un ojo—. Te toca.

—Así es como lo vamos a hacer, eh. —Se quitó la camiseta y clavó la mirada en mis pechos, desnudos y sensibles.

—Sí.

Me acerqué a él y acaricié el tatuaje que se enroscaba alrededor de su muñeca y antebrazo. Era un águila, rodeada de nubes y pájaros. No tenía colores, pero me gustaba.

—¿Qué significa? ¿Cuándo te lo hiciste?

—La libertad. Me lo hice cuando salí de ese campamento.

—Recuerdo cuando lo vi por primera vez. Pensé que no encajaba en tu perfil, pero me había equivocado. Es como parte de ti.

—No soy muy fan de los tatuajes, pero tengo la piel marcada de todas las atrocidades que tuve que aguantar, heridas de balas, cortes de cuchillo… pero no tenía nada mío.

—¿Cómo te sientes ahora? Sergei ya no está, nadie nos persigue… ¿Sientes la necesidad de matar?

—No, solo siento la necesidad de tocarte, de hacerte mía, de llevarte al límite, de amarte. Y me siento libre, vivo y feliz.

—Me gustaría que mi hermano también lo esté. No me gusta que volvió a la agencia… —Las palabras se atoraron en mi garganta.

—A mí tampoco, pero sabe que nos tiene aquí si nos necesita. —Besó mi frente—. Sabe cuidarse.

—Lo sé.

—Deja de hablar. Solo tenemos un par de horas para nosotros. —Se quitó

los pantalones y me guiñó un ojo.

Tiré del cordón de mi pijama y la prenda cayó al suelo, delante de mis pies. Alex me abrazó y sentí los sutiles movimientos de su cuerpo frotándose contra el mío. Lo quería salvaje y espontáneo.

Descansé la cabeza sobre su pecho y lo envolví con mis brazos. Él inclinó la cabeza, rozándome el pelo con su aliento. Luego, me tomó el rostro entre las manos y lo colocó para que nuestras bocas se encuentren. El beso fue abrasador. Me entregué por completo, poniendo mi corazón y supe que nunca me cansaría de saborearlo.

Introdujo la lengua en mi boca, profundamente, mientras acariciaba mi espalda, hacia abajo. Sentí que mi mundo empezaba a girar vejigosamente y me aferré a sus hombros.

Me agarró los glúteos y me apretó contra su cuerpo. Frotó su erección contra mi vientre y gemí, acercándome más a él.

Mi corazón empezó a latir con más fuerza y me estaba sintiendo cada vez más vulnerable.

Desplazó sus manos más arriba posándolas muy cerca de mi sexo. El calor me excitó y sentí un deseo inmenso de tocarlo.

—Creo que es mejor si volvemos a la cama. —Me tomó en brazos y salió conmigo del baño humeante. Me dejó sobre la cama y luego se alejó un poco para mirarme—. No te he visto desnuda en demasiado tiempo.

—Yo tampoco a ti, pero te necesito...

Se estiró a mi lado y mi piel empezó a arder con sus caricias. Con una mano trazó la línea que bajaba por mi esternón entre mis pechos. Me estremecí al sentir la caricia fresca de las yemas de sus dedos en la piel y deslicé mis manos por la musculosa espalda, arañándolo con suavidad.

Capturó un pezón entre sus dientes y mientras succionaba, pellizcaba el otro con los dedos. Emití un gruñido, mi cuerpo ardía y lo necesitaba. Sus labios bajaron por mi piel, mordisqueándola suavemente hasta que llegó a mi ombligo. Su respiración cálida acompañaba sus besos y el vínculo de pasión

creció entre nosotros.

Me separó las piernas y mis caderas se elevaron justo cuando su lengua encontró mi clítoris. Mientras besaba y lamía mi punto sensible, deslizó un dedo en mi interior.

Gemí bajito y él se quedó quieto.

—¿Te hice daño? —preguntó preocupado.

—No, sigue...

Poco a poco me relajé dejándome llevar por las sensaciones que experimentaba mi cuerpo.

Me moví con él, abriendo mis piernas y aprovechó mi estado de excitación para introducir dos dedos en mi interior. Mis manos buscaron algo a qué agarrarse, pero mi cerebro dejó de pensar.

—Oh, Alex...

Murmuró una respuesta intangible sobre mi piel y empezó a acariciarme con los dedos.

Sus gruñidos de placer aumentaban la intensidad del orgasmo que empezaba a gestarse en mi interior. No podía manejar tantas sensaciones y tanto placer. Era demasiado para mí.

—¡Dios! —exclamé—. Oh, Alex.

Me incorporó y me abrazó, aunque mantuvo una mano posada sobre mi sexo para seguir acariciándome lentamente con el dedo.

—Dime que te ha gustado —susurró en mi oído.

—No tengo palabras para describir esto.

—Tus dedos hacen magia —susurré.

Entonces me miró con los ojos muy abiertos y respiró hondo.

—Por primera vez me siento vivo...

Ahogó sus palabras en un beso sobre mis labios y luego se estiró a mi lado, sin dejar de abrazarme. Sus besos tiernos y suaves dieron paso a otros más apasionados. El ambiente estaba en llamas y Alex estaba al mando.

Mordisqueó el lóbulo de mi oreja antes de capturarlo con la boca y su cálido

aliento recorrió mi cuello, excitándome

Me levantó la cabeza de la almohada sin dejar de besarme y me rodeó con el brazo derecho para acercarme todavía más.

Nos estábamos devorando uno al otro con un hambre feroz, pero no era suficiente. Alex deslizó los dedos por mi cabello sedoso y me obligó a separar los labios de los suyos para mirarlo a los ojos.

—Te amo, mujer.

Se me puso la piel de gallina cuando dirigió los dedos lentamente hacia la mojada y caliente hendidura que pedía a gritos sus toques. A partir de ese momento, todo empezó a ocurrir más deprisa. Situó un dedo sobre mi clítoris y comenzó a dibujar pequeños círculos mientras con la otra mano me separaba los muslos. Empecé a moverme ante el roce de su mano y gemí ante el deseo incontrolable que se abalanzó sobre mí.

Sus movimientos eran rápidos y a veces lentos. Estaba húmeda, caliente y dispuesta. Pero me sentía querida y protegida.

—Deja que te lleve al cielo.

Sus palabras me hicieron gemir.

—Hazlo...

Sus dedos acariciaban apasionadamente el interior de mis muslos, haciendo que el placer se intensificara. Alex gimió y el sonido fue música para mis oídos. Se movió para situarse boca abajo entre mis piernas separadas, quedando sus pies colgando fuera de la cama y su cara a unos centímetros de mi sexo. Contuve la respiración y mis caderas se elevaron a la vez que el bajaba y me saboreaba. Grité al mismo tiempo que arqueaba la espalda.

Me perdí, conmocionada hasta la médula por la cálida sensación que su boca provocaba en mí. Introdujo un dedo dentro de mí y las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran demasiado buenas para ser reales.

Me mordí los labios intentando controlarme, pero me resultó imposible. Cada movimiento de la boca de Alex me llevaba más cerca del borde y el placer se apretaba más y más en mi vientre. Llegué al orgasmo y abrí los ojos.

Lo encontré contemplándome desde el espacio entre mis muslos y noté una opresión en el pecho, una oleada de ternura por él. Nuestros ojos se encontraron y en vez de tumbarse encima de mí, me sorprendió tomándome en brazos, tendiéndose boca arriba. Llevó consigo mi cuerpo e indicó a que me estirara sobre su cuerpo.

—Quiero estar dentro de ti —dijo y se giró hacia la mesilla.

Agarró un condón y abrió el envoltorio con movimientos torpes. Se lo colocó y se volvió hacia mí, agarrándome por las caderas. Lo miré directamente a los ojos y dejé que entrara lentamente en mi cuerpo, centímetro a centímetro hasta llenarme por completo. Inclinándose, capturó la punta de unos de mis pechos con la boca. Lo chupó mientras sus dientes rozaban con suavidad la sensible carne.

Cuando comenzó a acompañar mi ritmo, los poderosos empujes de sus caderas me llevaron muy cerca del borde. Quise cerrar los ojos mientras me hacía el amor, pero quería recordar ese momento con todos los detalles.

—¡Alex! —grité con los ojos en lágrimas mientras el orgasmo me reclamaba una vez más.

Mi clímax no fue tan fuerte como el anterior, pero me vine gritando su nombre. Sus gemidos eran fuertes y sus embestidas caóticas. La tensión creció y creció. Me rendí a las increíbles sensaciones que movían mi cuerpo en oleadas de temblores y lo sostuve con fuerza contra mi pecho. Sus fuertes brazos me abrazaron y nuestros corazones empezaron a palpitar al unísono.

—Gracias por este regalo tan precioso, Alicia. No puedo vivir sin ti, no me dejes nunca. —Me abrazó y se quedó quieto respirando con dificultad.

Mis ojos no aguantaron la tensión y empezaron a humedecerse. Lloraba de alegría y felicidad. Lloraba por tenerlo en mis brazos de esa manera.

—No llores, mujer. —Inclinó la cabeza para mirarme.

—Son lágrimas de felicidad. —Atrapé sus labios con los míos, tirando de él hacia mis brazos y besándolo profundamente.

Capítulo 40

Días después

—Os espero afuera —gritó mi hermano.

Tomé la mano de Alex y me giré hacia él.

—Si quieres entrar solo, yo me puedo quedar aquí.

Me quedé mirándolo. Su cabello era un desastre despeinado, pero le quedaba como un guante. Su sonrisa era amplia y luminosa. Un hombre exquisito que sin duda me tenía hechizada.

Alexander sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—No tengo nada que esconder. —Se detuvo sobre sus pasos y me miró a los ojos.

Poco a poco fue apareciendo en sus labios una sonrisa que no había perdido ni un ápice de su atractivo. Agarró mi mano y se limitó a acelerar el ritmo de sus pasos.

Después de hablar con el director y enseñarle la llave, nos llevaron en silencio por un largo pasillo. El hombre se paró delante de una puerta de hierro y se dispuso a abrirla. Metió un código de seguridad y se escuchó un clic. Se despidió de nosotros y abandonó el lugar.

—¡Qué emoción! —Entré en la habitación y giré sobre mis talones—. Estoy ansiosa por ver lo que esconde la llave.

Alexander se acercó a una pared llena de cajas de metal y agarró una de ellas, tirando hacia el exterior. Luego cruzó la habitación para depositarla con

cuidado encima de la mesa. La abrió usando la llave y me acerqué por detrás para mirar lo que había dentro.

—¡Madre mía! —chillé de emoción.

—No grites, por dios —dijo serio mientras agarraba una carpeta.

—¿Cómo quieres que no lo haga? No he visto tanto dinero en mi vida. —Me acerqué y cuando quise tocar los billetes, él me apartó la mano.

—Déjame tocarlos, por favor —rogué—. No sabía qué tenías tanto dinero. Eres rico...

—Somos ricos —me corrigió y besó mi mejilla.

—¡Qué bien! —exclamé—. Eso significa que puedo comprarme un descapotable. Ah y también...

—Para, Alicia. —Respiró hondo—. ¿Cuándo vas a madurar? —preguntó exasperado.

—No quiero madurar.

—Este dinero lo guardaré y lo vigilaré constantemente. Y lo primero que haré... —Dejó la carpeta y cerró la puerta—. Es comprar una casa. —Me agarró por la cintura y me empujó hacia atrás.

Tomó la caja y la dejó en el suelo, luego se acercó y me subió encima de la mesa. Agarró el borde de mi camiseta y empezó a subirla con lentitud. Me tensé y aparté su mano.

—Estamos dentro de un banco —susurré.

—Nadie entrará aquí y no hay cámaras de seguridad. —Me quitó la camiseta —. No aguanto más, tu hermano lleva días pegado a nosotros.

—Yo tampoco... —Reí cuando me quitó el sujetador—. Pero nos tenemos que dar prisa.

—Uy, seré rápido. —Me quitó los pantalones y abrió los suyos—. Tan rápido que no tendrás tiempo a parpadear —dijo y me apartó las bragas para metérmela de una sola embestida.

—Ahhh... —gemí—. No pares…

Me temblaban las piernas, pero deseaba tenerlo salvaje y espontáneo. Mi

boca descendió sobre la suya con una fiereza que no había esperado. Él me dejó devorar su boca y me dejó poner mis manos en todas partes. No había suavidad, todo lo que existía era una ciega necesidad de tenerlo dentro de mí.

Sus movimientos eran rápidos, y mientras me acariciaba y besaba, apretaba los dientes para no gritar. Él aumentó el ritmo, embistiendo más duro, más rápido. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, arqueando mi espalda, permitiéndole llenarme más profundo.

—Eso es, Alicia. —Vi ardor en su mirada y me costaba respirar—. Estoy cerca...

—Yo también.

Se condujo a sí mismo más profundo y más rápido dentro de mí. Continuó moviéndose, entrando y saliendo mientras su boca vagaba por mi cuello.

A juzgar por sus suaves gemidos, estaba tan cerca como yo. Aspiré una bocanada de aire, mi pecho subía rápidamente. No me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento, pero mi cuerpo zumbaba con euforia y no podía pensar con claridad.

Sus besos eran bruscos y desesperados; su lengua coincidía con el ritmo de sus embestidas.

Con un grito ronco, me aplastó contra su pecho, y la razón me abandonó. La fuerza de nuestras liberaciones nos sacudieron a ambos, dejándonos temblando a los dos.

—Alex… —Las palabras murieron entre mis labios apretados.

—Dios, eso fue intenso —susurró en mi cuello y dejó escapar una maldición.

—Sí, y no hemos usado protección.

—No importa. —Se alejó para subirse los pantalones—. Quiero ser padre cuanto antes. —Me ayudó a ponerme de pie.

—Yo también quiero ser madre. —Le di un beso corto en los labios—. Seremos buenos padres —comenté mientras me limpiaba.

—Los mejores y ahora vámonos. —Metió el dinero en la bolsa—. Tu

hermano nos espera.

—¿Qué son esas carpetas? —pregunté cuando cerró la cremallera.

—Son los certificados de nacimiento de todos mis compañeros. También está toda la información que necesita la policía para declarar culpable a Sergei. Está muerto, pero quedan sus hombres de confianza. —Cerró la puerta y tomó mi mano.

Me paré frente al coche de mi hermano y ajusté de inmediato mi ropa. Noté que mis mejillas me ardían furiosamente. Hacía quince minutos había gritado con desesperación el nombre de Alex mientras me hacía el amor dentro de un banco.

Miré por el rabillo del ojo a Alex y suspiré. Supe que él me daba el tipo de felicidad que había creído que no alcanzaría nunca. No obstante, su jodida belleza hizo que mi respiración se entrecortara. Lo deseaba de nuevo.

Karim nos vio y levantó las manos en el aire, molesto.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó, pero no obtuvo respuesta.

Alex rodeó mis hombros con los brazos y noté que tenía la piel de gallina. Me miró a los ojos, y lo que vi era mucho más que deseo. Era anhelo y amor.

—Yo también te amo —susurré y me puse de puntillas para besar sus labios.

Me aparté despacio y entré en el coche cabizbaja. Alex se deslizó a mi lado y echó la cabeza hacia atrás, sonriendo de oreja a oreja.

—¿En serio? —preguntó Karim, perplejo—. ¿Dentro de un banco? No me lo puedo creer.

—No sé de qué hablas —Alexander se encogió de hombros.

—Se os nota en la cara y además... —Miró la entrepierna de Alexander—. No subiste tu cremallera.

Alexander abrió los ojos y bajó la vista a su entrepierna. Subió a cremallera riendo y luego me guiñó un ojo.

—¿Ahora nos podemos ir? —preguntó—. Me queda un día libre y quiero

llegar a la playa cuanto antes. Luego tengo que volver.

—Sabes que puedes quedarte con nosotros. Vamos a comprar una casa grande —dijo Alex.

—Gracias, pero no puedo quedarme. Victoria me necesita —dijo y arrancó el motor del coche—. Sin embargo, quiero dejar una cosa clara. En mi coche, no. —Se giró para mirarnos.

—No creo que sea cómodo —dije mirando a mi alrededor.

—No importa la comodidad —susurró Alexander—. Importa la...

—¿Os queréis callar ya? —gruñó mi hermano.

Nunca me había imaginado que mi vida cambiaría tanto y nunca imaginé que el amor podría ser tan intenso. Tan potente que ahuyentó el miedo.

Epílogo

Meses más tarde

Miré atrás por encima de mi hombro y me sorprendí mucho al ver que Alexander sostenía la llave de su coche en la mano. De alguna manera se había acercado a mí sin que siquiera supiera que estaba allí.

Entrecerré los ojos y me mordí el labio arrugado pensativamente. La última vez que me había dejado la llave había estrellado su coche contra un árbol. No había sido mi culpa; había intentado evitar un gatito que cruzaba la carretera.

—¿Estás seguro?

—No lo estoy, pero coge la llave antes de que me arrepienta —dijo después de un momento.

Me reí.

—Gracias por confiar en mí. Prometo conducir con cuidado.

Metí la llave dentro del bolsillo de mi falda e hice una especie de chasquido con los labios.

—Y todo esto porque te quiero. —Me lanzó una mirada penetrante. La profunda emoción que había detrás de esas palabras casi me desarmó. Saber que él me amaba me llenó de un sentimiento cálido, suave y reconfortante.

Antes de que pudiera decir algo más, rodeó mi cintura con sus brazos y me besó. Desde que vivíamos juntos, no hacíamos más que pasar las tardes con mi hermano y Vlad en el gimnasio que había comprado para mi hombre con su dinero. Y los fines de semana, ellos me ayudaban a hacer los arreglos de mi

bar.

Echaba de menos sus besos robados y pasionales, sus caricias ardientes y sus palabras tiernas que solía decírmelas cuando me hacía el amor. Teníamos todas las noches para nosotros, sin embargo, no eran suficientes.

—Tus caricias son mágicas —murmuró—. Han borrado los recuerdos oscuros de mi pasado. Tú me salvaste de mí mismo. Me curaste y me devolviste la fe en todo.

Me besó en la boca hasta dejarme sin aliento. Mis ojos permanecieron fijos en él. Era hermoso y perfecto, con unos ojos negros carbón intenso y una boca sensual.

—Y tus besos son adictivos y me dejan con ganas de más. Creo que tendré que pisar el acelerador para llegar a casa cuanto antes. —Mi sonrisa era incontenible, aun cuando luché por reprimirla.

Mi ritmo cardíaco se disparó, pero traté de parecer tan tranquila como fuera posible. Estaba desesperada por sus toques y sus besos, lo deseaba, pero no quería empezar algo que no podríamos parar en el medio de la calle.

—Oh, no. —Me agarró por la cintura y me presionó contra el coche—. Voy a replantearme mi propuesta. Devuélveme la llave del coche.

—Lo sabía… —Lo miré boquiabierta—. No confías en mí.

—Confío, solo que soy realista. No manejas bien el coche. —Añadió con una sonrisa juvenil—. Pero te quiero con locura.

—¿Qué tipo de amor es este?

—Es un amor de verdad. Sin embargo, no es perfecto. Nada es perfecto en este mundo.

—Tú sí eres perfecto. —Rodeé su cintura con mis manos.

—No lo soy, Alicia.

—Para mí lo eres. Tú me completas, me guías, me regañas cuando hay que hacerlo, me das todo lo que quiero y me amas. ¿Qué más se puede pedir?

—Unas vacaciones —dijo riendo—. Quiero irme lejos contigo.

—Lo veo imposible, el bar me necesita y el gimnasio…

—Sube en el coche y mantén la boca cerrada. Nos espera un largo y maravilloso viaje.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio inferior. Nuestro amor no era perfecto, pero su esencia era suficiente para hacerme feliz.

Agradecimientos

Quiero agradecer a las personas que participaron en la materialización de este libro, leyendo el manuscrito, corrigiendo errores, haciendo sugerencias y dándole forma.

Se puede decir que vivo en mi imaginación, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... me siento viva cuando sonrío y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro, pero con la ayuda de mi familia y mis amigos, el camino se hizo más corto.

Y por último agradezco a todos ustedes, que invierten su tiempo en leer esta saga.

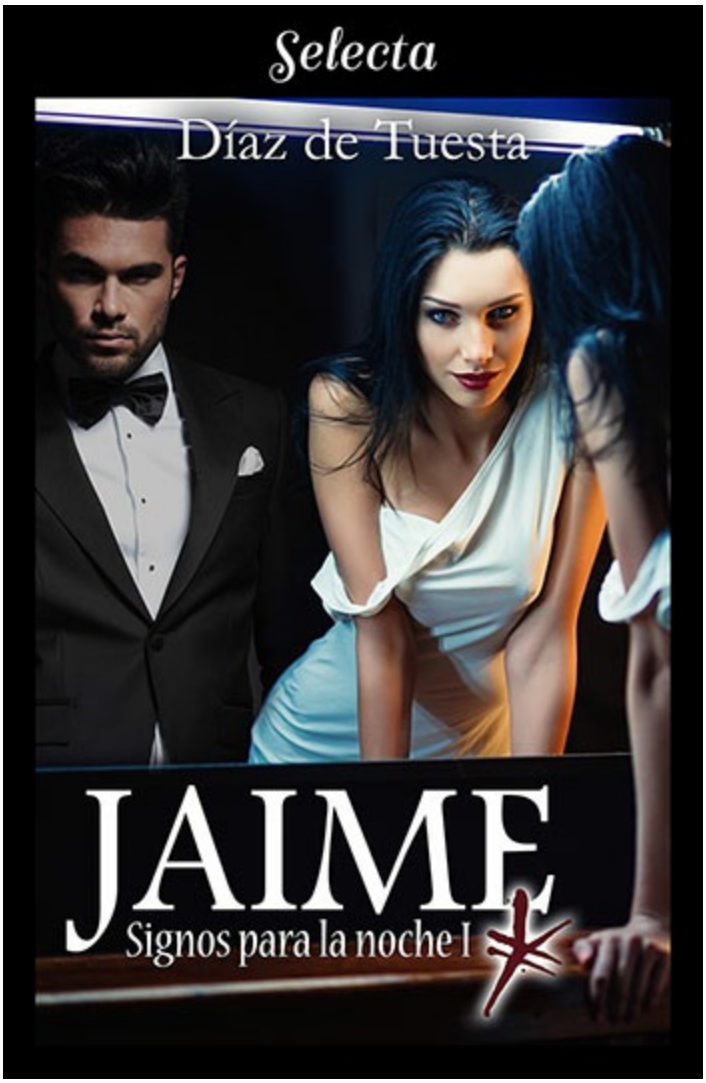
Si te ha gustado

Un asesino enamorado

te recomendamos comenzar a leer

Jaime

de *Díaz de Tuesta*



Prólogo

Ponme, Señor, mi fin de manifiesto, y cuál es la medida de mis días, y sabré hasta qué extremo soy caduco.

Mis días los has hecho tú de unos palmos, mi vida en tu presencia es burlería; un hálito ligero dura el hombre.

La Biblia, Salmos, 39,4–5

La Criatura estaba en la azotea de los rascacielos de Zabalburu.

Había elegido aquel sitio porque le permitía contemplar sin estorbos los trazos luminosos que se dibujaban en el cielo. Vistos en conjunto, formaban una estrella; era algo que podía deducirse con facilidad, aunque todavía no estaba completa, porque faltaban muchos Vértices.

Daba igual. Lo que le impresionaba realmente no era su forma, ni su brillo, sino simplemente el tener la capacidad de verla. Una experiencia siempre extraña, que le hacía sentirse especial…

Especial y solitario, para ser exactos.

No sabía cuántos habitantes tenía la pequeña ciudad que se extendía melancólica a sus pies, como una alfombra de destellos fulgurantes entretejidos de sombra, pero le constaba que solo dos seres, dos, en medio de centenares de miles, eran capaces de ver y de entender lo que implicaba aquel patrón mágico.

Resultaba irónico, teniendo en cuenta que ninguno de ellos había nacido allí, en aquel lugar tan idóneo para lo arcano.

«Bueno, cerca», rectificó al momento, recordando que el Otro era uno de los Seis Primeros y que, por lo tanto, vino al mundo algo más al norte, a la sombra de las frías piedras de Stonehenge, cuando aún conservaban su antigua disposición y sus Signos...

Sus pupilas se dirigieron casi por voluntad propia hacia la ría, esa serpiente de profunda oscuridad que dividía Bilbao en dos secciones. Las luces de las farolas, teñidas de un amarillento enfermizo, marcaban su contorno.

Hubiera podido seguirlo hasta muy lejos, pero se obligó a apartar los ojos y borrarlo todo de su mente.

No tenía sentido darle vueltas. Aquellas ideas le provocaban miedo y el miedo le debilitaba. Siempre lo había hecho, incluso antes de ser quien era y como era.

La estrella. Debía centrarse en la estrella…

Estudió con cuidado las delicadas líneas de energía que fluctuaban y se entrecruzaban mil veces en el cielo gris plomizo de la tormenta, hasta vislumbrar el punto de negrura que marcaba la posición exacta del nuevo Vértice. No estaba lejos aunque, sabiendo hacia dónde mirar y cómo hacerlo, nunca lo estaba. Había unas medidas y unos cálculos que mantener: la magia, en su caos, era un asunto muy preciso.

Lentamente, la Criatura se elevó en el aire, se lanzó hacia el frente y cayó en picado algunos metros antes de retomar altura. Las ráfagas de viento helado azotaban sin piedad los edificios, envueltos en una lluvia torrencial que parecía no ir a detenerse nunca. En un lugar como Bilbao, tan húmedo, algo así hubiese podido pasar por natural; sin embargo, incluso sus gentes observaban con recelo aquella fuerte tormenta, como si se dieran cuenta de que en realidad no era lo que parecía.

Que se trataba de otra cosa muy distinta, algo con intenciones propias.

Quizá lo intuían, quizá no. En cualquier caso, no podían saber que, de nuevo, era un asunto de magia. Todos los *Signos Cambiantes* lo habían sido siempre, lo eran y, en su peculiar estado de consciencia, buscaban serlo. Formaba parte de su esencia.

La Criatura voló, como un pájaro oscuro, como una sombra, deslizándose en silencio sobre aquel lugar tan saturado de magia pero a la vez tan real, hasta detenerse en un tejado, una esquina sobre la calle Fernández del Campo. Le

llamó la atención por estar rematada con dos cruces de hierro.

Las estudió con curiosidad. No sabía cuál podía ser su función, quizá se trataba de pararrayos, quizá era meramente estética… «Quizá protectora», añadió, con una risa silenciosa. Le divertían las supersticiones cristianas acerca del poder de la cruz sobre los vampiros. Sin duda, aquellas ideas tenían una justificación última, él lo sabía bien: al fin y al cabo, la cruz era parte importante de un Signo. Pero, incompleto y sin magia, tenía tanta fuerza, tantas posibilidades de repelerlo, como la letra *a* del abecedario.

Sus ojos se clavaron en una mujer joven que caminaba bajo la lluvia. Iba en línea recta, sin que le importara pisar los grandes charcos que se habían ido formando en las aceras. Tampoco parecía preocupada por su aspecto, correcto, según los cánones de la época, aunque algo desaliñado: vestía unos pantalones negros ajustados y un impermeable barato, de plástico blanco, casi transparente, porque le permitió ver parte de la tonalidad roja del jersey que llevaba debajo. Los zapatos, abotinados y sin tacón, eran feos pero resistentes, muy adecuados para aquella tormenta.

En cualquier caso, era lo bastante hermosa como para que ni aquellas prendas de mercadillo lograsen estropear el conjunto. No era la suya una belleza deslumbrante, desde luego, pero sí se encontraba muy por encima de la media y hubiera podido ganarse la vida con ella. Era alta, rondaría el metro setenta, y tenía un cuerpo de modelo, sensual, con largas piernas, caderas suaves y cintura esbelta.

Su rostro, de líneas elegantes, resultaba muy expresivo y estaba enmarcado por una abundante melena negra, casi azabache y muy larga, a decir de los gruesos rizos que escapaban de la capucha y se pegaban al plástico del impermeable, como tentáculos.

«Esa», se dijo. Puesto que no había nadie por los alrededores, decidió no esperar a que se abriese la *Grieta*.

Desató la *Sed* y sintió cómo crecían los colmillos en su boca, y cómo el instinto dominaba poco a poco su cuerpo, su mente, sus percepciones... Todo

se fue convirtiendo en fuerza y poder, en ansia de sangre, en *hambre*. Incluso él hubiera dicho, de haber sido preguntado al respecto, que la bestia era ya incapaz de razonamientos lógicos.

Sin embargo, cuando se disponía a lanzarse sobre su víctima, tuvo un indudable momento de lucidez y comprendió que había derivado demasiado con el viento. La mujer caminaba por la acera del edificio de la Alhóndiga, el antiguo almacén de vinos reconvertido en centro cultural. Desde allí, no se vería el Vértice.

Volvió al tejado de las cruces. No le apetecía arrastrarla hasta un buen lugar, pudiendo cazar otra con mayor comodidad y discreción.

La desconocida siguió caminando, sin saber lo cerca que había estado de entrar en un juego de horror y muerte en el que nadie ganaba. Con un supremo esfuerzo de voluntad, la Criatura se controló. Hizo que la *Sed* remitiese y los colmillos se redujeron a la mitad de su tamaño, aunque no desaparecieron. Ya no lo harían hasta que se hubiese saciado. Estaba muy cerca del Vértice y él era un Cazador en la Noche.

Mientras la miraba, un poco irritado por haber tenido que contenerse, la mujer sacó una botella de whisky del bolso y dio un buen trago.

La Criatura inclinó la cabeza a un lado, estudiándola con repentino interés. «Siente lo mismo que yo», pensó, al verla beber con ansia, con desesperación. Aquella angustia hablaba de incontables días perdidos y, de eso, la Criatura sabía mucho.

Durante un segundo, sentado en el borde del tejado, la extraña Criatura venida de muy lejos, en el espacio y en el tiempo, se sintió muy cerca de ella, compartió su soledad, percibió su angustia. Soñó sus sueños vacíos y supo que no eran muy distintos de los que le atormentaban habitualmente a él. «¿Cómo te llamas?», le preguntó en silencio, pero, por supuesto, no obtuvo respuesta.

—Marie Madeleine —susurró, pensando en la única mujer que había amado cuando estaba vivo, y no pudo evitar un estremecimiento.

Siguió con la vista su torpe caminar hasta que el sonido de la *Grieta*, leve

pero incapaz de pasar desapercibido para sus agudísimos oídos, atrajo su atención.

No quería dejarla, pero había llegado el momento y reaccionó impulsado por lustros de hacer siempre lo mismo, lo correcto, lo adecuado. Se alejó de allí con rapidez, sin esperar a ver cómo la mujer, que estaba avanzando también en esa misma dirección, se convertía en una estatua detenida en el Tiempo. Después de todo lo que acababa de sentir, no se fiaba de sí mismo. La *Sed* podía dominarle, hacerle cometer una locura, y necesitaba establecer firmemente aquel Vértice.

«No», pensó, burlándose de sí mismo con una risa tan silenciosa como amarga. «Necesito apuntalar bien todos y cada uno de ellos, o todo se irá al infierno».

Acudió raudo hacia la *Grieta*, sintiendo su llamada, el salvaje remolino de energía, de magma cósmico que se agitaba continuamente al otro lado. Se había abierto en algún punto por delante, justo debajo del Vértice, y esa noche, afortunadamente, si es que había alguna fortuna en ello, no era muy grande.

La Criatura cruzó volando los escasos metros que le separaban del lugar y llegó hasta General Concha, una calle larga, muy céntrica, que nacía cerca de la Gran Vía, en la Plaza Eguilleor, y se iba empinando escalonadamente hasta alcanzar la Plaza de Toros de Vista Alegre, al otro lado de la Avenida Autonomía.

La *Grieta* tenía unos cuarenta metros y estaba situada sobre dos bloques de edificios, cortando por la mitad un tercero, cerca de Alameda Urquijo. Desde su altura, la Criatura contempló con ojos entrecerrados las figuras inmóviles, los vehículos parados, los números detenidos en los relojes luminosos... La *Grieta* había surgido allí y, aunque existía, no ocupaba espacio; pero, lo que había al otro lado, afectaba a todo Bilbao, a todo el planeta, a todo el Universo conocido por el hombre, que ahora flotaba en algún punto fuera del tiempo y no volvería a él hasta que se hubiese establecido correctamente el Vértice.

«O eso creo», se dijo, repentinamente inseguro. En cuestiones de magia siempre daba por supuesto cosas de las que no tenía ni idea. Ni siquiera contaba con modo alguno de confirmarlas. Thymoeer, *Mirada que Sabe*, su Maestro y Padre, fue el autor del Rito y de aquella fisura en la realidad. Lamentablemente, también fue alguien precavido, que eligió mantener en secreto su naturaleza. A él se lo hubiera terminado contando, por supuesto, ya que se esperaba que siguiese su misión, pero… no tuvo oportunidad.

«Thymoeer…» Aunque él mismo ya no era más que un amargo recuerdo en un larguísimo pasado, su magia seguía siendo intensa, poderosa, muy por encima de los conocimientos que poseía su Criatura. «Magia de aquellos que han probado sangre no humana», se dijo, temblando, sintiéndose torpe y desvalido, y muy poco preparado para la empresa en la que se hallaba embarcado. «De aquellos que han probado la sangre de un dios».

Ya había visto muchas, muchísimas veces, aquel espectáculo increíblemente bello y estremecedor, pero nunca dejaba de asombrarse. Ante la cercanía del abismo caótico, de la masa pulsante de energía que Thymoeer llamaba la *semilla original de la magia*, la realidad empezó a resquebrajarse como la superficie de un espejo que se hubiese acercado demasiado al fuego. Las líneas rectas se distorsionaron, los ángulos perdieron nitidez y objetos inexistentes lanzaron largas sombras sobre la silenciosa calle. Todo cuanto podía verse adquirió una cierta profundidad, curvándose sobre sí mismo, como si se estuviese mirando a través de una lente.

Todo, todo, todo, absolutamente *todo* se había detenido, desde la hoja arrastrada por el viento hasta el fulgurante cometa que cruza distancias siderales. Que la Criatura supiese, en la vasta inmensidad de un gigantesco Universo lleno de incandescentes bolas de luz, de agujeros negros, de pliegues escondidos y de misterios, solo había un minúsculo punto de actividad no mágico, un coche que se aproximaba lentamente al cruce de Concha con Licenciado Poza. No supuso un gran esfuerzo imaginar quién lo conducía y quién iba a su lado.

«Qué insistencia», pensó, nervioso, buscando rápidamente una víctima.

Como Cazador, le gustaba elegir: prefería mujeres antes que hombres y jóvenes antes que ancianos. Una cuestión de paladar, nada más. Pero, esa noche, no esperaba tener suerte. Tras su devaneo con la desconocida de la botella no disponía de mucho tiempo y, con aquella tormenta, podía darse por contento si encontraba cualquier cosa. Por eso, se consideró enormemente afortunado cuando detectó otra mujer, una muchacha, apenas una niña, cerca de una calle particular que se abría junto al número nueve de General Concha y que, a su vez, contenía un callejón oscuro, ideal para sus pretensiones.

Se aproximó hacia allí volando, protegido por la magia y las sombras. La muchacha llevaba una chamarra de cuero negro y unos vaqueros tan empapados que parecían ser de dos colores, más oscuros de los tobillos a las rodillas, más por delante que por detrás.

Descendió sobre ella, mientras sentía que su garganta se cuarteaba por segundos ante el ansia, ante la proximidad de la satisfacción de la más profunda de sus necesidades. Su boca volvió a contener aquellos colmillos que a veces le producían auténtica aversión…

La Criatura no solía cometer errores; no había cometido ninguno, de hecho, en el último siglo, pero esa noche estaba nervioso y se sentía extraño. Se había precipitado tanto al ver el coche que no puso ningún cuidado en sus movimientos y, al posarse, el tacón de su bota derecha resbaló en la superficie empapada de los adoquines de la calle. Para evitar perder el equilibrio, extendió por puro instinto una mano y se agarró a la muchacha.

Con el violento tirón, el bolso cayó al suelo, casi le arrancó la chamarra y la tela de la camisa, de un estampado demasiado alegre para un final de verano tan oscuro, se rasgó como papel.

Y, lo que fue peor, mucho peor, definitivamente peor: la incluyó antes de lo previsto en el tiempo mágico de la *Hora Imposible.*

Ella parpadeó. En una milésima de segundo, sus ojos recuperaron el brillo de la inteligencia, de la comprensión y, al verle, gritó. Normal. Estaba

asustada, convencida de que aquel monstruo de pupilas escalofriantes y largos colmillos, había surgido de improviso a su lado mientras caminaba tranquilamente por la acera. Retrocedió un paso, buscando espacio, y quiso echar a correr, primero calle arriba, luego calle abajo, pero la Criatura la sujetó y la arrastró hacia la entrada particular.

La chica era fuerte. Lanzó un par de gritos más mientras forcejeaban, gritos que podrían ser escuchados desde muy lejos, pues la *Grieta* distorsionaba también los sonidos. «Soy un cretino», pensó, llevándose un dedo a los labios y silbando una variante simplificada de Seer'Sil, el Signo que tranquiliza. Ella guardó silencio al momento. Su expresión se volvió indefinible y perdió aquel supremo don de la inteligencia que apenas acababa de recuperar. Sus ojos siguieron mirándole, pero de otra forma, como fascinados.

Casi sin darse cuenta, la Criatura alzó una mano y acarició suavemente su rostro, deslizando el pulgar por la boca con forma de corazón. «He aquí el último fruto de una cosecha eterna», pensó, sintiéndose de pronto tan fascinado, tan embelesado como ella. Y hasta culpable, puesto que esa noche iba a robarle la vida y, posteriormente, también pensaba negarle los neblinosos senderos de la muerte.

Hubo un momento en que sintió compasión y posiblemente un atisbo de la curiosidad que había experimentado por la otra mujer, pero anuló de inmediato aquellas emociones, sabiendo que solo podían traer la catástrofe.

Actuó como hacía siempre en esos casos: olfateó la sangre y dejó que fuese el Cazador quien se hiciera cargo de la escena.

La Criatura alzó los ojos al cielo. Desde donde estaba, podía divisar el Vértice, pero quería apartarse lo más posible de la trayectoria del vehículo que había visto. Salió un momento a General Concha para recuperar el bolso que había quedado en la acera, regresó junto a la muchacha, la cogió de una mano y ella le siguió hacia el callejón oscuro, dócilmente, perdida totalmente y para siempre, su voluntad.

Él era peligroso en todos los sentidos y desafió su destino.

En ocasiones creemos que la tristeza es nuestra peor compañera de viaje. Pero si algo he descubierto, es que eso no siempre es verdad.

Gracias a ella aprendí a superar obstáculos con una sonrisa en los labios, aprendí a que los pensamientos positivos siempre deben desafiar a los negativos y, aunque me hizo callar muchas injusticias, aprendí a gritar lo que había dentro de mi corazón.

Y me atrevería a decir que fue la tristeza quién me empujó a conocerlo y a no escapar la primera vez que lo vi.

Él reflejaba peligro en todos los aspectos, pero me causó emociones indescriptibles; aceleró mi ritmo cardíaco, me debilitó y me asustó hasta que abandoné mi triste vida para entrar de lleno en la suya.

Yo desafíe mi destino, pero él también lo hizo.

Alina Covalschi Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Alina Covalschi
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-46-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks @megustaleer @megustaleer

[1] Spasibo: Palabra rusa, significa gracias.
[2] Nasdrovia: Salud.
[3] Privyet: hola.
[4] Lyubimya: novia.
[5] Neschastnaya krysa: rata miserable.
[6] Ya skúchayu pa tyebye: te eché de menos.
[7] Lyubov: amor, novio.
[8] Dasvidaniya: hasta luego.

Índice

Un asesino enamorado

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro
Sobre Alina Covalschi
Créditos